
SERIE
TIERRA DE
SUEÑOS
3
UN DESTINO
Incierto
KATE RIVERS

UN DESTINO *Incierto*

KATE RIVERS



©KATE RIVERS

Título original – Un destino incierto

Primera edición, 2025

Todos los derechos reservados.



Entre la venganza y la esperanza, una mujer descubrirá que su mayor enemigo puede ser también su única salvación

En medio de las vastas llanuras del Oeste, una caravana de pioneros avanza hacia Oregón enfrentando la soledad, la enfermedad y los peligros de la frontera. Entre ellos viaja **Jodie Russell**, una joven de pasado turbulento que esconde un secreto capaz de destruirlo todo: es hija de un forajido y viaja bajo una identidad falsa. Su misión es vengar a su hermano muerto, aunque eso signifique acercarse al hombre al que más odia… **el doctor Grant Kelley**.

Grant, viudo y atormentado por su pasado, busca redimirse salvando vidas en el camino hacia el Oeste. Pero cuando Jodie aparece en su ruta, desafiante y valiente, su mundo empieza a tambalear. Entre ambos surge una atracción tan inesperada como peligrosa: él representa la fe y la compasión que ella nunca conoció; ella, la vida salvaje y la pasión que él creía olvidadas.

Mientras la caravana lucha contra los ataques, la fiebre y las pérdidas, Jodie se debate entre su deber y su corazón. Cuando su hermano menor reaparece, enfermo y perseguido por la banda de su padre, su doble vida amenaza con salir a la luz. Grant será entonces quien deba decidir si puede perdonar a la mujer que podría destruirlo… o salvarlo.

En un paisaje donde cada amanecer puede ser el último, **dos almas marcadas por el pasado deberán elegir entre la venganza o el amor, entre la culpa o la esperanza.**

?? Esta es la última novela de la serie *Tierra de sueños*. En ella acompañarás a sus protagonistas —Donna, Rita y Jodie — en un viaje por caravana hasta el final de su destino.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Epílogo

Capítulo 1

A mediados de octubre de 1850

Los disparos en mitad de la noche nunca eran buena señal.

La explosión despertó a Jodie Russell del primer sueño profundo que había logrado en una semana. Se incorporó de un salto en la tienda que compartía con su amiga y compañera de viaje, Rita Rodden, y buscó a tientas sus mocasines en la oscuridad.

—¿Ha sido un trueno? —preguntó Rita desde el otro lado de la tienda, con la voz pastosa por el sueño y la preocupación, mientras se incorporaba y tanteaba en busca de los zapatos.

—No. Son disparos. Voy a ver qué pasa.

—¿No crees que sean los indios? —inquirió Rita, con un temblor en la voz.

Jodie entendía el miedo de su amiga. Hacía poco, Rita había sido objeto de la obsesión de un joven jefe de guerra. Pero el ejército se había encargado de aquello: poco después del rescate de Rita, un grupo de soldados irrumpió en el campamento de los renegados, liberó a los cautivos blancos y reunió a todos los guerreros que pudo.

—Si es una partida de indios, no son quienes tú crees. Pero es mejor que te quedes aquí, de todos modos.

Más detonaciones hendieron la noche y los gritos recorrieron el campamento.

—¡Forajidos! ¡A cubierto!

—¿Has oído eso? —Rita se puso en pie y avanzó hacia la entrada de la tienda—. Será mejor que vaya contigo.

La oferta hizo sonreír a Jodie.

—Creo que podemos manejarlo. Sam me mataría si te dejara salir ahí fuera, y lo sabes. Además, no creo que sean forajidos. Lo más probable es que Johnny Kinston y algunos de los otros muchachos anden con bromas de pólvora y pedernal.

Frunció el ceño; ni ella misma se lo creía del todo. Aun así, intentó sonar despreocupada por el bien de Rita.

—¿Qué clase de forajidos atacarían una caravana de este tamaño?

—Los que tienen muchos hombres y armas —replicó Rita, todavía trémula.

Jodie no tenía tiempo para mimarla. Su ayuda era más necesaria ahí fuera, junto a las armas. Más que la de muchos, a decir verdad. Si había algo que Jodie conocía, era a los forajidos, un dato que no podía mencionar ni a Rita ni a nadie. Por su experiencia, aquel ataque no tenía sentido, a menos que pensaran que entre ese grupo de viajeros maltrechos había tesoros, o que quienes disparaban al campamento carecían de seso. Jodie apostaba por lo segundo.

—Volveré tan pronto como pueda.

Comprobó la carga de la pistola, la enfundó y, por si acaso, cogió el rifle. Echó un vistazo rápido a Rita.

—Agáchate y no te dejes ver. Con suerte, esto terminará pronto.

—¡Ten cuidado! —susurró Rita.

Jodie se volvió, sacó la pistola de la funda y se la tendió.

—Toma, coge esto.

Rita negó con vehemencia.

—La necesitarás. Además, no me gustan esas cosas.

Jodie le empujó el arma hacia las manos. No era momento de aceptar un no por respuesta.

—Cógela. Yo llevo el rifle. ¿Cómo voy a concentrarme sabiendo que te quedas sola y desprotegida?

La expresión de Rita se suavizó. Tomó la pistola.

—Gracias, Jodie.

A Jodie se le hizo un nudo en la garganta. Las emociones desbordadas siempre la incomodaban. Tal vez porque desde niña había pasado poco tiempo en compañía de mujeres. Después de que su madre se marchara, se había criado entre hombres rudos, enemigos de las lágrimas y de los abrazos.

—Será mejor que me vaya.

Apartó la solapa de la tienda y salió, con la cabeza baja y los sentidos alerta. Apretó el rifle, lista para encarar y disparar si era necesario. Y presentía que lo sería.

Intentó situarse. Fuera del círculo de carretas, la oscuridad, el polvo y la artemisa podían ocultar a unos cuantos hombres resueltos a hacer daño. Aun así, le costaba imaginar a alguien lo bastante loco como para enfrentarse a una caravana de ese tamaño. Si sus cálculos eran correctos, con los forajidos no cabalgarían más de quince.

Forzó la vista en la penumbra. El amanecer comenzaba a insinuarse sobre las montañas nevadas del este, pero aún era demasiado oscuro para distinguir algo más que sombras más allá de las hogueras.

Jodie avanzó encorvada, evaluando ángulos y coberturas. Su cuerpo era una cuerda tensa, cada sentido atento al peligro agazapado. Por la dirección de los disparos, sabía que no estaban rodeados, y el ataque parecía dirigirse al centro de la caravana.

Se orientó hacia la carreta más cercana, concentrada en llegar a un buen escondite. Fue la única explicación para lo que ocurrió a continuación: unos dedos fuertes apresaron su brazo cubierto de ante y la hicieron girar. Grant Kelley estaba frente a ella, con el ceño fruncido por la preocupación.

—Jodie, deberías volver a la tienda antes de que te hagan daño.

Le subía y bajaba el pecho; el aliento, denso, le escapaba en nubecillas en el aire frío. Su expresión imponía, casi una orden de no discutir.

Pero Jodie no solía acatar órdenes de Grant Kelley ni de nadie.

—Mi pistola es tan buena como la tuya. Ocúpate de lo tuyo.

Las palabras le salieron más bruscas y altas de lo prudente, herida su vanidad por haber permitido que él se le acercara sin oírlo. Además, podía pasar sin que Grant la tocara por ningún motivo. No le gustaba cómo la hacía sentir por dentro.

—Eres demasiado testaruda para tu propio bien.

La arrastró al suelo con él justo cuando una bala le silbaba junto a la oreja. Se agacharon tras la rueda de la carreta. Grant apuntó hacia el origen del tiro y respondió dos veces. Luego se volvió hacia ella.

—¿Recuerdas la última vez que te metiste en la pelea de un hombre? Te clavaron una flecha en la pierna.

A Jodie le ardieron las mejillas ante la innecesaria alusión: había sido él quien le sacó la flecha y la curó mientras ella yacía inconsciente. Se soltó de un tirón y afianzó el rifle. Apuntó y disparó un par de veces hacia la misma zona oscura.

—Pues no pienso quedarme a que me disparen.

—Asegúrate de que no te alcancen —replicó Grant, y volvió a tirar. Otra vez—. ¡No tengo tiempo para seguir curándote!

—¡Nadie te lo ha pedido!

Para no quedarse atrás, Jodie alzó el arma hacia el arbolado y apretó el gatillo. Un instante después oyó crujir hojas y ramitas.

—¡Retirada! —tronó una voz autoritaria—. Ames ha recibido un tiro en el hombro.

A Jodie se le revolvió el estómago. Conocía esa voz. Y conocía a Ames. Sus sospechas eran acertadas: no se trataba de una banda cualquiera. Eran Benson y el resto de la cuadrilla. Por fin cumplían su amenaza de ir a por ella si no regresaba en tres meses.

Llevaba fuera cuatro.

Los forajidos siguieron disparando mientras se retiraban, pero Jodie no se atrevió a tirar contra el bosque. Benson podía ser un padre miserable, pero era el único que tenía. No iba a arriesgarse a alcanzarlo.

Volvió a disparar, esta vez deliberadamente hacia arriba.

Grant soltó un gruñido y la miró, fruncido el gesto.

—¿Qué estás haciendo?

Jodie sostuvo la mirada y alzó la barbilla.

—¿A qué te refieres? Estoy disparando a los forajidos.

—No exactamente —dejó el rifle en el suelo, desenfundó el revólver y vació cinco tiros—. Yo les apunto. Tú disparas por encima de sus cabezas.

La había pillado. No le quedaba otra que… mentir un poco.

—Están huyendo. En mi tierra no se dispara a un hombre por la espalda.

—Yo sí cuando son forajidos —repuso con firmeza, arrebatándole el rifle—. Si no vas a usar tu arma, al menos cárgamela.

Guardó el revólver, señaló el rifle con la cabeza y siguió disparando, primero con el de ella y luego con el suyo, mientras Jodie cargaba y recargaba lo más rápido que podía.

En cuestión de minutos cesaron los tiros, pero la mente de Jodie seguía en vilo. Dudaba que volvieran: debían de haber comprendido que aquella era una pelea perdida. A Benson le faltaba valor; rara vez se metía en una refriega que no supiera de antemano que iba a ganar. Por eso todo le resultaba tan extraño.

Grant negó con la cabeza, ceñudo.

—Con la ayuda que has dado, te habría venido mejor quedarte en la tienda con Rita. ¿Qué te ha pasado?

—Ya te lo he dicho…

—Lo sé: no se dispara a la gente por la espalda —la miró de reojo—. Eso no pareció importarte durante los ataques de los indios.

—Fue distinto. Aquellos canallas iban a por Rita.

—No pienso discutir —zanjó, y se agachó para tenderle la mano.

Jodie lo miró con ira y la ignoró mientras se incorporaba por su cuenta.

—Mujer testaruda —murmuró él, bajando la mano.

Jodie decidió no responder. Poco a poco, animados por el silencio, los miembros de la caravana se aventuraron a salir.

Grant recogió del suelo el rifle de ella.

—Toma.

Jodie asintió a regañadientes.

—Gracias.

—Escucha, siento haber sido brusco antes —añadió con una sonrisa de disculpa—, pero alguien tiene que cuidar de ti.

Jodie parpadeó, desconcertada. Si la hubiera gritado, insultado o incluso empujado, no habría tenido problema en plantarle cara. Pero aquella sonrisa juvenil, mezclada con palabras suaves, la desarmó. Justo cuando iba a decirle que podía cuidarse sola, gracias, un grito cruzó el campamento.

—¡Doc!

Agradeció la excusa para alejarse del hombre al que había detestado los últimos siete años, y que con cada sonrisa, cada palabra amable, cada roce involuntario, iba limando su ira.

—Parece que alguien está herido —murmuró, apartando la mirada para no quedar atrapada en los ojos de él—. Será mejor que vayas.

—Espera un momento. Si hay varios heridos, quizá necesite ayuda.

El pánico le atenazó el pecho. No podía con heridas de bala. No después de Clem. Aún la despertaban pesadillas con la sangre en sus manos cuando intentó detener la hemorragia de su hermano mayor.

Habría salido corriendo, pero los ojos muy abiertos de Jenny Kinston la clavaron al suelo.

—¡Doc! —la muchacha, de trece años, jadeó el aire helado—. La señorita Sadie dice que vaya deprisa. A Yellow Bird le ha llegado la hora y lo está pasando mal.

—Voy ahora mismo.

Grant se volvió hacia Jodie y posó sus grandes manos en los hombros de ella.

—Ve al carro de suministros y trae la maleta negra del médico a la tienda de la señorita Sadie. Está a la derecha, en cuanto entras. Date prisa, por favor. Ya sabes que si la señorita Sadie me ha llamado es porque algo va mal.

Por una vez, Jodie no se rebeló. No discutió ni habló. Asintió y echó a correr para cumplir la orden.

Grant entró en la tienda de la señorita Sadie sin esperar invitación. Era de las pocas lo bastante altas como para que un hombre pudiera ponerse de pie; la mayoría servían solo para dormir,

y había que ir encorvado, como un niño, desde la entrada hasta el catre.

Yellow Bird se retorcía de dolor sobre un jergón, sin soltar un quejido. La joven sioux se había unido a la caravana poco antes. Había huido de un comerciante de pieles cruel que la había comprado a su padre con el pretexto de casarse con ella. No fueron las amenazas contra su persona lo que la empujó a escapar, pero cuando él confesó su intención de vender al bebé a los pawnees, supo que no tenía elección.

Para Grant, era una heroína. Alguien con tal fuerza de carácter podría dar a luz incluso en circunstancias difíciles. Pero la señorita Sadie no lo habría llamado si hubiera podido sola, y eso lo asustaba.

La mujer se arrodilló junto a la joven y le masajeó el vientre abultado. Había asistido a todos los partos desde que salieron de Independence hacía casi cinco meses, y Grant no tenía duda: si la veterana estaba preocupada, había motivo.

Se levantó al verlo, con el rostro marcado por la preocupación, y lo tomó del brazo. Lo sacó al aire frío del amanecer y murmuró en voz baja:

—No quería que Yellow Bird lo oyera.

—¿Cuál es el problema?

La tensión en su tono era palpable; hablaba con una inseguridad poco habitual.

—Creo que el bebé está atascado.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

—¿Cuánto tiempo lleva con dolores?

—Desde ayer por la tarde.

No era demasiado para un primer parto, pero él respetaba las habilidades de la señorita Sadie y, más aún, su juicio en estas lides.

—Tendré que examinarla para confirmarlo.

—Cuanto antes, mejor —apremió la señorita Sadie—. Me temo que perderemos a los dos si no hacemos algo.

Grant volvió a entrar, se arrodilló al pie del jergón de Yellow Bird y la exploró con cuidado. La valoración de la señorita Sadie era certera: el bebé estaba encajado en el canal del parto, con un hombro atrapado que le impedía completar la salida.

Asintió hacia la mujer mayor.

—Tienes razón. El bebé no progresa —admitió con gravedad—. Necesito rezar.

Tomó la mano de Yellow Bird. Ella lo miró, los ojos anegados de dolor y miedo.

—¿Mi bebé?

—Tenemos que sacarlo pronto o morirá —le susurró Grant, apartándole de la frente un mechón de sedoso cabello negro—. ¿Conoces a Jesús?

Yellow Bird inclinó la cabeza.

—Bien. Entonces recemos para que Dios me ayude a traer a tu hijo con bien.

Entre sus manos, la de ella temblaba. Acababan de cerrar los ojos cuando Jodie irrumpió en la tienda.

—He traído la bolsa —anunció, deteniéndose en seco, el pecho agitado—. ¿Qué pasa? ¿Por qué tienen los ojos cerrados?

Grant alzó la vista y se topó con su mirada alborotada. Jodie le tendió la maleta negra.

—¿Cómo está? —preguntó, volviéndose hacia Yellow Bird sin esperar respuesta—. ¿Estás bien?

La joven sioux asintió; el dolor le nublaba la vista y arrancaba suaves jadeos entre palabra y palabra.

—El bebé no nace como debería. Debemos rezar ahora.

—Por eso teníamos los ojos cerrados —intervino la señorita Sadie, dedicando a la impetuosa muchacha un gesto de suave reproche.

—De acuerdo —murmuró Jodie.

Se le había ido el color del rostro; la preocupación se le leía en los ojos. Vaciló en medio de un silencio incómodo que devoraba un tiempo que no tenían.

—Esperaré fuera hasta que terminen.

—Arrodíllate, Jodie —ordenó Grant con firmeza—. Cierra los ojos y guarda silencio mientras rezamos.

Yellow Bird asintió, los ojos llorosos suplicando mientras miraba a Jodie.

—Reza tú también. Por mi bebé.

A Grant le tocó una fibra ver a Jodie ceder. Algo en la manera en que amaba a los suyos siempre lo conmovía: la lealtad le corría fuerte por las venas. A pesar de su evidente deseo de huir, Jodie se arrodilló junto a Yellow Bird y tomó su mano temblorosa.

Luego masculló:

—Está bien, pero Dios nunca ha respondido a ninguna de mis oraciones. No veo por qué iba a empezar ahora.

Grant miró a Yellow Bird, volvió a mirar a Jodie y carraspeó. Ella asintió apenas, como si entendiera, y se obligó a animarse.

—Aunque quizá sea mi día de suerte —añadió sin mucha convicción.

—Grant, no hay mucho tiempo —insistió la señorita Sadie.

Él asintió y bajó la cabeza.

—Recemos.

Inclinaron el rostro, y Grant comenzó:

—Señor, dame sabiduría y misericordia para traer a este bebé sano a tu mundo. Muéstrame cómo sacarlo. Amén.

Jodie tiró de su camisa.

—Tengo una idea que podría funcionar.

—¿Cuál? —preguntó él, sin apartar del todo la atención.

—Una vez vi a un granjero ayudar a una vaca vieja…

—Jodie, por favor —atajó la señorita Sadie, cansada y contrariada—. Calla. Tus historias no están ayudando a Yellow Bird.

—Podrían ayudar si me escucharan —replicó Jodie, con frustración.

Grant le sostuvo la mirada. En sus ojos castaños se leía un miedo que le pedía a gritos ser oído.

—Está bien, pero date prisa.

—La vaca lo estaba pasando mal, y el señor Murdock metió la mano, giró al ternero, tiró y salió.

Grant palpó el vientre duro como una roca de Yellow Bird, con la esperanza de que el bebé se soltara.

—Bueno… un ternero no es un bebé.

—Lo sé —frunció el ceño Jodie—. ¿Crees que no distingo la diferencia?

—Sé que sí, y también que quieres ayudar, pero ahora mismo debo concentrarme.

Yellow Bird se removió sobre el jergón. El sudor le perlaba el cuello y la frente. Grant sabía que el dolor debía de ser atroz, aunque apenas dejaba escapar sonido alguno.

Jodie, en cambio, parecía incapaz de contenerse.

—¿Por qué no me haces caso? Aquel ternero estaba prácticamente muerto y el señor Murdock lo salvó.

—¡Por favor, Jodie! Estoy haciendo cuanto puedo.

La chispa de ira en los ojos de la joven se apagó; asintió rápido y dio un paso atrás para dejarle espacio.

La idea de introducir la mano y girar al niño lo aterraba. Cruzó una mirada con la señorita Sadie. Tenía ojeras profundas, y las arrugas del rostro se le marcaban más que de costumbre.

—Por improbable que suene, quizá deberías probar lo que dice Jodie, Grant —concedió—. Lo he visto funcionar.

Él vaciló. ¿Cómo soportaría que el niño muriera en sus manos… y Yellow Bird también?

—Es arriesgado.

—Pero no imposible —replicó ella—. Y mejor que quedarse aquí sin hacer nada mientras ambos se nos van.

El estómago de Grant se revolvió con la imagen.

—Tienes razón. No es imposible. Con Dios, todo es posible.

Aun así, los pensamientos lo arrastraron hacia otra joven madre a la que no pudo salvar. El recuerdo le tembló en las manos. Sarah había muerto en su tercer mes; nada tuvo que ver con el embarazo, pero la escena de Yellow Bird le avivaba miedos e inseguridades. Aquella incapacidad para salvar al amor de su vida fue la razón por la que colgó la medicina. Luchando contra el impulso de salir de la tienda y darle la espalda a todo, obligó su mente a leer el dolor del rostro de Yellow Bird. Debía ser fuerte y hacer cuanto estuviera en su mano. De lo contrario, no sería Dios quien fallara, sino él.

—Yellow Bird —dijo en voz baja, acariciándole la frente empapada—. Tu bebé no avanza porque no está bien colocado. Voy a intentar girarlo y sacarlo. Dolerá, y no hay garantías, pero debemos intentarlo. ¿Lo entiendes?

Ella asintió, justo cuando otra contracción sacudía su pequeño cuerpo.

—Si no haces nada, mi hijo no vivirá.

—Así es —no añadió que quizá ella tampoco; supuso que lo sabía, y convenía sostener la esperanza.

Yellow Bird le apretó la mano y alzó los hombros.

—Por favor, doctor. Debe intentarlo.

Grant se puso en marcha. La joven perdía fuerzas a ojos vista.

—Jodie, señorita Sadie, pónganse a ambos lados de Yellow Bird y no dejen que se mueva demasiado.

—¿Yo? —se le quebró la voz a Jodie—. Iré a buscar a Rita o a Donna. Ahora vuelvo.

—¡No hay tiempo! —Grant la sujetó por los hombros y la sacudió apenas—. ¡Jodie! Tienes que ser fuerte. Sé que no te agradan la enfermedad ni la sangre, pero no puedes desmayarte, ¿entendido?

—¿Quién ha dicho que vaya a desmayarme?

Bien. Ahí estaba su brío.

Grant intentó ignorar los gemidos de Yellow Bird mientras buscaba la cabeza del bebé y luego el hombro.

—Sujétala —indicó a la señorita Sadie.

Con paciencia tensa, trató de girar al niño. Aun así, tras la siguiente oleada de dolor, el bebé no descendió más.

—Tendré que girarlo hacia el otro lado —murmuró, más para sí que para las mujeres—. Señor, por favor…

—Recen —pidió sin alzar la cabeza.

Jodie repitió dos palabras una y otra vez, como un mantra:

—Por favor, Dios… por favor, Dios… por favor, Dios…

Los nervios de Grant se tensaron.

—¡Jodie, basta!

—¡Tú me dijiste que rezara!

—¿No puedes decir otra cosa?

Un grito de Yellow Bird rasgó la tienda.

—¡Es la única oración que conozco! —y reanudó su súplica—. Por favor, Dios… por favor, Dios…

Cuando Grant giró al bebé en sentido contrario a las agujas del reloj, notó cómo el hombro se liberaba. La esperanza brotó, y sin darse cuenta unió su voz a la de Jodie:

—Por favor, Dios… por favor, Dios…

Momentos después, un niño robusto irrumpió en el mundo con un llanto vigoroso que dibujó una sonrisa exhausta en los pálidos labios de su madre.

—¿Han visto eso? —exclamó Jodie, entre asombro y júbilo.

La señorita Sadie envolvió al recién nacido y trató de ponérselo a Yellow Bird, que se había desvanecido.

—Jodie, coge al bebé —pidió—. Tengo que ayudar a Grant; está sangrando demasiado.

—No sé si podré —confesó Jodie, con un miedo tan palpable que Grant casi pudo tocarlo.

—No pasa nada —la tranquilizó la señorita Sadie con una gentileza poco habitual—. No hay nada que temer. Lo harás muy bien.

Le colocó al niño en los brazos. Un suave jadeo hizo que Grant alzara la mirada un instante. Se le encogió el estómago al verla sostener al hijo de Yellow Bird. Jodie abrió un poco los labios; los ojos, enormes, iban del bebé a él.

Nunca lo habría imaginado. A pesar de su genio vivo y su empeño en llevar la contraria, Jodie Russell podía ser tan tierna como cualquiera cuando acunaba a un recién nacido.

Más tarde, durante sus rondas, no pudo desprenderse de aquella imagen: los ojos de Jodie, húmedos y asombrados, y sus

labios, suaves y entreabiertos, rendidos ante el milagro que tenía entre los brazos.

Capítulo 2

A Jodie le dolía la espalda de pasar el día sentada junto a Yellow Bird en el duro suelo. Grant le había advertido que la mujer sioux seguía sangrando más de lo que le gustaría y que no debía dejarla sola. A Jodie le parecía bien: hoy no habría podido concentrarse en nada más.

En el jergón de la esquina, la señorita Sadie se despertó de su siesta y se incorporó. Tras bostezar y estirarse, sacudió la cabeza.

—Debí quedarme dormida. Ha sido una noche muy larga —frunció el ceño—. ¿Qué haces todavía aquí, Jodie?

—Grant dijo que vigiláramos a las dos.

La señorita Sadie soltó un suspiro de exasperación.

—No creo que se refiriera a sentarte a su lado y mirarla mientras duerme. ¿Por qué no te vas a ser útil a otra parte, en vez de merodear? Por el amor de Dios, si se despierta de golpe, la vas a asustar.

Las palabras le dolieron a Jodie en lo más hondo. ¿Cómo se atrevía aquella viuda a insinuar que no estaba ayudando? Había traído el maletín del médico, se había quedado a rezar, había dejado que Yellow Bird le estrujara la mano hasta entumecerle los dedos… y fue ella quien sugirió girar al bebé. Grant le dio las gracias, y la propia señorita Sadie admitió que Dios había hablado por boca de Jodie. Si el Altísimo la había considerado lo bastante especial como para expresar Su sabiduría a través de ella, quizá la señorita Sadie podía mostrarle un poco de respeto.

Ahora que lo peor había pasado, Jodie se había dedicado a cuidar de la madre y el recién nacido para que la mujer mayor pudiera echarse una cabezada. La insinuación de que estorbaba le encendió la sangre. ¡Vieja desagradecida!

Alzó la barbilla y cruzó los brazos.

—No me iré a ninguna parte hasta que el doctor diga que Yellow Bird está fuera de peligro.

—Créeme —replicó la señorita Sadie con aplomo—. He asistido a suficientes partos para saber que lo peor ya pasó. Yellow Bird y el pequeño Sam se pondrán bien.

Se abrió paso hasta la madre, le apoyó la mano en la frente y asintió, satisfecha.

—No tiene fiebre, alabado sea el Señor.

Jodie sintió un gran alivio, y su mente se unió a la alabanza, aunque preferiría morirse antes que admitirlo.

—Eso es bueno, ¿verdad? ¿No hay infección?

Aunque Yellow Bird había perdido más sangre de la debida y estaba más débil que la mayoría de primerizas, Grant le aseguró que, mientras no apareciera infección, se recuperaría por completo.

—Mira, Jodie, cariño… —la señorita Sadie adoptó un tono conciliador.

Era evidente que el enfoque intimidatorio no había funcionado. Ahora se mostraba amable. Demasiado amable. Jodie no se dejó engañar; plantó los pies y mantuvo los brazos cruzados.

—He dicho que no me muevo hasta que Yellow Bird despierte.

—Estoy despierta —susurró una voz muy queda.

El instinto protector de Jodie se impuso.

—No deberías estarlo, Yellow Bird. El doctor dice que necesitas descanso.

La señorita Sadie bufó.

—¿Cómo no va a estar despierta, con todo tu parloteo?

Jodie la ignoró y siguió centrada en su amiga. Con fiebre o sin ella, aquel rostro pálido era motivo de inquietud.

—¿Te encuentras bien?

Yellow Bird asintió, cansada.

—Estoy bien —murmuró, mirando con ternura a la criatura diminuta acunada en el hueco del brazo—. ¿No es precioso? Mi corazón canta una nueva canción.

El bebé se removió al oír la voz de su madre y dejó escapar un tenue maullido. A Jodie se le hizo un nudo en el pecho.

—¿Está bien?

—Tiene hambre —sonrió Yellow Bird.

Se recolocó y tiró de una correa de cuero que le cruzaba el hombro, aflojando la parte superior de su vestido de ante. A Jodie se le tiñeron las mejillas cuando el niño se prendió y empezó a mamar con ruidosos sorbos. Se aclaró la garganta y se puso en pie.

—Tengo cosas que hacer.

—Ya era hora —masculló la señorita Sadie.

—Volveré luego, Yellow Bird.

Sin esperar respuesta, Jodie apartó la solapa y salió al frío crepúsculo otoñal.

Jared Larson, jefe de la caravana, había ordenado un alto de un día tras el ataque de la mañana, seguido del nacimiento del bebé. Un nacimiento no solía bastar para perder una jornada, en especial cuando el grupo ya arrastraba un mes de retraso, pero Jodie oyó a Grant decirle a la señorita Sadie que Yellow Bird quizá no sobreviviría a un día duro rebotando por los profundos surcos del camino.

Aquel temor en la voz de Grant le provocó a Jodie una oleada de miedo. Nunca había tenido una verdadera amiga, salvo Rita

Rodden, pero Yellow Bird se ganó su respeto cuando ayudó a salvar a Rita de un jefe de guerra cheyenne. No extraña que ignorara el mal humor de la señorita Sadie y se negara a apartarse del lado de Yellow Bird mientras su vida corría peligro.

Llena de nervio, Jodie se dirigió hacia su yegua, Tulip. Sabía por experiencia que la única forma de soltar su frustración era galopar hasta vaciarse. Tulip resopló con anticipación cuando Jodie ajustó la silla y montó. Además, después de que el Todopoderoso respondiera a su plegaria por Yellow Bird, sentía que le debía una pequeña conversación.

—¡Jodie! —Grant Kelley apareció a toda prisa—. ¿Adónde crees que vas?

El tono le apretó el estómago. Iba a prohibírselo. Pues no lo toleraría.

—A dar un paseo. No es asunto tuyo.

—¿No oíste a Jared? Nadie sale a caballo solo hoy —sus ojos chispearon.

—No oí nada de eso.

—Pues lo dijo. Y tras el ataque de esta mañana, no hace falta que te lo repitan. Ya casi es de noche; no llegarás ni a un kilómetro antes de que anochezca. Usa la cabeza.

—Siempre la uso —le irritó la insinuación—. La luna y las estrellas brillan; encontraré el camino sin problema.

Hizo girar a Tulip. Al fin y al cabo, había cabalgado sola durante dos meses antes de unirse a la caravana. Y evitó que Grant y sus exploradores la detectaran durante ese tiempo. Podía cuidarse sola.

—No irás a ninguna parte, mujer testaruda. Son órdenes de Jared. Y ya sabes lo que dijo la última vez que te fuiste sin permiso. ¿Quieres arriesgarte a que te obligue a cumplirlo?

Jodie se removió en la silla. Lo recordaba: Jared había jurado dejarla atrás en el siguiente fuerte si desobedecía otra vez. Y Fort

Boise estaba a pocos días. No pensaba quedarse. Pero ¿cómo quedarse encerrada cuando la inmensidad la llamaba tras un día tan largo?

Además, no había escuchado esas órdenes… y prefería no admitir que quizá Jared las había dado. Aceptarlo significaba quedarse quieta. Miró la llanura, vaciló apenas y tomó una decisión firme.

Un leve toque de talón bastó: Tulip salió disparada, dejando a Grant envuelto en polvo y con el gesto cargado de ira. Jodie sonrió al alejarse. Aunque él ensillara y espoleara a fondo, no la alcanzaría. Que se enfadara. Grant era un mandón, siempre diciéndole qué hacer. Quizá no la recordaba: ella tenía once años cuando se vieron por última vez. Pero ella no lo había olvidado, y pronto comprobaría que Jodie también tenía cuentas pendientes con el doctor. La caravana entera descubriría que Grant Kelley no era todo lo que aparentaba.

Al cabo de unos minutos, la cabeza empezó a despejársele. La oscuridad crecía, y le pareció buen momento para aquella charla con el Todopoderoso. Se aclaró la garganta.

—Eh… —qué raro sonaba. ¿Cómo podían Rita, Donna, Jared y casi todos hablar al aire con tanta naturalidad?—. Sabes que no soy de hablar en voz alta con alguien que quizá ni siquiera está ahí. Pero, por si acaso… gracias por traer al mundo al bebé de Yellow Bird y mantenerlos con vida.

No le salió nada más. Aun así, se sonrojó de pensar que alguien pudiera haberla oído.

Empezó a arrepentirse de su arrebato. ¿Y si Jared de veras había ordenado quedarse en el campamento? Sonaba a algo propio del concienzudo jefe. Si se enteraba de su desobediencia, podía ser la gota que colmara el vaso. Jodie no buscaba problemas, pero ellos la encontraban. Hizo bajar a Tulip a trote y luego a paso.

—Creo que la he vuelto a liar, chica —susurró, inclinándose para rodearle el cuello—. Pero Grant es como una espina clavada en

la silla. Tú sabes lo que es. ¿Por qué no deja de comportarse como un mandón?

Si él supiera por qué se había unido a la caravana, mediría más sus palabras. Seguro.

¿Por qué no hacía lo que venía a hacer? Siete años deseando ver a Grant pagar por lo que hizo. Le llevó todo ese tiempo convencer a Benson para que la dejara intentarlo. Entonces, ¿por qué, tras más de dos meses con la caravana, no lo había hecho?

La gente de la caravana no era como la cuadrilla de ladrones y matones con la que creció. La idea de cumplir su propósito y volver con los forajidos que aguardaban su regreso le revolvía el estómago. En realidad, llenaba sus pesadillas. La única explicación era que tanta charla sobre Dios había calado más de lo que habría creído.

Suspiró, se irguió y acarició el cuello de Tulip. La caravana estaba tan lejos que apenas distinguía el humo de las hogueras y el círculo de carretas.

—Maldita sea —murmuró—. No sabía que me había alejado tanto.

Picó a Tulip para volver. Pero justo cuando la yegua echaba a trotar, el galope de varios caballos acercándose por detrás le heló la nuca. Se volvió en la silla y se vio rodeada por una docena larga de jinetes. El corazón le golpeó el pecho y aferró el rifle sin sacarlo de la funda. No necesitó que nadie se presentara antes de que sus ojos vencieran la penumbra.

—Así que erais vosotros —soltó, procurando que la voz no le temblara, mientras repasaba al variopinto grupo.

Las risas retumbaron entre los forajidos.

—Así es, chica —respondió una voz conocida.

Su padre adelantó el caballo.

—¿Qué haces tan lejos de casa, Benson? —preguntó Jodie.

—¿Qué crees? Hemos venido a buscarte —repuso él.

—Sí —añadió una figura en la sombra.

Jodie reconoció al instante aquella voz sarcástica y altiva que le erizaba la piel.

—Además, hay demasiados carteles de «Se busca» en Kansas y Misuri para quedarnos por aquí. Pensamos seguir tu rastro y ver si estabas lista para volver. Tenemos un nuevo trabajo preparado.

—Cállate, Mark —ordenó Benson—. Nadie te ha pedido que hables por mí.

La presencia de Benson, de golpe real y cercana, le cayó encima como una capa pesada. Ya no era la que ellos conocían. ¿Cómo explicar que había cambiado sin que Benson la arrancara de la caravana?

—¿Y bien? —gruñó Benson, encorvándose un poco en la silla.

—¿Estás bien, Benson?

—No te preocupes por mí, chica.

El gesto se le endureció de tal modo que Jodie echó el cuerpo atrás. Debió de imaginar aquella debilidad.

—Lo siento, Benson.

—Olvida el lo siento —escupió—. Limítate a contestar.

—¿A qué pregunta?

Benson entrecerró los ojos.

—¿Me desafías, chica?

Jodie tragó y negó con la cabeza. El recuerdo de una bofetada le crispó la piel.

—No. Es que no te he oído preguntar.

—Porque no la he formulado.

El corazón de Jodie dio un brinco cuando la luz de la luna dibujó los rasgos de un hombre al que no había visto jamás:

mandíbula cuadrada, ojos muy separados, cejas firmes. Llevaba abrigo de cuero y un pañuelo al cuello.

—Ocúpate de lo tuyo, Erick —cortó Benson.

¿Era sudor aquello en la frente de su padre? Jodie frunció el ceño. ¿Cómo podía sudar con aquel frío? Apartó la mirada de Benson y la fijó en el recién llegado.

—Mis disculpas —dijo el forastero, sin apartarle los ojos; sonrió al hablar—. Creo que Benson quiere saber si estás lista para volver al redil.

—Ella sabe lo que quiero decir —gruñó Benson.

Miró con fiereza al recién llegado, pero era evidente que perdía la partida. Volvió a clavar la vista en Jodie, los ojos entornados.

—Ya te di mucho tiempo. Es hora de volver, hayas cumplido o no.

La aversión de Benson a la venganza era precisamente lo que lo había frenado durante años para dejarla ir tras Grant: lo consideraba un derroche.

—No es tan sencillo, Benson. No puedo acercarme y ponerle una pistola en la cabeza, sin más.

—No le creas, Benson. Se ha ablandado —se entrometió Mark Larson, con su sonrisa burlona de siempre—. Lo veo clarito.

Llevaba tanto tiempo cabalgando con Benson que este lo trataba como a un hijo. Pero Jodie no pensaba tragarse sus insolencias.

La ira encendió los ojos de ella, aunque se negó a enredarse con un hombre inútil.

Benson se movió en la silla y lanzó una mirada dura a Mark.

—Déjala en paz.

Mark se inclinó hacia delante, imitando a Benson. La forma en que la miró erizó a Jodie de la nuca; no necesitó pronunciar palabra

para que ella entendiera el aviso. Nunca se sentía cómoda con Mark, por mucho que Benson creyera que algún día lo sucedería.

Benson la observó en silencio y frunció el ceño.

—¿Qué estás diciendo?

Jodie alzó la barbilla y se enderezó en la silla.

—Intento ocuparme de esto sin que pongan mi cara en un cartel de "Se busca". A veces hay que ser inteligente.

El humor se borró del rostro de Mark.

—¿Insinúas que los hombres no somos tan listos como tú?

—¿Estaría equivocada?

Otra vez fue el recién llegado quien salió en su defensa. El corazón de Jodie se animó con aquel respaldo. Mark, en cambio, no parecía impresionado.

—Cállate, Erick. Ni siquiera la conoces —gruñó Mark.

—Ah, tienes razón. Tal vez fui presuntuoso —replicó el forastero con una leve inclinación, y le guiñó un ojo a Jodie.

Ella no pudo evitar divertirse con la provocación.

Mark asintió, satisfecho, pero Erick añadió con media sonrisa:

—Sin embargo, a ti sí te conozco. Y no puedo discutir lo que ella sugiere.

Sin esperar la respuesta de Mark, espoleó el caballo, se tocó el ala del sombrero hacia Jodie y dijo con cortesía:

—Como Mark ha observado con tanta agudeza, aún no he tenido el gusto. Señorita Russell.

Benson adelantó su montura. Jodie se tensó. Ya le había dicho a Erick que se metiera en sus asuntos y no toleraría mucho más su intromisión. Fuera lo que fuera a ocurrir, no pintaba bien para el recién llegado.

—Esta es mi chica, Jodie —anunció—. Jodie, este es Erick Byrne. Empezó a cabalgar con nosotros justo después de que te escaparas.

La palabra le encendió la sangre. No había huido. Tenía una misión de siete años. Se sintió por fin preparada para emprenderla cuando vio a Grant entre los viajeros en Newtown, Kansas. La banda había llegado a aquella ciudad polvorienta de la pradera el día antes de que pasara el tren. Tras tanto tiempo reviviendo la muerte de su hermano mayor, tras tanto odiar al médico con una pasión furiosa, se le presentó un regalo: la oportunidad de hacerlo pagar. Con poca ley en Hawkin, la banda acampó en las afueras y entró a la ciudad cuando el tedio los empujó a los salones. Jodie encontró a Grant Kelley en la tienda general, buscando aceite para el cuero. Corrió de vuelta al campamento, temblando de emoción, para contar a los suyos a quién había visto.

Benson lo llamó tontería, pero cedió con una condición: tres meses. Ella comenzó siguiendo a la caravana a distancia, comiendo carne seca día tras día para no delatarse con un fuego. Si algo le había enseñado Benson era a esconderse y esperar. Eso hizo, aguardando el instante de encontrar a Grant a solas.

Llegó cuando acamparon cerca de Fort Laramie. La mayoría de los colonos fueron al fuerte, pero el médico no. Con tan pocos guardias, parecía el momento perfecto. Otro regalo. Sin embargo, el grito de Rita quebró el silencio cuando Jodie lo seguía; acudió en su ayuda y la descubrieron. Un par de días después, Sam Dos Plumas, jefe de exploradores, le ofreció un trabajo: vigilar a Rita Rodden. Desde entonces, sus dotes para rastrear y cazar la habían vuelto valiosa para la caravana.

¿Por qué tenía Benson que aparecer y arruinarlo todo?

El forastero carraspeó con intención; esperaba respuesta.

—Encantada de conocerle, Erick.

—El gusto es mío.

Jodie se volvió hacia su padre.

—Es el único médico de la caravana. Si lo mato ahora, perjudicaré al resto.

Benson negó. Otra vez Jodie notó cómo se encorvaba.

—¿Seguro que estás bien, Benson? Te veo enfermo.

—Déjame a mí —cortó—. Hablemos de ti. Es hora, chica. O haces lo que viniste a hacer o lo dejas. En cualquier caso, ya has estado fuera demasiado tiempo. Tenemos que seguir.

Mark resopló.

—Hay que seguir con el nuevo plan y la necesitamos. Digo que dejemos en paz al médico y que Jodie vuelva a la banda.

La mirada que le lanzó Benson fue tan fiera que incluso Jodie se encogió.

—¿Desde cuándo das órdenes?

Mark reculó.

—Lo siento, Benson. Solo era una sugerencia.

—Pues no la hagas —espetó.

Miró de reojo a Jodie, con una expresión que no dejaba dudas.

—Tienes una semana. Luego vuelves con nosotros. Tenemos un plan y hace falta una mujer para llevarlo a cabo.

A Jodie se le secó la boca.

—¿Qué clase de plan? Creí que había terminado de ayudar de esa manera.

—Lo hiciste. Ya no eres una jovencita. Es hora de que te ganes el sustento.

No se atrevió a decir lo que deseaba: que prefería que se marcharan sin ella, que elegiría su propio camino antes que volver con los forajidos, que por fin sabía lo que era convivir con gente decente que la valoraba por lo que aportaba.

—Mira, Benson, debo irme. Me esperan de vuelta en seguida.

—¿Te esperan? —bufó Mark—. ¿Ahora respondes ante esa gente?

—Tengo que integrarme o sospecharán.

—La señorita tiene razón —intervino Erick con voz suave que a Jodie no le cuadraba con su oficio—. Hay una forma sensata y otra insensata de hacer las cosas. Ella eligió la sensata. La paciencia demuestra inteligencia… —sonrió perezoso— y virtud.

Benson gruñó para mandarlo callar, y volvió a Jodie:

—Regresa. Y recuerda lo que te he dicho. Una semana. Ah, y echa un ojo a Buddy. No volvió tras la redada de esta mañana.

—¿Buddy? Pensé que iba a estudiar con ese médico en Newtown.

—¿El doctor Michaels? —escupió el nombre como si le supiera amargo—. Resultó que ni siquiera era médico. No sabía curar una pierna rota. Una lástima; nos habría venido bien uno. —Gruñó, se tocó el costado y torció el gesto.

—¿Te duele? —preguntó Jodie, encogiéndose al instante.

—He dicho que estoy bien.

—Lo siento, Benson.

Pobre Buddy. Siempre había soñado con estudiar medicina. Aquello podía haberlo liberado, fuera de los pMarks de Benson. Se habría ido para no volver. No estaba hecho para forajido, igual que ella. Con quince años, era el más joven del grupo. Jodie había esperado que la oportunidad lo sacara de allí; de otro modo, nunca lo habría dejado.

—Benson, ¿cómo nadie notó que faltaba antes de que regresaras al campamento? Es solo un crío.

—Ya casi es un hombre. Puede cuidarse solo —replicó, clavándole la mirada—. Y seguramente irá a buscarte antes de volver.

Jodie deseó que así fuera. La alternativa era pensar que le habían disparado y yacía en algún lugar, solo, muerto o herido.

Hizo girar a Tulip para volver, pero vaciló.

—Escucha, Benson: cuídate y mantente fuera de la vista. La caravana tiene un par de rastreadores muy buenos. No podrás esconderte si te quedas tan cerca de las carretas.

Asintió, y por un instante su expresión pareció suavizarse a la luz de la luna; aun así, la palidez enfermiza persistía y reavivó la inquietud de Jodie.

—¿No es conmovedor? —se burló Mark, removiéndose en la silla—. No la escuches, Benson. Creo que es porque sabe que hay algo valioso en ese carro y lo quiere para ella. ¿Si no, por qué se habría quedado fuera tanto tiempo?

Un nudo le apretó el estómago. Mark solo podía referirse al carro de suministros. Sí, había objetos valiosos, pero sobre todo eran semillas y provisiones, unos tesoros para quienes pretendían construir una vida en la tierra nueva, pero no un botín para unos matones.

Benson volvió a zxJodie.

—Regresa y mantén bien abiertos los ojos y los oídos por Buddy.

Ella se echó atrás ante la dureza del encargo.

—De acuerdo, Benson.

Puso rumbo al campamento con el estómago encogido, tentada de dar media vuelta, cruzar las montañas y no volver a ver ni a Benson ni a los suyos… ni a la caravana.

Grant luchó por no clavar los ojos en el oeste. Tenía trabajo de sobra como para estar pendiente de una mujer de habla tosca, envuelta en pieles. Exhaló, frustrado. Inútil. No serviría de nada hasta saberla a salvo.

Se dio una palmada en el muslo cuando la inquietud le golpeó el vientre. Ya debería haber vuelto. En el último cuarto de hora, las nubes habían velado la luna y las estrellas; era casi imposible ver más allá del resplandor de las hogueras.

Echó a andar por el campamento, en la dirección por la que ella había salido.

—Buenas noches, Grant. ¿Qué te preocupa tanto que pasas a mi lado sin saludar? —la voz divertida de Rita Rodden lo sacó de sus pensamientos.

Se le calentaron las orejas. Cambió de rumbo y recorrió los pocos pasos hasta su lumbre.

—Lo siento, señorita Rita.

—No te apures, bromeaba. ¿Café? —alzó la cafetera de hojalata.

Con un chal de ganchillo sobre los hombros y el cabello recogido con sencillez, nadie habría adivinado que Rita había sido una mujer elegante. A ojos de cualquiera, parecía una más. Solo que no lo era: había conquistado la atención y el corazón de Sam Dos Plumas.

Grant miró alrededor, aunque sabía que no servía de mucho.

—No habrás visto a Jodie, ¿verdad?

—¿Jodie? Supongo que estuvo con Yellow Bird todo el día. No la he visto desde que salió de nuestra tienda durante el ataque de esta mañana. ¿No fuiste a ver a tu paciente?

—Sí. Y allí no estaba.

—Entonces no lo sé. ¿Tal vez con Donna?

Grant soltó el aire, tenso.

—Será mejor que la busque.

A la luz del fuego, el ceño de Rita se frunció.

—¿Qué quieres decir?

Él miró hacia el sendero que se perdía al oeste.

Un leve jadeo le escapó.

—¿Me dices que Jodie se fue sola?

—Me temo que sí.

—Pero Jared ordenó quedarse en el campamento. Lo oí. ¿Por qué haría Jodie semejante cosa? Y más después de la advertencia que le dio.

—¿Por qué me lo preguntas? —Rita alzó las manos—. La mitad de lo que hace no lo entiendo. Probablemente ni ella misma lo entienda.

Una sonrisa le asomó a los labios.

—Puede que tengas razón. —Miró por encima del hombro y asintió—. En cualquier caso, ya no tienes que inquietarte. Ahí viene.

A Grant se le formó un nudo de alivio mezclado con irritación. Se volvió y vio a Jodie entrar a zancadas en el campamento, tirando de Tulip, un nombre ridículo para un caballo, en su opinión.

—Disculpa —murmuró a Rita, sin apartar la vista de Jodie.

—Claro.

El corazón le latía fuerte mientras cruzaba los metros que lo separaban de ella. Llegó justo cuando ataba a Tulip para pasar la noche.

—¿Dónde has estado?

Ella pasó a su lado, rumbo a su tienda.

—Montando. Tal como te dije cuando me fui.

—¿No te haces idea de lo que podía haberte pasado ahí fuera?

—Buenas noches, Rita —interrumpió, ignorando sus palabras.

—Me alegra que volvieras sana y salva —sonrió Rita.

Jodie se irguió con dignidad.

—¿Por qué no iba a estarlo?

La frustración le martilleaba a Grant en las sienes.

—¡Jodie!

—¡Por Dios! —soltó ella, pateando el suelo y alzando la barbilla —. ¿Por qué no me dejas en paz?

—Porque me importas. Y parece que no entiendes que ahí fuera hay peligros muy reales, esperando a una mujer sola, con poco miedo y menos sentido común. Entre forajidos, indios y animales salvajes, bastante suerte tienes de no estar muerta. Llegué a temerlo.

Ella frunció el ceño y miró a Rita.

—¿Podrías explicarle al señor Kelley que no soy su responsabilidad y que preferiría que se ocupara de sus asuntos?

Rita carraspeó.

—Lo haría, pero tiene razón. Fue imprudente, dadas las circunstancias. Si esos forajidos siguen por ahí…

—Exacto —terció Grant—. ¿Y si te topabas con ellos? ¿O con un oso?

Jodie puso los ojos en blanco y negó, centrada solo en él.

—Estoy aquí, ¿no? —bufó, con ese desdén al que él ya se había acostumbrado—. Y no es asunto tuyo.

—Me importa cuando desobedeces una orden directa del jefe y te pones en peligro.

A Jodie se le llenaron los ojos de temor.

—¿Qué te hace pensar que estaba en peligro?

Tragó saliva.

Rita dio un paso al frente.

—Jodie, creo que deberías buscar a Jared e intentar arreglar esto. Ahora mismo no tendrá buen concepto de ti. Lo mejor es ir antes de que te mande llamar.

Grant le leyó la lucha en el rostro. Al cabo, Jodie asintió despacio.

—Supongo que tienes razón.

—Te calentaré frijoles y un trozo de pan de maíz para cuando vuelvas —ofreció Rita, dándole una palmadita en el hombro.

—No te molestes. Dudo que pueda comer.

—Lo calentaré igual. Quizá Jared no sea muy duro.

—No contaría con ello.

Grant la vio alejarse, arrastrando los pies por el suelo pedregoso hacia la hoguera del jefe.

—Bueno —dijo Rita—, ya sé qué haré la próxima hora.

—¿Qué harás?

Una sonrisa le curvó la boca.

—Rezar por misericordia. La va a necesitar.

—¡Grant! —la voz de Sam Dos Plumas cortó la conversación.

El rostro de Rita se iluminó al ver a su prometido.

—Buenas noches, Sam. ¿Te traigo café?

—Nada me gustaría más, pero ahora debo hablar con Grant.

La decepción apenas le nubló los ojos un segundo. Asintió.

—De acuerdo. Nos vemos luego.

—Pasaré a darte las buenas noches si tu fuego sigue encendido cuando acabe —prometió Sam.

—Lo esperaré con ilusión.

Sam desvió la vista hacia el extremo opuesto del campamento; Grant siguió la dirección.

—¿Crees que Jared obligará a Jodie a marcharse en Fort Boise?

El explorador, medio sioux, alzó los hombros.

—He dejado de predecir a Jared —frunció el ceño—. Pero Jodie desobedece con frecuencia. Como mínimo, habrá castigo; si no, los hombres perderán las ganas de seguir a Jared hasta Oregón. Le faltarán al respeto.

A Grant aquello le supo a poco, si alguna vez oyó algo parecido. Jodie entendía la obediencia… cuando le convenía. Elegía sus momentos.

—¿Qué querías hablar conmigo, Sam?

—Ven —dijo Dos Plumas—. Jared nos espera en la tienda de suministros.

—¿Ah, sí? Jodie acaba de ir a buscarlo. Confía en librarse del problema.

—Eso depende de Jared. En cualquier caso, no lo encontrará ahora mismo. Nosotros sí.

Grant sabía que no debía interrogar al explorador. Si Dos Plumas quería explicar la reunión, lo haría. Si no, solo quedaba morderse la curiosidad y seguirlo.

Capítulo 3

Los pasos de Jodie se hicieron más lentos, tironeados por el temor y la anticipación, al aproximarse al campamento del jefe de la caravana. Donna estaba de pie junto a un cubo de agua sucia, canturreando para sí mientras fregaba. A Jodie se le aceleró la respiración; echó una ojeada cautelosa a su alrededor y se preparó para afrontar el destino que Jared pudiera tenerle reservado.

—Hola, Jodie —saludó Donna, alzando la vista con una sonrisa amplia. Se apartó un rizo rebelde de la frente y volvió a hundir los brazos —hasta los codos— en el agua jabonosa.

—Buenas noches, Donna. ¿Está Jared por aquí?

Donna negó con su cabeza pelirroja y rizada; sopló hacia arriba para domar el mechón indómito.

—Se ha ido a reunirse con Sam.

—Entonces supongo que tendré que esperar.

Donna asintió y sonrió. Las pecas sobre su nariz, arrugada por la mueca, la hacían parecer demasiado joven para ser la esposa del hombre más importante de la caravana.

—Ha surgido un asunto del campamento. Parecía tan aliviado de posponer la conversación contigo como tú de no tenerla ahora.

En aquella sonrisa, Jodie sintió una aliada; su tensión empezó a aflojarse. Por otro lado, si Donna intuía que necesitaba una aliada, Jodie debía de estar en serios problemas.

Donna tomó una toalla y se secó las manos.

—¿Quieres esperar? No tardará mucho.

—No sé…

El estómago de Jodie gruñó con fuerza: no había comido desde la cena de la noche anterior. Miró el conejo a medio asar que aún colgaba sobre el fuego. La carne chisporroteante le resultó infinitamente más tentadora que la idea de frijoles y pan de maíz en su propia hoguera. La mirada de Donna siguió la suya y asintió.

—¿Quieres un poco? Nosotros ya hemos comido. Iba a darle las sobras a Wolfie, pero si tienes hambre, él puede buscarse la vida.

Por mucho que le pesara por el perro, el aroma del conejo hizo estragos en su estómago vacío. Jodie inclinó la cabeza, agradecida.

—Te lo agradecería.

Donna dejó la toalla en el borde de la tina y se acercó al fuego con un plato de hojalata.

—Siéntate, entonces. Yo te sirvo.

Jodie se acomodó en el barril de pepinillos que Donna le indicó. Pese a sí misma, soltó un suspiro hondo.

—¿Día duro? —preguntó Donna, tendiéndole el plato.

—No ha estado tan mal.

—La señorita Sadie dice que ayudaste de veras con Yellow Bird.

Jodie alzó las cejas.

—¿De veras?

—Sí. Dijo que no solo arrimaste el hombro en el parto, sino que te quedaste junto a Yellow Bird todo el día para que ella pudiera descansar. Parecía muy agradecida.

Jodie aceptó el elogio, pero negó con la cabeza.

—Esa mujer… me reñía cada vez que me daba la vuelta.

Donna rió quedo y volvió a su trajín de limpiar y fregar.

—Sabes que la señorita Sadie no reparte cumplidos. Y menos aún a quien cree que ha hecho un buen trabajo.

Jodie mordió el conejo. Apreciaba la amistad de Donna; como Rita, la había acogido sin demasiadas sospechas. Nada le habría gustado más que confiarle lo de Benson y la banda, pero, siendo la esposa del jefe, Donna estaría obligada a informar a Jared de que aún había forajidos por la zona y de que Jodie se había criado con el cabecilla. Incluso Rita tendría que contárselo a Dos Plumas. Eso hacen las personas a punto de casarse: no guardan secretos. Así que Jodie se resignó a mantener su vida de antes —y el reciente reencuentro con Benson— bien encerrados en su memoria. Por mucho que quisiera quedarse, sabía que aquella gente no creería que no tuvo nada que ver con el ataque.

—Fui a ver a Yellow Bird antes —comentó Donna—. El bebé es precioso, ¿verdad?

Había un tinte melancólico en su voz que despertó la curiosidad de Jodie. A su juicio, la criaturita en brazos de Yellow Bird era el ser humano más flaco y desastrado que había visto.

—Supongo que sí.

—No pareces muy convencida —bromeó Donna, con una sonrisa.

Jodie se encogió de hombros y tragó otro bocado de aquella carne deliciosa.

—La señorita Sadie dice que todos los bebés tienen un aspecto raro al nacer. Supongo que mejorará.

—Bueno, en fin, estoy deseando volver a la ruta mañana. ¿Tú no? Piensa que, en un par de meses, estaremos en Oregón.

Jodie no supo qué responder. Le costaba entusiasmarse con Oregón cuando lo más probable era que no siguiera con la caravana al llegar a la tierra prometida.

—Escucha, Jodie —Donna se puso las manos en las caderas y la miró de frente—. Sé que piensas que no sirve de nada intentarlo y

que Jared te va a obligar a marcharte esta vez. Y, a decir verdad, lo está barajando en esa cabeza terca que tiene. Pero aún tienes una oportunidad, si conozco a ese hombre.

El ánimo de Jodie se alzó con un hilo de esperanza que le dio miedo.

—¿De veras crees que puedo quedarme?

—Sí, si juegas bien tus cartas. No quiero ser vulgar, pero ninguna de las dos se crió en un salón de damas, ¿verdad? Entendemos lo de jugar la mano que te reparten… con inteligencia.

Jodie habría reído con la idea del salón de damas si no se hubiera sentido un poco ofendida. No por la referencia al juego —había ganado y perdido buenas sumas con las cartas—, sino porque Donna supusiera que no la había educado una dama. Nunca había contado su crianza, ni a Rita ni a Donna.

—Entiendo lo que quieres decir.

—La clave con Jared es admitir que te equivocaste y disculparte antes de que empiece a alzar la voz.

Jodie se tensó y alzó la barbilla.

—¿Y si no me he equivocado?

—Depende de lo importante que te sea tener razón.

Para Jodie, lo era todo.

—No voy a disculparme.

—No dejes que tu terquedad te pierda, Jodie. Jared está acostumbrado a que se haga lo que manda en esta caravana. Y, por lo común, acierta —Donna soltó una carcajada franca—. Créeme, me costó admitirlo. No espero que sientas lo mismo por él, claro. De hecho, tendríamos una buena pelea si pensara que te habías enamorado de mi marido.

—Oye, yo no…

—Bromeo, Jodie. Olvido que te lo tomas todo al pie de la letra.

El alivio enfrió su indignación. A todas luces, Donna no había terminado su sermón.

—El caso es que quizá debas ceder un poco para conservar tu lugar en la caravana. Te echaría de menos si tuvieras que irte.

—¿De veras?

—Claro. Y Rita y la señorita Sadie también —añadió con una sonrisa cómplice—. Y Grant Kelley.

Jodie casi gruñó y le lanzó una mirada fiera mientras roía el último trozo de conejo.

—Ni se te ocurra mencionar su nombre.

—¿Por qué no? No puedes negar que es bien apuesto. Hasta un ciego lo vería.

—¿Podemos hablar de otra cosa?

—De acuerdo. Hablemos de cómo vas a ser tan amable y te vas a mostrar tan arrepentida que a Jared le parezca una crueldad echarte. Y de cómo prometerás que no volverás a desobedecer sus órdenes.

Jodie frunció el ceño.

—¿Por qué no pueden dejarme hacer lo que quiero?

Toda la diversión se borró del rostro de Donna. Sirvió café de la cafetera de hojalata, le tendió una taza a Jodie y se sentó en la lengüeta de su carreta, frente a ella.

—Ya sabes la respuesta. El éxito de la caravana depende de la cooperación de todos. Seguro que lo has visto.

Jodie se ruborizó bajo la mirada escrutadora de Donna. Recuperó la dignidad y alzó la barbilla.

—Cumplo mi parte. Hago las tareas que me asignan. Solo que no entiendo por qué no puedo montar sola cuando me place. ¿Acaso no vuelvo siempre sana y salva? Y, por lo común, con carne suficiente para dos o tres familias.

—Muy cierto. Pero sabes tan bien como yo que una mujer sola es blanco de todo tipo de amenazas: animales, indios… ¿Y el ataque de esta mañana? Esos hombres pueden seguir cerca, esperando al primero que se aleje de la caravana.

A Jodie se le cortó de golpe el apetito.

—Jared me ha repetido que eres buena rastreadora y que podrías llegar a ser de los miembros más valiosos de la caravana —añadió Donna.

—¿Sí?

A Jodie se le escapó una sonrisa.

—Sí, pero también dice que eres indisciplinada e incapaz de seguir órdenes, y que por eso no puede contar contigo. Eres demasiado impredecible.

La sonrisa se desvaneció.

—Oh…

Se puso en pie.

—Será mejor que me vaya. Gracias por la cena. Si Jared vuelve, dile que estoy en mi tienda.

—De acuerdo. Intenta no preocuparte. Pronto sabrás la decisión de Jared.



Jodie intentó recordar las palabras de su amiga, pero no pudo evitar el nudo en el estómago. Sabía que, si tenía que irse, sería por su culpa.

Cuando entraron en la tienda de suministros, Jared saludó a Sam con un gesto.

—Bien, has encontrado a Grant —dijo con tono sombrío.

A Grant le pinchó la inquietud.

—¿Ocurre algo, Jared?

El jefe de la caravana les indicó que se acercaran al fondo de la tienda. Rodearon cajas y barriles.

—Nuestros exploradores hallaron a este muchacho inconsciente en el bosque.

Un saco de dormir se extendía contra la pared del fondo, y sobre él yacía un joven de no más de dieciséis o diecisiete años. Tenía los ojos cerrados y temblaba con lo que Grant supuso que era fiebre.

—¿Dónde lo encontraron?

Jared negó con la cabeza.

—En la dirección del ataque de esta mañana. Y no parece llevar mucho tiempo aquí. Tiene un brazo roto. Por eso te llamamos, Grant. ¿Puedes entablillarlo? Parece que cayó del caballo y se golpeó la cabeza.

—Necesitaré agua y vendas para la cabeza. Y un par de tablas para la férula del brazo —añadió, antes de clavar la mirada en Jared —. También tiene fiebre. Puede que haya infección en alguna parte. Tendré que examinarlo a fondo.

Jared asintió.

—Diré a Donna que hierva agua.

—Voy yo —se ofreció Sam.

Grant apenas lo miró.

—Tráeme un par de tablas para ese brazo, ¿quieres?

Sam salió a por lo necesario mientras Grant se ponía manos a la obra.

Tras un examen breve, Grant creyó que Jared estaba en lo cierto: el joven se había caído y se había golpeado la cabeza.

—Probablemente contra una roca —le dijo—. Ha tenido suerte de no destrozarse el cráneo. Pero lo que más me preocupa es la fiebre. No veo heridas infectadas. Sólo puedo suponer que está enfermo.

Del desconocido inconsciente escapó una serie de gemidos, como si tratara de regresar a la superficie y abrir los ojos.

Grant le sujetó el hombro para mantenerlo quieto sobre el jergón.

—Tranquilo. Estás herido.

Otro gemido, y volvió a desvanecerse.

—Se despertó una vez —explicó Grant—. Probablemente vuelva en sí.

Al menos eso esperaba. Ahora que estaba a solas con el jefe, su curiosidad pudo más.

—Hablé con Jodie. Fue a buscarte.

—Es una mujer testaruda. Mañana hablaré con ella —Jared tomó una manta de una caja cercana y se sentó. Se inclinó, apoyó los codos en los muslos y suspiró—. Ojalá no me obligara a tomar esta decisión.

—¿Piensas despedirla?

—No voy a pedírselo —el músculo de su mandíbula se tensó al apretar los dientes.

Grant sabía que la chica merecía un castigo, pero también que necesitaban todas las manos disponibles. Además, se había vuelto valiosa para la caravana. Seguro que Jared lo veía. No era su lugar cuestionarlo, pero las palabras se le escaparon:

—Supongo que lo has meditado.

Jared se irguió y lo miró entornando los ojos.

—¿Por qué crees que no debo hacer cumplir las reglas con esta muchacha? No ha sido más que un problema, y no puedes negarlo.

Si fuera por mí, la dejaríamos en el primer fuerte que encontráramos. Claro que, con un retraso más, quizá nos toque refugiarnos en Fort Boise durante el invierno.

Alertado por la preocupación en la voz del capataz, Grant apartó a Jodie de la mente y se centró en lo urgente.

—La nieve ya se estará acumulando en las montañas, ¿no?

Jared frunció el ceño.

—No sé si ya cuaja, pero es probable que lo haga cuando lleguemos. Llevamos más de un mes de retraso. Entre el secuestro de las mujeres, el tornado, los indios y ahora los forajidos… Este ha sido el peor viaje al oeste que he hecho. Me alegra que sea el último.

—¿Está Fort Boise preparado para acoger una caravana de este tamaño?

—Tendríamos que levantar fuera del fuerte y reforzar techos y paredes con lonas de las carretas.

—¿Hablas de construir casas?

Jared negó.

—Algo así como barracones. Dos para mujeres y niñas, y dos para hombres y niños.

—Separar a las familias quizá no sea buena idea.

—Puede que no tengamos otra opción. Los tipis serían más prácticos y mantendrían a las familias juntas, pero ya sé la reacción que tendría si sugiriera algo así.

El herido de la esquina gimió, llamando su atención.

Grant estudió el rostro joven.

—¿Me oyes?

El desconocido respondió con un quejido, sin abrir los ojos.

—¿Quién eres?

—un amigo…

—¿Qué hacías tan cerca de la caravana?

—Jo… Jodie… —susurró, antes de desmayarse otra vez.

—Maldita sea —masculló Jared—. Sabía que esa chica traía algo entre manos.

Por mucho que a Grant le costara admitirlo, era innegable que Jodie ocultaba algo.

—Será mejor que la mandemos llamar, ¿no?

Sam entró con dos tablas, agua y vendas. Jared se incorporó y se pasó la mano por el pelo.

—Deja eso, Sam, y luego ve a por Jodie Russell. Este muchacho pregunta por ella.

Sam frunció el ceño.

—¿Por Jodie?

Como si fuera señal, el joven se movió y gimió:

—Jodie…

—Vamos a buscarla —dijo Grant—. Pero antes te entablillaré el brazo y te limpiaré la herida de la cabeza —volvió al paciente—. Tienes fiebre. ¿Has estado recientemente en contacto con gripe u otra enfermedad contagiosa?

—C… cólera. Ayer… en una aldea india al sur.

Grant alzó la vista y se encontró con la de Jared. El jefe le devolvió una mirada grave. Una oleada de pánico le recorrió el cuerpo: el cólera podía arrasar la caravana. Ya había visto sus efectos devastadores. Bajó la mirada hacia el chico. Primero, lo primero: arreglar el brazo. Después, averiguar cómo evitar que el cólera se propagara por el campamento.

La inquietud llevó a Jodie a deambular por el campamento tras despedirse de Donna. Se detuvo frente a la tienda de la señorita Sadie.

—¡Hola!

—Entra, Jodie —respondió la mujer desde dentro.

Jodie se apresuró a entrar y vio a Yellow Bird sentada junto al fuego, amamantando al bebé. Tosió un poco por el humo. Aunque había un hueco en la parte alta de la tienda, casi todo el humo se quedaba dentro. Con el frío, no había más remedio que encender el fuego o helarse.

—¿Por qué estás despierta? Deberías estar en el catre —lanzó a la señorita Sadie una mirada acusadora—. ¿No se supone que tú debes cuidarla? Sabía que no debía dejar sola a Yellow Bird. Lo sabía.

La indignación chispeó en los ojos de la viuda.

—Muchacha, llevo trayendo niños al mundo y cuidando a sus madres desde antes de que nacieras. ¿Crees saber más que yo?

Jodie sintió calor en el cuello, pero se negó a ceder. Lo recto era lo recto.

—No creo que deba estar sentada así.

—El bebé ya ha terminado —una pequeña sonrisa cansada curvó los labios de Yellow Bird. Alzó la vista y dio unas palmadas en el suelo—. Ven y cuéntame cómo te fue la noche, Jodie. ¿Dónde estuviste? Si lo sostienes, me tumbo mientras hablas.

No tenía mucha práctica con bebés, pero no lo había dejado caer antes, de modo que no pasaría nada si lo tomaba para que la madre se estirara en el jergón. Con un suspiro, Jodie se sentó en el suelo de tierra frente a Yellow Bird y extendió los brazos.

La tibieza del pequeño, envuelto y acunado, tocó un punto profundo en Jodie; tragó saliva ante la oleada de emoción. La

boquita, como un capullo de rosa, se frunció y dejó salir un suspiro satisfecho mientras la miraba con ojos negros.

—¿Has visto eso? —murmuró Jodie, apenas con aliento para formar palabras.

—Sabe que lo ayudaste a venir sano al mundo —dijo Yellow Bird.

Jodie no pudo apartar la mirada del prodigio entre sus brazos.

—¿De veras?

—Sí. Los bebés son sabios.

La señorita Sadie resopló.

—No has respondido a lo que te preguntó Yellow Bird. ¿Dónde estabas? Grant lleva horas dando vueltas por el campamento. Es un fastidio.

—Salí a montar. Y Grant sabía adónde iba. Intentó impedirlo.

La viuda negó.

—¿A montar? ¿No dijo Jared que nadie podía salir del campamento?

—No lo oí.

—Aunque no lo oyeras, conoces las normas. En días como hoy, sólo los hombres se alejan, y siempre en parejas o más. Nunca una mujer, y menos sola. Y, por el amor de Dios, no de noche. ¿En qué pensabas?

—Tenía mis razones, y lo que yo haga no es asunto de nadie. Y lo sigo creyendo —clavó una mirada irritada en la señora—. Además, no deberías hablar así delante del niño.

—¿Hablar cómo?

—"Por el amor de Dios" —susurró Jodie apenas moviendo los labios.

—No pasa nada —intervino Yellow Bird—. No creo que entienda aún las palabras.

—De todos modos, Donna dice que Jared está a punto de darme una patada… —miró al bebé y frunció el ceño—. De pedirme que me vaya a Fort Boise, aunque quizá me deje quedarme.

Los ojos de Yellow Bird brillaron con simpatía.

—Eres como el agua justo antes de caer por la cascada.

A veces, por lo que decía, parecía hablar en sioux.

—¿Qué quieres decir, Yellow Bird?

La mujer le dedicó una sonrisa indulgente.

—Ninguno de los dos puede contenerse —su mirada bajó al bebé, que dormía—. Ahora me lo pasarás.

A regañadientes, Jodie colocó al niño en los brazos de su madre.

—Ninguno de los dos puede contenerse —repitió la señorita Sadie—. Para eso están las presas.

Le tendió a Jodie una taza de café que ella no había pedido. Jodie la tomó agradecida, anticipando el calor.

—Gracias. Hace un frío de mil demonios.

El rostro de la viuda se suavizó.

—Que el cielo ampare a quien intente contener tu empuje, muchacha.

Jodie sorbió y tragó.

—¿Crees que Jared me echará?

—Es posible —se encogió de hombros—. Tienes un don para meterte en líos.

Jodie abrió la boca para protestar, pero la viuda la silenció con un gesto y volvió a colocar la cafetera al fuego.

—Espera. No he acabado. También tienes un don para ayudar a la gente. Tus habilidades para cazar y pescar ponen carne en varios fogones. Estoy segura de que Jared lo tendrá en cuenta.

—Eso espero, señorita Sadie.

Jodie le devolvió la taza y se encaminó a la salida.

—Pasaré por la mañana para ayudar a acomodar a Yellow Bird en la parte trasera de tu carreta. Duerme, Yellow Bird. Mañana el camino será más duro; en la carreta no podrás descansar.

—Gracias, Jodie. Enseguida duermo.

—Muy bien, entonces —asintió a ambas—. Buenas noches.

Salió al aire frío, agradecida de abandonar la tienda cargada de humo. Miró hacia el oeste. Estaban casi en noviembre. La caravana debería haber alcanzado ya el Territorio de Oregón, pero una cadena de retrasos la retenía. Sería un milagro cruzar las montañas antes del invierno. De lo contrario, no sabía si podría mantener a Benson a raya tanto tiempo. Él estaba empeñado en que se diera prisa y volviera con él y los suyos. ¿Qué quería decir con que necesitaban a una mujer para el próximo plan? Fuera lo que fuese, podía olvidarlo. Llevaba siete años sin participar en robos ni en nada de Benson, y no iba a volver. Aunque eso significara dejar a su padre para siempre. Por otra parte, Benson parecía ansioso. ¿Y si no le dejaba opción?

Al regresar a su hoguera, encontró a Sam esperándola. Tenía los labios apretados en una línea severa y los ojos carentes de humor.

—Hola, Sam. ¿Qué ocurre?

Él asintió.

—Me han enviado a llevarte a la tienda de suministros. Han traído a un joven herido. Ha pronunciado tu nombre.

Capítulo 4

Las piernas de Jodie temblaban mientras caminaba con Sam hacia la tienda de suministros. Por la descripción que él había dado del joven, solo podía ser Buddy. La frustración le subió a la garganta. ¿Cómo podía su hermano ser tan insensato? Si lo que Sam Dos Plumas había contado era cierto, lo había delatado.

No estaba segura de cuánto había dicho Buddy, así que no se atrevió a hablar. Pero si había insinuado que ella participó en el ataque de esa mañana, era como si Benson ya estuviera descubierto. Con las dotes de Sam y Grant como rastreadores, no tardarían en dar con la banda de Benson, y todos —incluida Jodie— acabarían en un buen lío.

El estómago se le revolvió al cruzar la entrada de la tienda.

Grant se levantó de junto al jergón de Buddy y alzó los brazos para detenerla.

—Sácala de aquí. Este muchacho tiene cólera.

Jodie dio un respingo. Lo apartó de un empujón.

—No vas a impedir que vea a mi hermano. Y menos si está enfermo.

—¿Tu hermano? —la voz de Jared sonó cargada de sospecha.

Jodie asintió.

—Sí. Se llama Buddy. Debe de haberme seguido hacia el oeste.

Se inclinó y apartó un mechón castaño de la frente de Buddy.

Grant le posó una mano en el hombro.

—Jodie, si esto es cólera, ya te has expuesto al tocarlo. Estás arriesgando tu vida y la de los demás con lo que acabas de hacer.

Jodie examinó el rostro juvenil de su hermano. Temblaba bajo la manta fina, la frente perlada de sudor. Igual que la de Benson, antes.

Jared le hizo un gesto a Grant.

—Ya se ha expuesto. Más vale obtener respuestas. Despiértalo.

Grant agitó unas sales bajo la nariz de Buddy. El joven olfateó, se estremeció y despertó sobresaltado.

Sin mirar a Jodie, Jared se dirigió al herido:

—Jodie está aquí, tal y como prometimos. Jodie, mírame.

Ella se volvió hacia el jefe de la caravana. Sus ojos exigían respuestas.

—Enfermo o no, necesito saber si tiene algo que ver con la banda que atacó nuestra caravana.

Buddy abrió mucho los ojos y miró a Jodie, sopesando cuánto pensaba admitir. Jodie detestaba mentir, pero no traicionaría a su hermano. Apenas tenía quince años. ¿Cómo entregarlo para que Jared lo colgara? En el camino, la justicia era rápida y la administraba quien mandaba. Tan lejos de un pueblo con sheriff, no había alternativa. Ella tampoco la tenía ahora: debía protegerlo.

—¿Forajido? —soltó una risa forzada—. ¿Mi Buddy? ¿Te parece cara de forajido?

Grant entornó los ojos. Jodie tragó, pero sostuvo la barbilla en alto ante su incredulidad.

—Buddy siempre decía que, si yo huía, él me seguiría. Y eso hizo. ¿No es así?

—Sí —murmuró él, cerrando los ojos.

—¿Es cierto, muchacho? —preguntó Grant.

—¿Estás llamando mentiroso a mi hermano? —saltó Jodie.

—No.

La sequedad de Grant y su mirada escrutadora la hicieron callar. ¿Cómo salir de aquello sin que Buddy —y quizá ella— terminaran al extremo de una cuerda?

El ceño fruncido de Grant dejaba claro que no cedería por mucho que dijera.

—Mira, Jared —se aferró a su mejor argumento—. Mi hermano está enfermo y, a todas luces, solo. Vino a buscarme, nada más. Desde que nuestra madre nos abandonó, soy la única familia que tiene.

—¿Y tu padre?

Jodie resopló.

—¿Mi padre? Benson es el peor padre que puedas imaginar. Estamos mejor sin él.

—Dice la verdad —susurró Buddy con una debilidad que heló a Jodie. ¿Cuán enfermo estaba? Se le doblaron las rodillas al pensar que Buddy podía morir de cólera.

—Buddy, quédate quieto y déjame arreglar esto, ¿sí? —le escudriñó el rostro pálido—. ¿Cómo te sientes?

—Muy mal, Jodie.

Grant dio un paso adelante.

—Basta por ahora. Sea cual sea el motivo por el que ha aparecido, el hecho es que está enfermo. Necesito un cubo y toda la quinina que podamos reunir, por si esto se propaga.

Jared miró de Jodie a Buddy y de nuevo a Grant.

—Supongo que no hay alternativa.

Le tomó a Jodie el brazo.

—Ven conmigo.

—Espera —intervino Grant—. Debemos avisar a todos de que hay cólera entre nosotros. Sam y tú ya habéis entrado y salido de la tienda, así que no hay manera de contenerlo del todo. Quienes hayan estado en contacto con vosotros también están expuestos y, a su vez, cualquiera que haya estado cerca de ellos. Que estén atentos a fiebre, vómitos y diarrea.

Jared asintió.

—Lo haremos saber —se volvió a Sam—. Tú encárgate del lado oeste del campamento. Yo me ocupo del este. Avisamos a los capitanes y que ellos corran la voz.

Luego miró a Jodie:

—Tengo que hablar contigo.

Jodie sabía que no convenía intentar escapar. Asintió.

—Volveré, Buddy —alcanzó a decir por encima del hombro, aunque él parecía haber perdido de nuevo el sentido.

Se agacharon para salir de la tienda y, una vez fuera, Jared la soltó. Se encararon: él erguido, firme, sin margen para réplicas.

—Bien. ¿Qué tienes que decir en tu defensa?

Jodie contuvo el pánico. ¿Debía explicar la presencia de Buddy o su salida sin permiso? El tono altivo de Jared le encendió la contraria.

—¿Sobre qué, exactamente?

—Ya sabes de qué hablo —gruñó—. ¿Por qué te fuiste a cabalgar después de que ordenara que nadie abandonara el campamento?

Jodie notó el vaho de sus palabras en el aire frío mientras buscaba una excusa verosímil. Aun así, la de siempre se le escapó sin pensar:

—Necesitaba cabalgar.

Las líneas entre los ojos de Jared se marcaron más.

—¿Qué significa "necesitaba cabalgar"?

Se encogió de hombros. Quería decirle que se metiera en sus asuntos; que si necesitaba montar para aflojar el nudo del estómago, debería permitírsele. Pero con Buddy enfermo, herido y quizá moribundo, no podía arriesgarse a que la expulsaran del tren.

—Necesitaba estar sola.

Él entrecerró los ojos.

—¿Adónde fuiste?

—Hacia el oeste —señaló con el pulgar.

—¿Te cruzaste con alguien? ¿Viste rastro de los atacantes?

Por una vez, Jodie midió con cuidado las palabras. La presencia de Buddy probaba que había gente cerca, pero admitir su conexión con los atacantes era imposible. Hizo lo único que podía:

—Vi a mi padre.

—¿Cómo? Creí que habías dicho que tu hermano y tú estabais solos en el mundo.

—Tenemos padre, sí. Pero no uno bueno.

Jared asintió lentamente, sopesando.

—¿Y que tu padre y Buddy aparezcan el mismo día que una banda ataca la caravana es simple coincidencia?

Planteado así, Jodie supo que la única salida era fingir inocencia.

—Eso es. Una extraña coincidencia.

Curvó los labios en lo que esperaba pareciera una sonrisa convincente.

—Si no te importa tu padre, ¿qué hace por estos parajes?

—Buscaba a Buddy —no era del todo mentira; Benson había dicho que el chico había desaparecido—. Me preguntó si lo había

visto, pero entonces no sabía que él me estaba buscando, así que tuve que decir que no.

—¿Y no había nadie más con tu padre?

En ese instante providencial, Grant asomó por la entrada de la tienda, justo cuando Jodie debía admitir lo que era… o soltar otra mentira.

—¿Cómo está Buddy? —preguntó, con la voz algo tomada; alivio y una clara evasiva a la pregunta de Jared.

Éste frunció los labios y negó. A Jodie le subió el miedo a la garganta.

—¿Grant?

—Más vale que te prepares para lo peor. Está muy enfermo, y el cólera mata rápido.

Jodie intentó asimilarlo, pero el corazón rechazaba la idea de perder a otro hermano.

—Pero la señorita Sadie lo pasó —musitó—. Y no murió.

Grant la miró con atención.

—¿Estás segura?

—Sí. Sus hijos y su marido murieron de eso. Por eso vino al oeste.

—Entonces podría sernos de ayuda si la enfermedad se extiende. Mientras tanto, le he dado algo para el dolor —añadió Grant.

—¿Puedo verlo otra vez antes de acostarme?

—Déjalo descansar, Jodie. El chico está muy enfermo.

—Pero ¿por qué no puedo quedarme con él? Tú mismo dijiste que ya estoy expuesta.

—Necesitas descansar. Mantente fuerte, por si enfermas.

Resignada, Jodie asintió.

—De acuerdo. Volveré por la mañana —miró a Jared—. ¿Has terminado conmigo por esta noche?

Hasta entonces no había mencionado el castigo por abandonar el campamento, pero ella intuía que lo guardaba.

—Por hoy, sí —concedió Jared—. A partir de ahora, espero que sigas las órdenes. Y, como sanción, quedas fuera del equipo de exploración hasta nuevo aviso. Nada de rastrear ni cazar. Y, sobre todo, no te alejarás de la caravana por ningún motivo.

Jodie abrió la boca para protestar, pero Grant le posó la mano en el brazo. Ella asintió.

—De acuerdo.

Había cosas más urgentes en su mente.

—Hasta nuevo aviso, te encargarás del agua —añadió Jared, señalándola con el dedo.

La indignación le inflamó el pecho.

—¿Del agua?

El castigo era una cosa… ¡pero aquello le sonaba a afrenta!

—¿Prefieres recoger boñigas de búfalo para el fuego?

Jodie dio un paso atrás, rápida.

—Iré a por agua.

—Bien —Jared inclinó la cabeza—. Preséntate a la señorita Sadie al amanecer.

La viuda coordinaba varias tareas: recoger leña, agua y, cuando había caza, repartir la carne.

Jodie se despidió y regresó a la tienda que compartía con Rita. Su amiga le tendió una taza de café en cuanto entró. Jodie la tomó con gratitud.

—Gracias.

—¿Qué castigo te puso Jared?

—Llevar agua —respondió con tristeza.

Rita soltó una risita breve.

—Esa es mi tarea diaria. Pero entiendo que lo veas como castigo —le pasó la taza de hojalata—. Sam se pasó. Dijo que tienes "visita" en el campamento.

—No es una visita. Es mi hermano y, por lo visto, tiene cólera.

—Sam me lo contó. Lo siento mucho.

—Grant no me deja quedarme con él —sorbió—. Me dijo que descansara. ¿Cómo pretende que lo haga con mi hermano pequeño solo en la tienda de suministros?

—Solo está cuidándote, Jodie —lo defendió Rita—. Es lo que hace.

—No necesito que me cuide. Necesito que me deje cuidar de Buddy.

—Bueno… será mejor que todos nos preparemos. El cólera no se esfuma sin más. Las próximas dos semanas van a ser durísimas para todos.

Por primera vez, Jodie consideró las implicaciones de la enfermedad más allá de su hermano.

—¿Crees que morirá mucha gente?

—Sam parecía preocupado. Y yo ya he visto esta enfermedad —respondió Rita—. No será nada agradable.

—Jared y Sam están avisando a la gente ahora mismo.

—Espero que no cunda el pánico.

Jodie se encogió de hombros.

—Supongo que Jared sabe lo que hace.

Rita enjuagó la cafetera. Un bostezo le estiró la boca.

—¿Lista para acostarte?

—Voy a tirar el agua de lavar y a apagar el fuego. Luego me meto.

Asintió, le deseó buenas noches y entró en la tienda.

A solas, Jodie apagó la hoguera y notó cómo la oscuridad la envolvía. Un escalofrío le recorrió la espalda. Quizá era imaginación, pero sentía ojos sobre ella. Se detuvo y se volvió de golpe.

—¿Benson? —susurró.

Tal vez, después de todo, estaba vigilando a Buddy. Solo respondió el silencio. Con el corazón acelerado, reanudó la marcha y apretó el paso, deseosa de alcanzar su tienda y escapar de aquella sensación de miradas clavadas.



Grant pensaba en Jodie mientras administraba quinina al muchacho tendido en el catre de la tienda de suministros. La había visto alejarse con menos aplomo del habitual: la cabeza algo gacha, el paso más lento, la arrogancia apagada. La llegada y la enfermedad de su hermano la habían sacudido. No podía culparla. Él mismo estaba aterrado, si era sincero.

Cuando Jared regresó con algunos pertrechos, Grant cedió a su curiosidad.

—¿Qué dijo?

—¿Sobre haberse ido sola a caballo? —Jared se encogió de hombros—. Lo de siempre: que necesitaba estar sola. Lo entiendo. A veces querría montar a Dusty y no volver hasta sudar a mares y despejar la cabeza. Pero no puedo permitir esas cosas. Si cada cual se escapara cuando le diera la gana, no habría disciplina.

—De acuerdo —asintió Grant—. ¿Explicó la aparición de su hermano, así, de la nada?

—Nada más de lo que ya oíste. Dijo que se topó con su padre.

—¿Su padre?

No le sorprendía tanto, no después de que el hermano surgiera de improviso.

—¿Crees que hay relación entre el ataque de esta mañana y ese reencuentro? —preguntó.

—Solo un necio pensaría lo contrario.

Cruzaron el campamento hombro con hombro.

—Supongo que vio algo más que al padre y al chico —murmuró Grant.

—Apostaría que sí —Jared bajó la voz—. De hecho, cuento con que su presencia los atraiga.

Echó una ojeada a las hogueras.

—He dicho a los capitanes que doblen la guardia en cada sección.

—¿Y los exploradores? —propuso Grant—. Podemos duplicar también. El número disuade.

—Tiene sentido. Que salgan en grupos de tres al amanecer. Si hay huellas por delante, quiero que las encuentren antes de que las carretas las borren. No quiero más ataques por sorpresa.

—Hay otra cosa —añadió Grant—. Puede que no solo el hermano de Jodie tenga cólera.

Jared frunció el ceño y asintió.

—También lo pensé. A menos que logremos que admita que forma parte de esa banda, ¿cómo los sacamos de ahí antes de que contagien a alguien?

—Quizá haya que enfrentarla con ello.

Grant creía que Jodie tenía buen corazón. Tal vez no delatara a su padre si eso significaba la cárcel o la horca, pero no quería pensar que aceptara cargar con muertes evitables. Al menos, no si era la joven que él creía. Solo esperaba no equivocarse.

Benson miró a su opositor, evaluándolo como a cualquiera que osara desafiar su autoridad.

—He dicho que esperaremos a que esto pase.

Mark negó, terco.

—Tenemos que irnos o nos atraparán.

Su voz recorrió el campamento entero. Benson percibió la tensión de los hombres. No estaban acostumbrados a estallidos así. La palabra de Benson era ley. Incluso los disconformes rara vez lo decían, y menos dos veces. ¿Por qué, de pronto, el único en quien creía poder confiar lo traicionaba?

Habían intentado desafiarlo antes, y Benson siempre había puesto a los advenedizos en su lugar. Esta vez era distinto. La labia de Mark le había granjeado adeptos. Aun así, Benson confiaba en que, por ahora, seguían de su lado. Debía apelar a la lealtad, y deprisa. Si aquella dolencia del vientre era lo que sospechaba, él y otros dos habían contraído el cólera de los indios.

—Escuchad —alzando la mano, se acercó a Mark—. A medio día de cabalgata estamos bien lejos de la carabana. Ni los rastreadores se separan tanto; miran el peligro inmediato. Si mantenemos la distancia, seguimos con el plan.

Mark alzó más la voz.

—¡No os dejéis engañar! Lo dice porque tiene a Buddy y a Jodie ahí. Sabéis que ahora mismo espían para él.

—¿Qué? —rugió Benson, con la cabeza girándole. Ojalá se le hubiera ocurrido meter un espía. Se habría dado de cabezazos por no hacerlo. No sabía dónde estaba Buddy y no estaba seguro de la lealtad de Jodie.

—Mark, sabes tan bien como yo que Buddy no está cerca de esa caravana.

—¿Ah, no? Entonces, ¿dónde está? —alzó las cejas.

—Eso no lo sé a ciencia cierta. Se fue a buscar a su hermana, sí, pero no es tan tonto como para entrar en el campamento gritando su nombre.

—Pues yo sé que está allí.

Benson lo miró entornando los ojos. Recordó a Mark llegando tarde con unos conejos colgando de la silla. Su caballo venía más castigado de lo que exigía una batida de caza.

—¿Has estado espiando la caravana sin decírmelo?

Mark asintió.

—Lo vi. Debe de haberse lastimado, lo llevaron dentro. Parecía inconsciente. Y por cómo se movieron, han debido averiguar que tiene que ver con Jodie, porque la llevaron a la tienda donde lo guardan.

La noticia le golpeó el estómago. Luchó contra las náuseas, tragó y se rehízo.

—¿Quién te mandó quedarte atrás para vigilar a mi chica? ¿Piensas traicionarme?

El deseo de Mark por Jodie era de dominio público desde que ella, con catorce años, empezó a mostrar formas de mujer. De dominio público… salvo para Jodie. Crecida sin madre, en un mundo de hombres, no tenía mañas femeninas, ni instinto que Benson hubiera visto. Su madre, una inútil, se encargó de eso. No fue buena madre ni buena esposa. Supiera o no Jodie del interés de Mark, él no tenía ningún derecho a espiarla ni a babear por ella a escondidas. No estaba bien.

—¿Me oíste, muchacho? —gruñó—. ¿Qué hacías quedándote cuando los demás seguimos?

Una sonrisa perezosa asomó a los labios de Mark.

—Asunto mío, supongo.

En un segundo, Benson lo agarró por la pechera y lo empujó. El miedo sustituyó a la insolencia; los ojos del joven se abrieron de par en par.

—Lo haré asunto mío, zoquete.

Otra oleada de náuseas lo sacudió, pero se contuvo. Erick dio un paso, las manos extendidas.

—No nos peleemos entre nosotros. James y Murray están enfermos. Apostaría a que es cólera. ¿No conviene enfocarnos en no propagarlo?

Benson soltó a Mark de un tirón.

—Erick tiene razón. No quiero oír más. Medio día de cabalgada basta. ¿Alguien más quiere desafiarme?

Sabía que pisaba terreno peligroso cuando alguien como Mark —con él desde crío— se le plantaba sin buena razón. Si no actuaba, los demás perderían confianza. Se volvió hacia el grupo en silencio, expectante.

—Me conocéis. ¿Os he llevado alguna vez a algo que no fuera por el bien de todos?

Un murmullo de asentimiento recorrió el corro. Benson recuperó brío.

—Muy bien. Tengo mis razones para no irme aún.

Mark no supo dejarlo.

—Si vamos a jugarnos el cuello por tus "razones", deberías ser franco.

Si cedía, arriesgaba el mando de aquel conjunto de inadaptados al que había convertido en familia. No podía permitirlo. Aun lamentando haber tratado a Mark como a un hijo, decidió recordarles por qué habían dejado Misuri para seguir a la caravana. Era su mejor antídoto contra el veneno de Mark.

—¿Recordáis por qué atacamos en primer lugar? —barrió el grupo con la mirada—. ¿Quién se unió a la caravana al mismo

tiempo que Grant Kelley?

—Harrison. Charles Harrison. El hombre más rico de Kansas. ¿No es una suerte que hiciera baúles y se marchara al oeste con su hijo bobo, su guapa esposa y su niña? ¿Cuántos tenéis seso para adivinar qué no dejó atrás?

—¿Su dinero?

Pobre Yuley. Lento como el hijo de Harrison. Sonrió, henchido.

Benson le palmoteó el hombro, paternal.

—Eso es, Yuley. Su dinero. Ahora, ¿cuántos queréis marcharos y dejar miles de dólares, bien guardados en un doble fondo o en su carro de suministros, bajo llave?

No se alzó ninguna mano. Benson encaró a Mark, triunfante.

—Supongo que ya tienes tu respuesta. Si vuelves a ir contra mi palabra, te planto una bala.

Los ojos de Mark se ensombrecieron.

—No me gustan las amenazas.

—Ni a mí que cuestionen mi mando. Esta es mi banda desde el principio y no pienso entregarla a gente como tú antes de tiempo —respiró hondo—. A menos que cambie de idea y la ponga en otras manos.

—Está bien. Entendido. Pero dime: ¿cómo piensas acercarnos lo suficiente para encontrar la caja y robarla?

—Te lo diré mañana.

La verdad: no tenía ni idea de cómo apoderarse del dinero y proteger a sus hijos. Lo mejor sería apartarse un rato y pensar. Se alejó del campamento, no tanto como para perder de vista la hoguera. A Mark le encantaría pillarlo solo. Cuanto más caminaba, más cavilaba sobre Mark, hasta llegar a una conclusión sensata: con el veneno del traidor corriendo, no tenía más remedio que averiguar de una vez a quién era leal Jodie. No le importaba si había disparado o no al médico; en una incursión, caían hombres de ambos lados y

nadie tenía la culpa. La guerra era la guerra. No creía en la venganza, pues era una pérdida de tiempo. Solo una vez había cedido a la sangre. Ese era su secreto y no se repetiría.

Entraría en el campamento presentándose como el padre de Jodie. Ella tenía amigos allí y si confiaban en ella, confiarían en su padre. No tardaría en hacerse amigo de Harrison y enterarse del dinero. Entonces Jodie haría lo que debía, y ellos cogerían la caja y desaparecerían antes de que nadie notara nada. Era hora de poner en marcha el nuevo plan. A Jodie no le gustaría su papel, pero no tenía elección.

Una sonrisa sombría se le dibujó en la boca al ver el plan entero en su mente. Aquella noche dormiría como un niño. Por la mañana se uniría a la caravana y se reuniría con sus dos hijos. Con suerte, para entonces el estómago se le habría calmado.

Capítulo 5

Jodie se abrió paso por el campamento hacia la tienda de suministros donde estaba Buddy, deseando que el trajín nocturno la mantuviera a cubierto. Odiaba haber mentido a Rita, pero la única manera de salir de la tienda fue fingir que necesitaba hacer sus necesidades. De esas que una hace sola.

Antes oyó a Jared ordenar a Dos Plumas que colocara un guardia en la entrada de la tienda de suministros. Una bendición inesperada, ya que pasar junto a un guardia no sería tan difícil, sobre todo si el guardia era Nate Lyons, que no era precisamente la elección más perspicaz de Sam para una ronda.

Suponía que Grant ya habría regresado a su tienda. Estaba empeñada en que su hermano no muriera mientras ella dormía en un catre caliente. Al aproximarse, se desvió, recogió una piedra y se acercó de puntillas a la parte trasera de la tienda. Apuntó lejos de la lona y lanzó la piedra a unos metros de Nate. Él giró la cabeza, tal como pretendía. Al no oír repetición del ruido, volvió a su puesto. Jodie lanzó otra, y otra más.

—¿Quién anda ahí? —gruñó Nate, avanzando con cautela hacia el sonido, alejándose del umbral.

Aquello probablemente le valdría una reprimenda de Sam o de Jared, y a Jodie le punzó un poco la culpa, aunque no lo suficiente para abandonar su propósito. Se deslizó pegada a la pared de tela, rodeó el frente y se coló dentro sin ser vista.

Agradeció a su buena estrella que Nate no tuviera muchas luces. Otro guardia no habría mordido el anzuelo. Había pensado

hablar con Jared sobre la incompetencia de Nate, pero ahora se alegraba de haberlo olvidado.

—Buddy —susurró—. ¿Estás despierto?

—Sí —contestó él, también en susurro—. Jodie… qué alegría verte. Me han atado. Me duele mucho. ¿Puedes soltarme?

La indignación le subió a la garganta al verlo. El pobre Buddy tenía el brazo sano estirado a lo largo del cuerpo para juntar ambas muñecas.

—Bárbaros —murmuró, peleando con las lágrimas al imaginar el dolor—. Aguanta, te libero en un momento.

Se arrodilló junto al jergón y sacó el cuchillo del cinturón.

Buddy la miró con los ojos azules llenos de inquietud.

—¿No te meterá en líos?

La voz sonó tan débil que a Jodie se le encogió el pecho. ¿Cómo podían atar a un crío herido y, además, enfermo? Ya se las vería con ese idiota de Grant. Él fue el último en verlo. Tenía que haber sido él.

—Déjalo —replicó—. Mi hermano no va a estar atado como un animal… —soltó una risa amarga—. Peor que un animal: caballos y bueyes andan sueltos. ¿Cómo te encuentras?

—Horrible, Jodie —gimió—. Creo que voy a morir.

—Ni se te ocurra decir eso, ¿me oyes?

La hoja hizo su trabajo en un suspiro. Buddy exhaló y se frotó el hombro, entumecido por la postura.

—Gracias —murmuró, como si hablar le costara un mundo.

Jodie se sentó con las piernas cruzadas junto al jergón.

—¿Qué hacías ahí fuera, Buddy? ¿Por qué te quedaste cuando Benson y los demás se marcharon?

Él mantuvo los ojos cerrados.

—Ya te lo dije… —la voz le salió apenas.

El recuerdo la arrastró cuatro meses atrás, a finales de primavera. Buddy, sujetando el cabestro de Tulip, la miró fijo: "Si no vuelves a casa antes de la cosecha, iré a buscarte".

Curioso cómo medían el tiempo como los granjeros de Misuri. ¿Cuántas veces se había acostado en alguna casa ruidosa y obscena, o aterida en un campamento invernal, soñando con un hogar donde un padre labrara, sembrara y recogiera? Salario honrado por trabajo honrado. Ella y Buddy se dormían hablando del tipo de hombre que sería su padre de ensueño. Se tenían el uno al otro. Y a Clem.

Alguien había dejado una palangana con agua y tiras de tela. Jodie empapó una, la escurrió y se la puso en la frente.

—¿Cómo supiste que estaba con la caravana?

—Benson…

El rostro de Buddy se relajó bajo el frescor. Jodie negó, con una punzada amarga. Aunque Benson adivinó que ella marchaba con la caravana, no dudó en atacarlo. O no pensó que una bala pudiera atravesarle el cráneo, o aceptó el riesgo. Probablemente lo segundo.

Más le inquietaba que Buddy estuviera metido en aquello.

—¿Participaste en el asalto?

Buddy jamás había hecho nada ilegal. Si cabalgó con la gente de Benson y desenfundó, también sería culpable. Negó una vez.

—Me escabullí a buscarte —gimió, y a Jodie se le partió el corazón.

—No hables más. Guarda fuerzas.

—Una cosa más… El médico… es buen hombre.

Jodie soltó un suspiro hondo.

—Lo es. Lo sé.

Era la primera vez que lo admitía, ni siquiera para sí. Pero al oír a su hermano, supo que decía la verdad.

Cuanto más miraba todo desde ese lado, más comprendía que, pasara lo que pasara aquel día lejano, no era tan terca como para no ver que ese hombre lloraba a su propia esposa. Solo un santo habría dejado a su mujer para ayudar a uno de los responsables de su muerte. Ahora lo entendía. Aun así, había mucho en juego. Mojó de nuevo el paño y le refrescó la frente.

—Grant es buen hombre, Buddy. Lo conozco de hace tiempo y lo sé. Nunca dejaría morir a propósito a nadie. Pero recuerda: no debes decir de dónde venimos. Si supiera quiénes somos, quizá no movería un dedo. Acuérdate: su esposa murió en ese ataque.

—Jodie, necesito…

Los ojos se le fueron al cubo. Ella lo agarró a tiempo y lo sostuvo hasta que acabó.

—Quieto. Yo me ocupo.

Le limpió la frente con la toalla húmeda. Tenía el rostro pálido y la piel fría. Cerró los ojos, y Jodie supo que se había dormido. Dejó la tela en la palangana y se tumbó en el suelo duro, a un par de palmos del jergón, la cabeza sobre el codo.

—Dios —susurró—. Por favor, no dejes que Buddy muera. Es lo único que me queda.

Observó el ritmo constante del pecho de Buddy mientras dormía. ¿Cuántas veces se habían quedado así, uno junto al otro, en quince años? Demasiadas para contarlas. Antes de morir, su hermano mayor, Clem, se acostaba con ella como ahora lo hacía con Buddy. La mantenía a salvo, pendiente de que nada malo la tocara.

Y nada la tocó mientras él vivió. Clem le enseñó a montar, a disparar, a poner trampas y a pescar. Fue como un padre. Más padre que Benson, sin duda. Ojalá Clem siguiera vivo. Se lo había prometido: un último golpe a la diligencia rumbo a St. Louis, tomar la parte de cada uno y los tres partirían a Texas para empezar de nuevo, quizá en un rancho propio. Clem alimentó sus sueños de convertirse en una ciudadana respetable. Pero aquel día no trajo sueños, sino pesadillas. El cochero le disparó a Clem. Habría sobrevivido si el médico que viajaba en la diligencia lo hubiera atendido.

El recuerdo le apretó el corazón. La muerte de Clem fue culpa suya tanto como de aquel médico que lo dejó desangrarse en la pradera de Misuri. Ella hizo de señuelo. Se plantó en mitad del camino y esperó a la diligencia. Les hizo señas. Y, como siempre, se detuvieron.

La treta había funcionado tantas veces que a Benson ni se le ocurrió que pudiera fallar. Sam Dos Plumas lo dijo en su último sermón, a la luz de la hoguera de Rita, cuando habló del gigante que cayó por una piedra lanzada por un pastor: «El orgullo precede a la caída».

El orgullo de Benson por lo ganado aquel verano lo volvió descuidado. Cuando el cochero tiró de las riendas y todos dentro se distrajeron con Jodie, la banda salió del monte disparando al aire para sembrar el caos. Había funcionado cientos de veces, pero esa vez todo salió mal.

¿Quién iba a adivinar que viajaba un marshal de los Estados Unidos? Hubo una lucha cerrada. Cuando el humo se disipó, Benson y los suyos huyeron, dejando a Jodie y a Clem en el suelo. Él sangraba por un balazo en el vientre.

—¡Sarah! —gritaron desde la diligencia, un alarido que reflejó el horror de Jodie cuando se lanzó junto al pecho jadeante de su hermano.

La portezuela se abrió de golpe y un hombre saltó arrastrando a una mujer.

—¡Mi maleta! —vociferó a nadie en particular mientras la depositaba con cuidado—. ¡Mi maleta!

—No te molestes —apareció otro hombre con una placa—. Está muerta desde que la alcanzó la bala.

—Soy médico. Puedo salvarla. Debo salvar a mi esposa.

El corazón de Jodie se llenó de esperanza, la de los niños en lo imposible.

—Aguanta, Clem. Por favor, aguanta. Hay un médico.

—No —susurró él, casi sin voz—. No me ayudará. No lo culpo. Estoy muerto, Jodie. Siento lo del rancho. Cuida de Buddy.

—Aguanta, Clem —sollozó—. Vuelvo ahora.

—No. No lo hagas. Vete.

Jodie no obedeció. Empapada en la sangre de su hermano, corrió hacia el médico.

—Ayúdeme, por favor.

El hombre alzó sus ojos marrones, aturdidos.

—¿Qué?

El miedo la invadió al ver dolor e ira en su rostro.

—Mi… mi hermano. Nos vimos atrapados en esa pelea. ¡Los malditos forajidos le dispararon!

—No lo creo, chiquilla —repuso el alguacil con sorna—. Él es uno de ellos. Y tú también, al parecer.

Clem gimió. El pánico de Jodie se volvió desesperación. Agarró al médico por los hombros y lo sacudió.

—Esa mujer está muerta, pero mi hermano no. ¡Necesito ayuda!

La agonía le enturbió la mirada.

—Esa mujer es mi esposa —murmuró.

Jodie no quiso oírlo. Solo importaba Clem. Tenía que vivir.

—¡Rápido! —gritó a Grant—. ¡Se muere! ¡No dejes que muera!

Fue inútil.

Y ahora Buddy yacía enfermo. Otro hermano en manos de Grant. Sabía que él haría cuanto pudiera, pero la situación desenterró el dolor como si todo hubiera ocurrido ayer. Al mirar a Buddy, con el cabello castaño cayéndole en ondas sobre las orejas, vio a Clem. Hasta la pelusa de la mandíbula era la misma. ¿Llegaría a ser hombre? Su dulce Buddy. No podía morir. No debía.

En la oscuridad de la tienda, Jodie rezó con más fuerza que nunca.



Grant despertó con un sobresalto al oír pasos sigilosos. La mano fue instintiva al revólver del cinturón.

—¿Grant? —susurró una voz de mujer—. ¿Estás ahí? Soy Rita.

Previendo problemas con los forajidos, dormía vestido, botas incluidas. Se puso en pie antes de responder:

—Estoy despierto.

Al salir, encontró el rostro preocupado de Rita.

—Jodie ha desaparecido.

—¿Cómo que desaparecido? —se le anudó el estómago—. ¿Se la han llevado o volvió a irse sola?

—No lo sé. Es muy tarde y no ha regresado.

—¿Cuándo se fue?

—Hace más de dos horas. Dijo que tenía que… bueno, ya sabes…

Rita bajó la cabeza. Él entendió.

—¿Esperaste dos horas para decírmelo? ¿No viste que no volvía?

—Lo siento, Grant —su voz tembló de angustia—. Creo que me quedé dormida. Cuando desperté, el fuego estaba apagado y hacía frío en la tienda.

Grant se caló el sombrero. Habría querido sacudir a Jodie. Miró a Rita.

—Hiciste lo que pudiste. Vuelve a tu tienda. La buscaré.

El alivio le aflojó el gesto.

—Gracias. Pensé en acudir a Sam o a Jared, pero habrían sido demasiado duros con ella.

—¿Y por qué crees que yo no lo seré?

Una sonrisa leve le asomó.

—Porque te importa.

Grant frunció el ceño.

—Me importa como todos en la caravana. Si se ha escapado, tendré que avisar a Jared. Ya camina sobre hielo fino. No puedo ocultarlo.

—Lo entiendo —le puso una mano en el brazo—. No seas muy duro, Grant. Sospecho que Jodie carga con mucho dolor. A veces creo que busca estar sola porque es cuando se siente libre.

Él contuvo el aliento al pensar en qué herida tan honda podía empujar a Jodie a arriesgar su lugar una y otra vez.

—Buenas noches, señorita Rita. Me quedaré pendiente hasta que regrese.

Cuando Rita volvió a su tienda, él se dirigió al corral para ensillar. Al llegar, vio que Jodie no había montado: Tulip seguía encerrada con el resto. Frunció el ceño. ¿Dónde estaba esa muchacha?

De pronto lo entendió. Se sintió necio por no preverlo. Aceleró hacia la tienda de suministros, medio esperando hallar al guardia tendido, inconsciente. Se detuvo en seco al ver a Nate en su puesto, rifle al hombro, vigilante.

—Doc —Nate inclinó la cabeza—. ¿Viene a ver a su paciente?

Grant asintió y se subió el ala del sombrero con dos dedos.

—¿Alguien más ha intentado verlo esta noche?

—No. Nadie desde que lo curaste y te fuiste. ¿Por qué?

—Por nada. Sí, vengo a verlo.

—Adelante —Nate se movió para abrirle—. No se preocupe por que me ataque. Le até manos y pies para que no salte sobre nadie.

Grant entornó los ojos.

—¿Que hiciste qué?

—Até al prisionero.

Se contuvo para no borrarle la sonrisa de satisfacción. Se acercó con gesto severo y voz firme.

—¿Con qué autoridad ataste a un herido al que solo debías vigilar? No tenías que entrar, ni entablar contacto.

La sonrisa se deshizo.

—Yo… pensé… que sería más fácil vigilarlo si no podía abalanzarse sobre mí cuando me diera la espalda.

—El chico tiene un brazo roto y, por el moretón de la caída, diría que sufre conmoción. Esta noche solo va a dormir. Créeme, no está en condiciones de saltar sobre nadie.

—Bueno, lo siento mucho, doctor. No lo sabía. Pero tuve cuidado con ese brazo e intenté no hacerle daño. Él estiró el otro para que pudiera atarlos juntos.

—Muy amable por tu parte —murmuró Grant, con sarcasmo en cada palabra—. Ahora voy a entrar. No vuelvas a atar a mi paciente.

—Sí, señor.

Grant detestaba provocar pánico, pero Nate tendría que quedar aislado tras exponerse al cólera.

—Ve a tu tienda —ordenó.

—¿Señor?

—Ese muchacho está enfermo y tú te has expuesto. Vete y vigílate el estómago.

Nate no discutió, lo cual fue un alivio.

—Vete ya —añadió Grant, dándole una palmada en el hombro.

—Sí, señor.

Al entrar, notó un gran alivio. Jodie yacía junto a su hermano, la mano apoyada en el brazo ileso de Buddy. Sonrió al ver sus muñecas y tobillos libres. Evidentemente, Jodie se había tomado la libertad de cortarle las ataduras. Bien. Ni siquiera alcanzaba a imaginar el dolor que habría soportado aquel chico; solo la postura debía de ser una tortura. Nate era un insensato. Grant pensó proponer que lo destinaran al ganado y no a guardias.

Saber que Jodie estaba a salvo le bastaba. Ya se iba, cuando un escalofrío recorrió el cuerpo de ella. Incluso dormida, tenía frío. Tomó una manta de la esquina y la extendió con cuidado sobre Jodie. Por más que lo intentó, no pudo evitar reparar en la suave curva de su cadera al estar de lado. Tragó saliva y apartó la mirada hacia su rostro… justo cuando ella abría los ojos, brillantes de ira.

Jodie se incorporó de un salto.

—¿Qué crees que haces?

—Cubrirte. Estabas tiritando.

La ira se esfumó.

—Oh.

—¿Qué haces aquí?

Otra vez chispearon sus ojos.

—He venido a ver a mi hermano, y menos mal. ¿Cómo te atreves a atarle manos y pies? —el labio inferior le temblaba—. Se supone que debes ayudar a la gente. En cambio, le has hecho daño.

Grant no la había visto nunca al borde del llanto.

—¿No tienes nada que decir en tu defensa? —remató Jodie—. Pues ya lo he soltado y nadie volverá a atarlo. Ni a un buitre lo trataría así, y menos a un niño.

—Estoy de acuerdo, Jodie —repuso él, suave—. Yo no lo até. Fue Nate. Y créeme, le canté las cuarenta. No volverá a ocurrir.

Ella se detuvo; el rostro se le contrajo al intentar acompasar gestos y emociones, que le cambiaban deprisa. Lo único que acertó a decir fue:

—Oh.

—Rita estaba preocupada —añadió Grant, agachándose para mirarla a los ojos, mientras ella seguía sentada con la manta cubriéndole media pierna—. Vino a despertarme para que te buscara.

—Lo siento. No quería inquietarla, pero tenía que pasar más tiempo con mi hermano. Asegurarme de que no tuviera miedo.

Las palabras le tocaron el corazón. Rara vez veía ese lado tierno de Jodie, y aquel día ya era la segunda vez.

—¿Por qué me miras así? —frunció el ceño ella.

—Pensaba en cómo alguien tan rebelde puede ser tan cuidadosa con su hermano.

—Insúltame todo lo que quieras —cruzó los brazos—. No voy a dejar a Buddy. Y mientras lo obligues a dormir en la tienda de suministros, yo dormiré aquí con él. Somos familia y nos mantenemos juntos.

—No se me ocurre por qué sería mala idea.

Su expresión cambió de altiva a sorprendida en un suspiro.

—¿En serio? —sonrió.

Grant se encontró respondiendo a la sonrisa.

—Creo que está bien. Y es buena idea que alguien lo cuide, ya que tú ya has estado expuesta.

Un bostezo le estiró la boca. No la culpaba por el cansancio: pasaba de medianoche, la habían despertado temprano por la incursión y al alba debía ir por agua. Lo sensato era dejarla dormir.

—Ya que estás sana y salva, volveré a mi catre —concluyó—. Eso sí, después de avisar a Rita de que estás bien. No deberías decir que vas a ocuparte de asuntos privados y tardar dos horas en volver.

Jodie abrió mucho los ojos.

—No lo pensé… Supuse que estaría dormida. Apenas mantenía los suyos abiertos cuando salí.

—Se despertó y estaba muy preocupada. En un grupo como este, hay que ser considerada.

—¡Lo soy! ¿Acaso no recojo siempre la leña y le doy a Rita la mejor carne antes de llevársela a la señorita Sadie para el reparto?

—Eres buena con Rita. Nadie duda de que la quieres como a una hermana.

—Está bien, entonces…

—Por piedad —se oyó una voz débil desde el jergón—. Dice que cuando salgas, avises adónde vas para que no se preocupen.

—Bueno, no estoy sordo —masculló Buddy—. Sé lo que ha dicho.

Grant se acercó al catre. Ya que el chico estaba despierto, aprovecharía para revisarlo. Jodie se apartó lo justo para dejarle sitio, lo bastante cerca, sin embargo, como para que Grant notara su presencia más de lo que desearía. Una cosa era segura: no quería sentir lo que empezaba a sentir por Jodie. Era tosca y altanera, sí,

pero en su lealtad y ternura se dejaba ver un corazón capaz de conmoverse, y eso lo fascinaba.

—¿Me tienen encerrado? —preguntó Buddy.

Jodie suavizó el gesto y atrapó la mirada de Grant con otra que derramaba su propia inquietud. El muchacho no comprendía cuán enfermo estaba. Ella tomó el paño del barreño y le refrescó la frente brillante.

—Por supuesto que no eres prisionero. Cuando Jared vea que no vas a intentar nada, te dejará ir.

Jodie se colocó detrás de Grant, ocultando la luz de la linterna que colgaba al otro lado.

—Apártate, Jodie —pidió él.

La chica quedó suspendida en el aire un segundo, y obedeció. Un examen rápido reveló que el muchacho estaba como al principio de la noche. Conteniendo un bostezo, Grant se incorporó.

—En cuanto a las heridas, lo que necesita es descanso. El cuerpo hará su parte. Llevará tiempo —miró a Buddy—. ¿Cómo va el dolor?

—Mal, doctor.

—Ahora mismo vuelvo con un poco de láudano. Te aliviará, al menos para dormir. Pero antes quiero que tomes quinina: ayudará contra el cólera.

Cruzó la tienda, muy consciente de que Jodie lo seguía.

—Quiero hablar contigo —dijo ella.

—De acuerdo. Habla.

—Fuera.

—Vamos.

—Buddy —le avisó Jodie—, voy a hablar con Grant. Vuelvo enseguida.

La llevó hasta la salida. Nate frunció el ceño al verla.

—¿Cómo has entrado?

—Lancé unas cuantas piedras y tú creíste que alguien merodeaba —replicó Jodie.

Bastó para que Grant decidiera hablar con Jared sobre ese hombre.

—Nate, vuelve a tu puesto.

Se alejó con Jodie todo lo necesario para que no los oyeran. Entonces se volvió hacia ella.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—¿De verdad crees que Buddy se pondrá bien?

—No soy Dios. Espero que tu hermano se recupere. El cólera da miedo.

Ella soltó un suspiro; se le marcaron arrugas entre las cejas.

—¿Qué haremos si se propaga? Buddy nunca se perdonará si enferma a otros.

—Recemos y esperemos lo mejor —apoyó una mano en su hombro.

El rostro de Jodie se ablandó y asintió.

Pero antes de que respondiera, sonó dentro la arcada de Buddy. Jodie no se despidió; corrió a la tienda, y Grant no la culpó. Entró tras ella. Mientras ayudaba a sostener al muchacho sobre el cubo.

Capítulo 6

-Yo digo que nos llevemos a los que no están enfermos y sigamos adelante.

Grant observó a Jared, midiendo qué haría ante una situación que se volvía volátil con rapidez. Barnabas Shewmate, por lo general un joven de temple equilibrado, hablaba con miedo, casi con pánico.

Jared subió a la lona de su carreta, lo bastante alto para que todos los asistentes a la reunión pudieran verlo y oírlo. Alzó ambas manos pidiendo silencio.

—Escuchad. No podemos arriesgarnos a propagar esto. Seguiremos adelante y viajaremos tres días más, apretando el paso. Pero, cuando estemos ya muy cerca de Fort Boise, no arriesgaremos seguir hasta que todo esto siga su curso.

—¿Así que vamos a ser presa fácil del cólera, de los indios o de los forajidos? —gritó Barnabas—. Yo me llevaré a mi mujer y me iré pasado mañana. El resto puede quedarse. —Miró a Jared con ira—. Cuando nos unimos al grupo, dijiste que a estas alturas ya estaríamos en Oregón. Si esperamos más, nos atraparán las montañas en invierno. No pondré a mi familia en riesgo de morir de hambre o algo peor.

—Yo voy con Barnabas —dijo Floyd Packer—. No quiero armar jaleo, pero los que queramos seguir deberíamos hacerlo ya. Si esperamos un día, podemos enfermar.

Grant se adelantó y se subió al carro junto a Jared.

—Amigos, si ya han contraído el cólera, no lo sabrán hasta dentro de unas horas, quizá un día entero. Algunos ya han venido esta mañana quejándose de dolores de estómago. Aún no puedo confirmar más casos que el del joven de la tienda de suministros. Pero si nos mantenemos juntos, podremos contenerlo.

—Eso es lo que yo quiero saber —intervino un hombre mayor —. ¿De dónde salió ese muchacho?

—Nuestros exploradores lo hallaron herido en el bosque.

—Pues deberían haberlo dejado allí.

—Es solo un niño. No dejamos morir a nadie en el bosque.

Barnabas volvió a alzar la voz:

—Mejor él que nosotros. Digo que lo dejemos y sigamos sin él.

El pánico recorrió al grupo. Grant agradeció, en parte, que Jodie estuviera fuera, con el agua, y no escuchara aquello. No quería imaginar lo que habría respondido; nada útil para calmar los ánimos, desde luego.

Jared alzó las manos de nuevo. Tardaron unos minutos en serenarse.

—No somos la primera caravana que enfrenta el cólera. El doctor tiene un tratamiento con quinina que, si se administra a tiempo, debería frenar la enfermedad. Si os marcháis, estaréis a merced del mal, sin un médico. —Clavó la mirada en Floyd—. ¿Vas a arriesgar la vida de tus hijos?

El hombre apartó la vista.

—Ahora, preparaos. Hoy cruzaremos el río, y no será sencillo. Empaquen. Salimos en una hora.

Grant suspiró aliviado cuando el grupo descontento empezó a dispersarse. Se volvió hacia Jared.

—Habrá que vigilar a Shewmate. Podría causar problemas.

Jared asintió, los labios apretados en una línea dura.

—¿Cómo está el chico?

—Peor. Si supera el día de hoy, probablemente viva. Si no, lo enterraremos por la mañana.

—Rezaremos por él —respondió Jared, negando con la cabeza —. Ojalá no se extienda.

Grant también rezaba para que Buddy fuese el único caso. Sabía, sin embargo, que cuando el cólera aparecía, rara vez se detenía sin dejar un reguero de tumbas.



Aquel río fue el cruce más difícil hasta la fecha. Al acampar, todos dieron gracias a Dios por no haber perdido a nadie ahogado. Fue, además, un día extenuante para Jodie: peleó con los bueyes para forzarlos a las aguas revueltas y todo el tiempo pensó en Buddy. Hubiera dado lo que fuera por salir con los cazadores, pero Jared se mantuvo firme, y ella quedó encajada en el grupo de abastecimiento de agua.

Llevaba dos cubos llenos colgando del yugo sobre los hombros doloridos.

—No soy más que un animal de carga —se quejó a Rita y Donna, que también acarreaban agua para el campamento.

—Deja de quejarte, Jodie —la reprendió Rita—. Esto lo hacemos todos los días, mientras tú cabalgas, cazas y haces lo que te gusta. No te hará daño hacerlo por ahora. Ya sabes que Grant terminará por convencer a Jared de que vuelvas con los exploradores. Así que cállate y acepta el castigo como una adulta, en lugar de portarte como una cría.

—Rita tiene razón —añadió Donna, resollando bajo el peso del yugo—. Agradece que Jared no te haya ordenado dejar la caravana. Ya casi estamos en Fort Boise, ¿eh?

Jodie se encogió de hombros.

—Habría seguido a la caravana de todos modos. Al final, me habría dejado volver.

Donna soltó una risita.

—Seguramente —miró a Rita—. ¿A que sí?

Rita se unió a la risa.

—¿Qué tiene de gracioso? —bufó Jodie. Escuchaba ese tono de prueba, pero, por Dios… ¿por qué siempre se reían de ella? Bien podrían contenerse, con lo preocupada que estaba por Buddy. Solo deseaba acabar con el agua para ir a verlo.

—No te enfades —dijo Donna—. A nosotras Jared tampoco quería aceptarnos al principio. Nos lo negó de plano. Tuvimos que seguirlo un tiempo hasta que nos vio. Cedió, pero no le hizo ninguna gracia.

Jodie sonrió, comprendiendo la ironía.

—En serio —prosiguió Donna—, no aprietes demasiado a Jared. Es buen hombre, pero su paciencia, y el afecto que me tiene, tienen un límite.

Jodie no quería poner a Donna contra Jared. Recordaba las peleas de sus propios padres y no pensaba ser la causa de disputas ajenas.

—Me portaré mejor. Lo que no entiendo es por qué no quiere que salga a caballo, mientras a Dos Plumas, a Grant o a cualquier explorador sí los deja ir solos. A mí me exige un compañero cada vez que quiero salir, aunque no me aleje. No es justo. Soy capaz de detectar peligro y cuidarme tan bien como cualquiera, salvo quizá Sam y Jared.

—Y Grant —apuntó Rita.

—Eso no lo sé.

Rita se detuvo junto a una roca grande y se quitó el yugo con cuidado de no derramar.

—Necesito un respiro.

—Menos mal —dijo Donna, imitándola—. Yo iba a parar hace diez minutos.

—Si vosotras paráis, supongo que yo también —cedió Jodie.

En secreto, estaba molida, pero prefería morirse antes que admitir debilidad. Se dejó caer en el suelo y estiró las piernas.

—Creo que es sensato que te pidan un compañero para salir del campamento —comentó Rita—. No lo ordenó para fastidiarte, sino para protegerte.

—Sé cuidarme sola —replicó Jodie—. ¿Cómo crees que sobreviví semanas enteras antes de encontrar vuestra caravana en Fort Laramie?

—No es la cuestión. Al unirte a nosotros, Jared se hizo responsable de ti.

Jodie puso los ojos en blanco.

—Jared Larson no es responsable de mí. Yo lo soy.

Rita soltó un suspiro hondo.

—Eres testaruda.

—No lo estoy.

—Sí lo eres.

—Señoras… —la voz de Donna las interrumpió.

A Jodie le recorrió una punzada de alarma: aquella voz, por lo general firme, sonaba débil. Rita y Jodie intercambiaron una mirada y se volvieron hacia su amiga.

—¿Estás bien? —preguntó Rita.

Los ojos de Donna se abrieron con pánico. Se levantó de la roca, corrió unos metros y se encorvó para vomitar.

—¡Tiene el cólera! —saltó Jodie, dejándose oír el miedo.

—Jodie, cállate —susurró Rita. Se acercó a Donna y le frotó la espalda hasta que se calmó. Mojó la punta del delantal en uno de los cubos y le limpió la cara en silencio—. ¿Lo sabe Jared? —preguntó, muy bajo.

—¿Qué ha de saber Jared? —frunció el ceño Jodie—. ¿Que tiene el cólera?

Donna negó con la cabeza, ignorando por completo a Jodie.

—Primero quería estar segura.

—¿Segura de qué?

Rita la miró con el ceño fruncido.

—Por el amor de Dios, cállate un momento. Donna está embarazada.

Rita hablaba con absoluta seguridad, pero Jodie no se convenció. En las últimas horas había visto suficientes vómitos y desfallecimientos como para que la idea de un bebé no le pareciera probable.

—Bueno, ¿y cómo sabes que no es cólera?

—Llevo una semana así —respondió Donna con una sonrisa pálida—. El cólera ya habría seguido su curso, lo hubiera sobrevivido o no.

Conmocionada y en silencio, Jodie observó a sus dos amigas sentadas una al lado de la otra sobre la roca. Los ojos de Donna brillaban y a Rita se le ensanchaba la sonrisa. Por más que lo intentaba, Jodie no encontraba motivo para tanta dicha. Traer un bebé al mundo cuando aún quedaban dos meses de duro viaje —y el verdadero trabajo al llegar a Oregón— no tenía sentido.

—¿En qué demonios estaba pensando Jared al permitir que esto sucediera? —se le escapó en voz alta—. Apenas lleváis tiempo casados.

Demasiado tarde para retractarse, lanzó una mirada culpable. Donna exigió explicación con los ojos.

—Quiero decir… ¿no sería más sensato esperar a llegar a vuestra granja, levantar una casa y entonces sí, darle un techo al pequeño?

—No es algo que hayamos buscado —las mejillas de Donna se encendieron.

—Donna tiene razón —suspiró Rita, poniendo los ojos en blanco—. Puede que no sea el mejor momento para tener al pequeño, pero es algo que surge sin más entre dos recién casados.

—Quizá sea así —admitió Jodie.

Se echó el yugo a los hombros salpicando el suelo, lo que solo aumentó su irritación. Negó hacia Donna.

—Pues pídele a Dios que le dé la noticia a Jared, porque yo desde luego no pienso ser quien se la suelte.

—¡Jodie! —Rita apoyó las manos en la cintura—. Eso no ha sido considerado.

—¿Qué? Es la verdad.

—No. Es tu verdad. Donna ya está lo bastante nerviosa para que tú le añadas más peso.

—Está bien, Rita —intervino Donna con suavidad—. Tiene razón. A Jared no le hará gracia. Y menos ahora, con el cólera descontrolándose.

—Jared sabe de dónde vienen los niños —espetó Rita, más franca que de costumbre—. Si no quería arriesgarse, no debería haberse permitido el gusto.

A Jodie le ardió la cara ante semejante afirmación.

—Si vais a hablar así, me vuelvo al campamento. La gente ya se estará levantando y querrá agua.

—Iremos en un momento.

Jodie dudó.

—No cargues con eso —le dijo a Donna—. Llevo el mío y vuelvo a por el tuyo.

—Oh, no. Me las arreglaré.

Rita le tocó el brazo a Donna.

—Jodie tiene razón. No puedes acarrear agua. Cambiarás de tarea. Esta es demasiado pesada en tu estado.

—Supongo que tenéis razón —sonrió débil—. Gracias, Jodie. Te lo agradezco.

El gesto de Rita le supo a aprobación y reconfortó a Jodie. Aun así, no querría estar en el lugar de Donna. Según Rita, e incluso Grant, Dios tenía la vida firmemente en sus manos. Jodie no estaba tan segura. Buddy se debilitaba mientras el cólera avanzaba por su cuerpo. El miedo le agarrotó el pecho: su hermano podía no sobrevivir. Tenía que hacerlo. ¿Acaso debía quedarse sola en el mundo?

Necesitaba un plan: llevarse a Buddy y huir hacia el oeste, donde vivirían la vida que Clem les había prometido. Sin él, sería ella quien lo hiciera realidad para el pequeño. Clem lo habría querido así. Una sonrisa se dibujó en sus labios. Sí, él habría querido que cuidara de Buddy.

Tan absorta estaba en su deseo de vengar la muerte de Clem que apenas había pensado en apartar a Buddy de Benson y de los demás. Era hora. Tenía que sacarlo de allí antes de que Benson hiciera alguna estupidez que los arrastrara a ambos.

En cuanto Buddy sanara y volviera a estar fuerte…



Grant vio a Jodie regresar, dejar los cubos en la tienda de la señorita Sadie y volver a salir. La curiosidad y la sospecha, de que quería alejarse sola— lo empujó a seguirla.

—¡Jodie! —la llamó al pasar entre carretas—. ¿Adónde crees que vas?

Ella se detuvo en seco y se volvió cuando él la alcanzó.

—A por agua. Es mi castigo, ya lo sabes. ¿Por qué no te ocupas de mi hermano en vez de molestarme?

—La señorita Sadie está con Buddy, por ahora. Te ayudaré a subirlo a tu carreta en cuanto vuelvas —los ojos de Jodie se suavizaron bajo el sol de la mañana. Su sonrisa lo desarmó—. Te lo agradecería.

—Con gusto.

Ella lo miró un segundo más y carraspeó.

—Será mejor que vuelva a mis tareas para preparar a Buddy.

—Voy contigo.

La exasperación le cruzó el rostro.

—Tengo que terminar sola.

—¿Por qué? ¿Piensas huir otra vez?

—¿Y dejar a mi hermano?

Grant entendió que eso jamás lo haría. Aun así, estaba rara, incluso para ser Jodie.

—Voy contigo.

—En serio, Grant —el tono le sonó casi desesperado—. No quiero entretenerte. Solo voy por agua. Salimos en menos de una hora. Seguro que tienes mucho que hacer como para hacerme de niñera.

Fingió pensarlo y soltó una risa baja.

—No. No se me ocurre nada.

Ella hizo una mueca de derrota y suspiró.

—Está bien. Ven. Pero no hagas preguntas —lo miró con una seriedad que le encendió más la curiosidad.

—De acuerdo. Nada de preguntas.

Tras unos minutos de silencio, encontraron a Donna y a Rita sentadas sobre una roca, con los cubos a los pies.

—¡Jodie! ¿Has traído a Grant?

—En contra de mi voluntad —Jodie frunció el ceño—. No pude quitármelo de encima.

Fue directa a los cubos de Donna y, con un gruñido, se echó el yugo al hombro.

—Perdona, Donna. Se negó a irse. No me quedó otra que traerlo. —Volvió el rostro hacia Grant—. Pero no le permito hacer preguntas.

Donna esbozó una sonrisa cansada.

—No pasa nada.

El instinto de médico se le encendió a Grant al ver el rostro pálido.

—¿Estás enferma, Donna?

Ella asintió, ruborizándose.

—Un poco.

Grant cruzó el pedregal, extendió la mano y le tomó la temperatura.

—No tienes fiebre, pero es evidente que no estás bien. Mantente alejada del acarreo hasta saber con certeza que no es cólera.

—No creo que lo sea. Llevo unos días así. Se me pasará.

Él repasó la escena: Jodie se había echado al hombro los cubos de Donna; la joven esposa estaba indispuesta, pero confiada; y a él no se le permitía preguntar.

—Oh… —dijo simplemente.

Las tres lo miraron con dureza.

—Estás embarazada.

Jodie le clavó una mirada airada.

—Creí haberte dicho que no preguntaras.

—Eso, muchacha —le quitó el yugo—, ha sido una afirmación, no una pregunta.

—¿Qué crees que haces? —Jodie intentó agarrar los cubos.

—Quieta. Los vas a volcar —repuso Grant, colocándose el yugo —. Ya has cargado suficiente por hoy. Me encargo yo.

Jodie respiró hondo y, al parecer, se rindió.

—Gracias —soltó entre dientes, con tan poca suavidad que la palabra casi no sonó a agradecimiento.

Grant sonrió. Caminaron en silencio. Al llegar al borde del campamento, se volvió y la vio tan blanca como una bola de algodón.

—Jodie. ¿Qué sucede? ¿Te has hecho daño?

—Es Benson —susurró.

Dejó el agua en el suelo y la tomó del brazo.

—¿Qué dices?

—¡Benson! —negó con fuerza—. El hombre que habla con Jared. —Asintió hacia el capataz, que, en efecto, estaba con un desconocido.

—¿Quién es?

Jodie lo miró con verdadero temor.

—Grant —murmuró—. Es mi padre… y estoy casi segura de que también tiene cólera.

Capítulo 7

Jodie habría preferido estar en cualquier lugar menos en el campamento de Jared, debatiéndose sobre cuánta verdad revelar. Si delataba a Benson, este la mataría. Y traicionarlo también sería traicionar a Buddy y a sí misma. No podía hacerle eso a su hermano. Jared la escrutaba con los ojos cargados de sospecha.

—Ya te dije que vi a mi padre —logró decir, tragando saliva—. Supongo que se preocupó por Buddy y decidió venir a buscarlo. Un rastreador con experiencia no tardaría en descubrir que está aquí.

—¿Y eso es todo? —replicó Jared—. ¿Tu padre no causará problemas?

Quiso advertirle que guardara bajo llave lo de valor y que no le perdiera de vista, pero aquellas palabras levantarían preguntas que no podía responder. Aún no. No hasta poner a salvo a Buddy y llevárselo lejos.

—Nunca hablo por mi padre —admitió—. Me gustaría asegurarte que no habrá problemas, pero si los hay me llamarás mentirosa y pensarás que te he traicionado.

Las cejas de Jared se arquearon.

—Agradezco tu honestidad.

—Lo mejor que puedo decir es que lo vigiles.

—Lo haré.

—¿Eso es todo?

—Voy a pedirte algo —anunció él.

Jodie esperó. No estaba acostumbrada a que le pidieran, y menos los hombres al mando.

—¿Sí?

—Vigila a tu padre. No te pido que lo espíes ni que me informes. Pero has hecho suficientes amigos aquí como para no querer que nadie salga perjudicado. —Soltó el aire—. Grant no cree que Benson tenga cólera. Si lo tiene, no presenta los mismos síntomas. Así que lo pondré a cargo del agua en lugar de Donna.

Jodie se removió. Por un lado, se sentía orgullosa de que Jared confiara en ella. Por otro, aquello la obligaba a aguantar a Benson. Y no le gustaba nada. No tenía salida.

—Haré lo posible.

—Lo sé. Puedes irte.



Benson se había metido en la caravana haciéndose pasar por un padre preocupado por su hija rebelde y por su pobre hijo enfermo, que había salido tras su hermana. Dos días enteros de duro avance después, Jodie solo quería mantenerse lo más lejos posible de él. Ojalá Jared no hubiese hecho eso imposible.

El ánimo andaba caldeado, los músculos protestaban y las piedras no daban tregua. La artemisa escocía las piernas de los emigrantes e irritaba al ganado. Aun así, Jared apretó el paso con nuevo brío: nada de paradas innecesarias y las carretas rodando dos horas más de lo normal. No ofreció disculpas ni otra explicación que la obvia: iban con retraso y, si no redoblaban esfuerzos, la nieve los atraparía en las montañas y quizá morirían antes del deshielo. La enfermedad que Buddy había traído empezaba a seguir su curso. El chico seguía débil, pero parecía un poco mejor.

La oscuridad caía antes cada tarde, así que Jodie no solo cargaba el yugo al cuello para traer agua, también una linterna. Jared le había ordenado que llevase a Benson con ella. Evitarlo ya no era posible.

A Jared le pareció providencial que Benson apareciera el mismo día que Donna tuvo que dejar el acarreo. Benson tomó su puesto al instante, para disgusto de Jodie.

—Empiezo a entender por qué te gusta esta gente —soltó él—. Son la sal de la tierra. Dan ganas de enmendarse y llevar vida decente.

Jodie no se lo tragó. Hasta ahora, él callaba sus verdaderos motivos para pegarse a la caravana, presentándose como padre de ella y de Buddy. Pero Jodie sabía a qué había venido.

—Tienes razón. Son buena gente, Benson. Recuérdalo.

Como si no hubiera oído, barrió el campamento con la mirada y se fijó en Donna y Rita, que compartían café junto al fuego de Donna.

—Sabes elegir amistades. Me enorgulleces —sentenció.

—No sé de qué hablas.

—Claro que sí. La esposa del jefe de caravana y la novia del mestizo.

La forma en que escupió "mestizo" le rechinó en los dientes.

—No hables así de Sam.

—¿Así cómo?

Jodie le lanzó una mirada de lado.

—¿No es eso lo que es? —insistió él, frunciendo el ceño.

Ella soltó el aire, hastiada.

—Será medio sioux, pero es un buen hombre y merece respeto.

—Nunca llegará el día en que respete a ninguna raza —gruñó.

Ahí asomaba por fin su verdadera cara. Ya era hora. Jodie aprovechó para tirar del hilo.

—¿Qué haces aquí de verdad, Benson?

—Ya te lo dije: voy a enderezar mi vida. Nada de robos.

—No te creo —respondió sin rodeos. Una parte de ella querría creerlo, pero el sentido común decía otra cosa—. ¿Qué pasa?

Él entrecerró los ojos.

—¿Qué sabes del señor Harrison?

Jodie se quedó sin aliento.

—¿Todo esto tiene que ver con el señor Harrison?

Benson abandonó la farsa. Le aferró el antebrazo.

—¿Qué sabes del dinero?

—Solo que lo buscas, si es que existe.

—Existe. Vi al conductor cargando una caja para Harrison cuando salieron de ese agujero llamado Newtown, Kansas. También vi que su carro tenía un doble fondo. Supongo que trasladó la caja del carro de suministros al suyo.

Jodie se quedó helada.

—Así que esa era la razón para no oponerte a que yo siguiera a la caravana —escupió—. Pensabas robarlos de todos modos. Nunca te importó que alguien pagara por la muerte de Clem.

Él sonrió como si la idea hubiese sido de ella.

—Siempre fuiste la lista. En eso te pareces a tu madre. Alégrate de no parecerte a ella en otras cosas.

Jodie puso los ojos en blanco. Lo último que necesitaba era escucharle hablar de la mujer que los había abandonado años atrás.

—Si viste la caja, ¿por qué esperaste tanto para perseguir a la caravana? Dijiste tres meses. Creí que habías decidido no venir tras

de mí.

—La ley nos pisaba los talones. Tuvimos que dispersarnos. Cuando nos reunimos hace unas semanas, dije: "Muchachos, ¿y si vamos tras esa caravana? Apuesto a que mi muchacha anda cerca". No pensé que te les habrías unido como lo has hecho.

—Ya te lo dije —murmuró—. No me uní a nadie. Pero me gusta la idea de establecerme en Oregón.

Él la miró ceñudo.

—¿Y qué haría una mujer sola en Oregón?

Jodie se encogió de hombros. Era la primera vez que se lo planteaba de veras.

—Solicitar una concesión.

Benson echó la cabeza atrás y soltó una carcajada.

—¿Granjera? Quítate eso de la cabeza. Te necesito para el próximo plan.

A Jodie se le revolvió el estómago. Quizá no tuviera más remedio que dejar a aquella gente y reunirse con él.

—Ahora lo que me preocupa es Buddy. Está muy enfermo.

—Lo está —admitió Benson—. Esa es la verdad.

—¿Y tú? El primer día parecías fatal. ¿Qué te pasó?

—Soy demasiado malo para estar enfermo mucho tiempo —se rió.

Malo era, sí, pero Jodie no pensaba atribuirle la salud a eso.

—Sé serio, Benson.

—No lo sé. A ratos me siento mal y a ratos no.

—La señorita Sadie ya pasó el cólera y, según Grant, es poco probable repetirlo. ¿Tú lo has tenido alguna vez?

—No.

Crujieron pasos sobre las hojas secas. Benson y Jodie volvieron la cabeza y vieron a Erick acercarse entre la maleza.

Benson prácticamente gruñó al recién llegado.

—¿Qué haces lejos del campamento, Erick?

—He venido a decirte que Murray ha muerto esta mañana. Y que tres hombres más han contraído el cólera. —Sus ojos escrutaron a Benson—. Veo que tú lo has pasado sin apenas enfermar, pero allí está arrasando.

Por la forma en que Erick lo miraba, Jodie se preguntó por primera vez si su padre había estado fingiendo todo el tiempo, o si Erick lo sospechaba de todos modos.

—¿Y qué esperas que haga al respecto?

—¡Benson! —intervino Jodie—. Eres su líder. Si tienen miedo, te necesitan.

Erick asintió.

—Tu hija tiene razón. Los hombres están asustados. Algunos hablan de marcharse.

Benson se encogió de hombros.

—No obligo a nadie a quedarse.

Excepto a mí, pensó Jodie con amargura. Además, si los hombres se dispersaban, propagarían el cólera por todo el territorio.

—Benson, podrían acabar en un fuerte o en aldeas indias amigas. O cruzarse con caravanas.

—Esa es su elección, ¿no?

Erick cruzó la mirada con Jodie. Su ceño parecía más preocupado que airado. Para ser forajido, conservaba ciertos escrúpulos.

—No es la cuestión —dijo—. Jodie está diciendo, claramente, que, si se dispersan en todas direcciones, podrían contagiar a

cientos. Necesitan tu liderazgo para permanecer donde están. Yo mismo empiezo a sentirme mal. Si caigo, ayudaré poco.

—Una pena —repuso Benson—. Tengo otras cosas que hacer.

Jodie se volvió hacia Erick.

—Lo que necesitan es un médico. ¿Tenéis quinina en el campamento?

—Que yo sepa, no.

—De acuerdo. Intentaré conseguir algo. Pero no sé si Grant querrá compartirla. Está preocupado por la caravana.

Erick asintió.

—Y es poco probable que un grupo de forajidos figure en su lista de prioridades.

—No lo creo —dijo Jodie—. Pero es un buen hombre; quizás comparta un poco si entiende lo rápido que se propaga.

La mano de Benson salió disparada y le aferró el brazo, clavándole los dedos.

—¿Qué quieres decir con que es un buen hombre? Mark tenía razón. Te has ablandado.

Jodie se soltó, envalentonada por la presencia de Erick.

—Tal vez me haya ablandado en algunas cosas. Ya no sé qué pensar. Pero, sea lo que fuera entonces, ahora es un buen médico. Deberías haber visto cómo salvó al bebé de Yellow Bird. Si alguien puede sacarnos de esta epidemia, es él.

—Bien saber que es competente —añadió Erick—. Ojalá también sea compasivo.

—Vuelve mañana e intentaré traerte quinina.

Erick negó con la cabeza.

—Si espero, la mitad de los hombres habrá desaparecido o muerto. Necesitamos algo esta noche para darles esperanza.

El corazón de Jodie se aceleró. Podía robar la quinina, pero no estaba bien. Tendría que pedírsela a Grant.

—Tenemos que llevar esta agua al campamento. Buscaré a Grant y trataré de convencerlo. Reúnete conmigo aquí dentro de una hora.

—Gracias —dijo Erick. Su mirada se posó en ella un segundo—. Y escuché lo que hablaste con Benson. Si quieres ir a Oregón, deberías hacerlo.

—Ocúpate de tus asuntos —gruñó Benson—. No crié a mi hija para que fuera una granjera.

—La agricultura es respetable, Benson —replicó Erick—. Un hombre debería querer algo mejor para sus hijos. Sobre todo si evita que ella siga siendo ladrona y mentirosa.

A Jodie se le alegró el alma al oírlo. No serviría de mucho con Benson, pero reconfortaba sentir apoyo.

—Vuelvo en una hora con una respuesta —dijo.

—Te lo agradezco —asintió Erick.

—No me des las gracias todavía. Puede que no lo consiga.

Él se dio la vuelta y desapareció entre las sombras. Jodie encaró a Benson.

—Hay algo en lo que tiene razón, Benson.

—¿Te pones de su parte, chica?

—No. He dicho que en una cosa tiene razón.

—¿Cuál?

—No te conviene alejarte de tus hombres ahora. Te necesitan. Cuando esto acabe, se les habrá ido la confianza.

—Te preocupas demasiado. —Sonrió—. Cuando vuelva con el dinero de Harrison, nadie pensará que Mark debe liderarlos. ¿Quién sabe? —le guiñó un ojo—. Quizá mueran todos y no tengamos que compartir.

Jodie no supo si bromeaba o no, pero el horror le subió al pecho.

—Benson, eso está mal. Te han seguido durante muchos años. No puedes desear que mueran.

—Lo sabía. Te estás ablandando.

—Piensa lo que quieras, pero no puedes robar a Harrison. Perdió a su esposa en un tornado hace unos meses. No está bien.

Benson le plantó un dedo delante del rostro.

—Yo decido qué está bien. Te he criado desde que naciste. ¿Alguna vez te he hecho daño?

¿Hablaba en serio? ¿No contaba haberla criado entre ladrones? Era inútil. Podía hablar hasta quedarse sin voz y no entraría en razón. Era demasiado viejo y terco.

—Vamos por el agua y volvamos al campamento —zanjó.

Él volvió a agarrarla.

—Ni se te ocurra traicionarme, chica.

—¿De qué hablas?

—Tú ya me entiendes. Ahora eres diferente. Eres como ellos. Pero no olvides quién es tu familia. Esa gente te dejaría sola en el desierto si supiera quién eres. Y sería una lástima que lo descubrieran.

La amenaza velada le aceleró el pulso.

—No pienso traicionar a nadie.

—Que siga así.

Jodie tomó los cubos y caminó hacia el agua. No se le había pasado por la cabeza ir contra Benson. Eso era lo que hacían: robar para vivir. No tenía por qué gustarle, pero ¿cómo ir contra su propia sangre?

La culpa le oprimía el pecho, dividida entre la lealtad a Benson y a la caravana. Por primera vez, entendía con claridad qué era decente y correcto, y odiaba verse al otro lado. Benson tenía razón en algo: ahora era distinta. Se sentía rara. No bien. De repente, partida entre su vida de antes y el futuro que anhelaba en Oregón, ya no sabía dónde pertenecía.



Al regresar con el agua, Jodie fue directa a la tienda de suministros. Dentro, Grant estaba con Buddy.

—¿Cómo está? —preguntó, dejando los cubos y acercándose. El pecho de Buddy subía y bajaba con regularidad, y descansaba más plácido que en los dos días anteriores—. ¿Está mejor?

—Ha tenido suerte —asintió Grant—. Estará débil unos días, pero cuando ayer no murió, tuve esperanza.

—No dijiste nada.

Grant se levantó y le ofreció su asiento junto al jergón.

—No quería darte falsas esperanzas.

Jodie estudió a Buddy. Pálido, demacrado, diez años mayor que tres días atrás.

—¿Seguro que mejora?

Grant posó una mano cálida en su hombro.

—Sí. Lo peor ha pasado. Lleva horas sin vomitar y ha retenido agua. Es una señal muy alentadora.

—Gracias, Grant.

Tomó aire, se giró hacia él.

—Necesito pedirte un favor.

Él se agachó hasta su altura.

—Pareces preocupada. ¿Qué necesitas?

—Un poco de la reserva de quinina.

Frunció el ceño.

—¿Te has enfermado?

—No. Es solo que…

¿Cómo decirle que necesitaba parte del preciado botiquín para los mismos hombres que habían traído la enfermedad?

—¿Los forajidos? —adivinó él.

Jodie abrió los ojos.

—¿Cómo lo supiste?

Grant esbozó una sonrisa triste.

—No hace falta ser muy listo para ver que tu padre y Buddy aparecieron cuando nos atacaron. Sam y Jared no se dejan engañar. Han estado siguiendo sus huellas. Ni siquiera parecen muy preocupados por ocultarse. Yo, en su lugar, acamparía mucho más lejos.

—Estoy de acuerdo. No sé en qué pensaba Benson.

—Por eso Jared ha duplicado los centinelas.

—¿Qué harán Sam y Jared?

—No lo sé. Imagino que avisarán a la ley o los entregarán a los soldados al llegar a Fort Boise.

El pánico le apretó la garganta.

—Buddy no ha hecho nada, Grant. Siempre ha querido ser médico. Entiendo que entreguen al resto —incluso a mí—, pero no a Buddy.

—No es decisión mía. —Inspiró hondo—. Y no puedo prescindir de la quinina, Jodie. Esta mañana se confirmaron tres casos más. Es muy probable que se me acabe antes de atender a los nuestros. —Se le nublaron los ojos—. Lo siento. Ojalá pudiera hacer más.

Jodie se incorporó despacio. La decepción y la ira le hervían por dentro.

—¿Lo sientes? ¿Van a morir hombres y "lo sientes"? Para ti serán forajidos sin valor, pero yo me crié con ellos. Son como hermanos para mí. Algunos, al menos.

—Lo siento de veras. Ojalá hubiera algo…

—Guárdate las condolencias para quien te crea —lo cortó—. No puedo creer que casi cambiara de opinión sobre ti.

—Espera. No estás siendo justa. Mi primera responsabilidad es con esta gente. Lamento decepcionarte, pero no puedo coger nuestra poca medicina para dársela a ladrones y asesinos.

—Como dije —siseó, encarándolo—, guarda tus disculpas para alguien cuyo hermano no hayas dejado morir.

Salió de la tienda hecha una furia, luchando contra las lágrimas. No, no iba a llorar. Grant Kelley no merecía ni una.

Capítulo 8

Grant frunció el ceño cuando Jodie salió de la tienda dando un portazo y salpicando agua de los cubos. ¿Qué esperaba que hiciera? ¿Dejar sin remedios a la caravana para que un puñado de forajidos robara otro día… para que otra esposa acabara muerta? Era un despropósito. Pero ¿cuándo había mostrado ella un ápice de sensatez?

Buddy gimió y abrió los ojos.

—Agua…

Grant hundió la taza de hojalata en el cubo y se la acercó a los labios.

—Despacio.

El muchacho bebió con ansia, luego se dejó caer en la almohada, como si alzar los hombros hubiera sido demasiado esfuerzo.

—Gracias —musitó.

—De nada, hijo. Te pondrás bien.

Buddy asintió.

—Lo sabía. Oí a Jodie rezar por mí la otra noche. En ese momento supe que me iba a curar.

Grant arqueó las cejas, sorprendido.

—No sabía que Jodie rezara.

—Antes no lo hacía. Creo que la caravana la ha cambiado. Está más… blanda. No frunce tanto el ceño —susurró, y cerró los ojos.

Grant guardó silencio. Si ahora fruncía menos, antes debía de ser una refunfuñona de cuidado.

—He oído lo que decías de los demás —añadió Buddy, con voz lenta—. Jodie solo piensa en Clem, eso es todo.

—¿Qué quieres decir?

—Nuestro hermano…

La frase se deshilachó. Nada más que sacar. Grant recogió sus cosas y salió; se topó con la señorita Sadie. La mujer no había parado: los casos nuevos se multiplicaban por el campamento. Trabajaba tan duro como él y, a decir verdad, no sabía qué habría hecho sin su ayuda.

—Dos casos más —anunció ella con severidad—. Esto pinta mal. Hay que frenar el contagio antes de perder a la mitad.

—Lo sé, pero no veo cómo.

—Para empezar, esos hombres deberían mantenerse fuera del campamento —resopló—. ¿Sabes algo de ellos?

—Solo un tonto no ataría cabos —replicó Grant—. Jodie me ha pedido quinina para dársela a los forajidos. ¿Cómo pretende que ponga en riesgo nuestras reservas cuando nuestra gente está en plena epidemia?

—Son su gente —repuso la viuda, sin vacilar—. Y una no elige de dónde viene.

—No tiene por qué querer curarlos. Sabe que no son buenas personas.

—¿Y quién eres tú para dictaminar quién es «bueno»? —lo atajó ella—. A los ojos de Dios valen tanto como cualquiera: tú, yo o el recién nacido de Yellow Bird.

El recuerdo de un día infernal de hacía siete años le atravesó el pecho: la diligencia asaltada, Sarah a su lado, la manta de lana que

estaba tejiendo empapada de sangre. Cerró la mandíbula.

—Puede —cedió con aspereza—, pero no voy a arriesgar vidas de gente decente por esa gavilla de parásitos. Si me disculpa: debo ver a Edna Stewart.

—Eres un buen hombre, Grant —le palmeó el hombro la viuda —. No dejes que la amargura te lo haga olvidar.

Él asintió y se marchó. Debía de haber alguna lección escondida, pero no alcanzaba a verla. Jodie entraría en razón: no podía vaciar el botiquín por nadie. Primero, la caravana. Ojalá la quinina alcanzara para lo peor.



Jodie temía la cita con Erick. ¿Cómo decirle que no habría ayuda? También sabía que debía una disculpa a Grant; solo un necio guardaría rencor a quien intenta salvar a todo un campamento. No lo hacía más fácil.

Subió la loma hasta el punto convenido y se sentó en una roca. Pensó en los hombres del otro campamento, tirados de dolor. No merecían morir sin que alguien lo intentara. Demasiado tarde para Murray; James sería el siguiente… ¿y luego Yuley? Pobre Yuley, tan lento que a veces apenas recordaba su nombre. ¿Entendería lo que era estar tan enfermo?

Se le nublaron los ojos. Forajidos sí, pero no todos eran malos. No merecían ir cayendo uno a uno.

Crujieron hojas. Jodie giró, esperando a Erick… y se encontró con la señorita Sadie, que llegaba con una bolsa de arpillera.

—¿Señorita Sadie? ¿Qué hace aquí?

La mujer le tendió la bolsa.

—Cebollas. Hiérvelas bien y da el caldo a quien muestre síntomas de cólera.

—¿Cebollas?

—La naturaleza es el mejor boticario. Me lo enseñó una vieja comadrona. Lo aprendí tarde para los míos… pero si se da a tiempo, esta tisana corta la enfermedad por dentro.

—Debería contárselo a Grant. Está convencido de que la quinina no va a alcanzar. Le alegrará saber de otro remedio.

—Tienes el genio arisco —repuso la viuda, medio divertida—. Y sí: ya hablé con él lo bastante para saber que andas pidiendo quinina.

—Y me la negó, como debía.

—¿También tú, eh?

—¿Qué quiere decir?

—Que a los cristianos se nos olvida la caridad cuando se trata de forajidos —escupió Jodie, con desdén.

—Oye bien, muchacha —la cortó la viuda, clavando la mirada —: caridad no es regalar la medicina escasa y dejar una caravana llena de niños sin amparo. Si crees eso, traes un enredo de ideas.

—Quizá —cedió ella entre dientes—. Pero Grant también, si me pregunta.

—No te he preguntado —zanjó Sadie—. Y, para tu tranquilidad, traje estas cebollas para que se las lleves a esos hombres.

—No son mis amigos.

—No insistiré en la «coincidencia» de que el ataque precediera a la llegada de tu padre y tu hermano… y ahora haya un campamento de inútiles que «te necesitan». Menuda racha de casualidades —alzó las cejas.

Jodie tragó el rubor y mantuvo la barbilla alta.

—¿Le habló a Grant de las cebollas? Tal vez se muestre más benévolo si sabe que hay otra salida cuando se acabe la quinina.

—Aún no. En cuanto recordé el brebaje, puse a Yellow Bird a cocer una tanda fuerte y vine a buscarte antes de que despacharas a tu forajido con las manos vacías.

—Le repito que no son…

Sadie alzó una mano curtida.

—Y yo que no pienso discutirlo.

—Pues no son mis amigos —murmuró Jodie.

—Habrá que reunir cuantas cebollas encontremos y confiar. —Señaló la bolsa—. Procura que dure. El caldo más fuerte, para los peores. Y a los que aún estén sanos, en cuanto asome un retortijón.

—¿Y si se acaban?

—Depende de Dios.

—Fort Boise está a un día a caballo —aventuró Jodie—. Allí tendrán cebollas, silvestres o plantadas.

—No podemos sembrar cólera en el fuerte. Además, dos familias nos han abandonado: las noticias vuelan. Nos cerrarán las puertas. —Tocó la bolsa—. Haz lo que puedas.

Jodie suspiró, pensando en la preocupación que había visto en los ojos de Grant.

—Al menos, esto lo aliviará. Dice que, si no frenamos pronto, la quinina no alcanzará.

—Ese es el problema de los doctores letrados —masculló la viuda.

—¿Cómo dice?

—Creen que mandan más que Dios.

—¿Y no ayuda Dios a quien se ayuda?

—También es soberano, hija. Si esto se detiene con unos pocos o arrasa con todos, no es cosa nuestra.

—Entonces ¿para qué intentarlo?

—Porque no sabemos quedarnos de brazos cruzados —sonrió, cansada.

Un crujido detrás las hizo volverse. Erick estaba allí, pálido y tembloroso. Se desplomó sin fuerzas.

—No podrá volver solo —dijo Jodie—. Y Jared no aceptará meterlo en la caravana.

—Tienes razón —concedió Sadie—. Habrá que ir nosotras al campamento de esos hombres.

—¿Está hablando en serio? ¿Entrar en un campamento de forajidos?

—No podemos dejarlos morir.

Jodie apretó los labios. Si el cólera estaba arrasando allí, no quedaba otra.

—Bien. Si Yellow Bird y Rita duermen juntas en la carreta de Rita, podemos cargar a Erick en la tuya y llevarlo con los suyos.

—Justo lo que pensaba. —La viuda miró al hombre caído y volvió a Jodie—. Quédate aquí. Yo haré los preparativos.

—¿Cree que Jared pondrá pegas?

—No es Jared quien me inquieta.

—¿Ah, no? Ya sabe lo que piensa de que me aleje.

—El que va a montar en cólera será Grant —sentenció.

—¿Grant? ¿Y eso? Ni siquiera me deja acercarme a los enfermos. Si hubiera de enfermarme, ya habría caído.

—Recuerda mis palabras: el buen doctor dirá la suya cuando te marches a cuidar forajidos. Yo, si apostara, apostaría a que él es quien alborota el gallinero.

Jodie resopló, ignorando el acelerón que le dio el corazón.

—Perdería hasta la camisa. Estará encantado de librarse de mí.

—Si yo jugara, aceptaría la apuesta —rió Sadie—. He visto cómo te mira. No se alegrará nada.

Jodie lo dudaba. ¿Para qué discutir?

Erick gimió; la frente le brillaba. Jodie le rozó la piel.

—Arde.

—Vuelvo en seguida —dijo Sadie. Se arrancó un trozo delantal —. Mójalo y refréscale la cara.

Jodie se arrodilló. Erick, incluso desfallecido, parecía un hombre de bien. ¿Qué hacía con la chusma de Benson? Abrió los ojos, vidriosos.

—Tranquilo, Erick. Nos ocupamos.

Con una fuerza inesperada, él le aferró la muñeca.

—¡Eh! —saltó ella, zafándose—. Vuelve a intentarlo y te dejo a los lobos. ¿Te apetece, en ese estado?

—Jodie… —apenas un hilo de voz—. Tengo que decirte…

—No tienes que decir nada salvo que lamentas agarrarme y asustarme.

¿Asustarla? Benson iba a tener razón: se estaba volviendo blanda. Seis meses atrás habría plantado cara.

—Tu hermano… —alcanzó a murmurar.

—¿Qué pasa con Buddy? Será mejor que lo dejes en paz.

Él negó, sin lograr articular más. Le sobrevino otra oleada de arcadas y cuando acabó, se desmayó.

Jodie respiró hondo, tragándose las náuseas, y lo limpió con el paño húmedo. Mientras aguardaba a la señorita Sadie, la pregunta la cercó como el frío: ¿sería capaz de cuidar de cinco o seis hombres en ese estado?

Capítulo 9

Grant apenas tuvo tiempo de pensar en Jodie en las horas posteriores a la partida de ella y de la señorita Sadie. El bebé de Jenny Shewmate había nacido muerto dos horas antes de que la propia Jenny sucumbiera al cólera. Ni siquiera alcanzó a ayudar con el entierro. Ahora, ya entrada la noche, salió tambaleándose de la tienda de Jared tras atender al hermano pequeño de Donna, Johnny, que por el momento solo mostraba síntomas leves; por eso Grant le había dado caldo de cebolla.

Avanzaba despacio, casi a trompicones, rumbo a su tienda con la esperanza de dormir un par de horas antes de iniciar la siguiente ronda de tratamientos, cuando Amanda Kane lo detuvo. Se tensó, aún receloso de aquella mujer que acababa de superar una grave adicción al láudano.

—¿Va todo bien, señora Kane?

—Sí.

—Entonces, ¿en qué puedo ayudarla?

No iba a suplicarle que le diera la droga. Todos estaban sometidos a una enorme presión, pero él no pensaba ceder.

—Está agotado —dijo Amanda— y quiero ayudarle.

Sorprendido, Grant sintió un instante de vergüenza por sus sospechas.

—¿Está segura?

Tenía sentido. Amanda no tenía familia, salvo que se contara a Charles Harrison, enamorado de la viuda y decidido a casarse con ella.

—Es lo menos que puedo hacer.

Había causado muchos problemas en su búsqueda desesperada de más láudano, pero Grant no podía permitir que lo hiciera como penitencia.

—Amanda, tu plan de intercambiar a Rita no funcionó. Todo salió bien y te perdono. No tienes por qué arriesgar la vida para compensarlo.

Solo la adicción había empujado a Amanda a traicionar a Rita y a llevar a los secuestradores hasta ella. Por fortuna, el plan fracasó, Amanda dejó el hábito y todos los implicados la perdonaron. Ahora debía perdonarse a sí misma. A la luz de la luna, las lágrimas que asomaban a sus ojos brillaron como gemas.

—Sabes que no tengo familia. Quiero ayudar. Por favor, acepta mi ayuda y no juzgues mis motivos.

Vaciló apenas un segundo y asintió.

—Iba a dormir un rato, pero podemos retomar el régimen. Hagas lo que hagas, no dejes que Buddy te ayude si se ofrece. Lo mandé a la cama hace dos horas. Quiero que duerma toda la noche o podría recaer.

—Lo entiendo.

—Ve a la tienda de Yellow Bird. Tiene el caldo al fuego. Da de comer a cada enfermo todo lo que pueda tomar. Si las extremidades de alguno se oscurecen, ven a buscarme; tendremos que usar quinina.

—Gracias por confiar en mí —murmuró ella, con el labio tembloroso por la autocondena.

—Necesito tu ayuda —repuso él, consciente de la sequedad de su propia voz. Estaba demasiado agotado—. Ven a buscarme si me

necesitas. Si no, déjame dormir tres horas.

Con un gesto afirmativo, Amanda se encaminó hacia la hoguera de Yellow Bird.

Comenzó a caer una nevada suave mientras Grant proseguía hacia su tienda. Alzó la vista al cielo sin estrellas. Nunca lograrían cruzar las montañas. Él lo sabía, Jared lo sabía, y la gente de la caravana empezaba a quejarse. Demasiados retrasos. Demasiadas tragedias. La travesía hacia el oeste parecía maldita.

Una sombra enorme se proyectó de pronto sobre su camino y lo sacó de sus pensamientos.

—Pareces muy pensativo, Doc. Te he saludado tres veces y no me has respondido.

Grant se tensó cuando Benson se puso a su lado.

—Lo siento —murmuró—. Voy a dormir un poco. ¿Necesitas algo?

—Claro que sí. Me he fijado en que la guapa señora Kane y tú estabais muy enfrascados en una conversación hace unos minutos —Benson le dio un codazo—. ¿Tienes planes para ella?

Todos los nervios del cuerpo de Grant se crisparon de repugnancia. Solo su fuerza de voluntad impidió que se marchara sin más.

—No. Y si los tuviera, no los comentaría con otro hombre. No sería caballeroso.

—Claro, claro —asintió Benson—. Sé a qué te refieres. Uno no puede evitar preguntarse qué pasa cuando una viuda guapa se cita con un hombre como tú al anochecer y todo eso.

El hombre tanteaba el terreno, pero Grant estaba demasiado cansado para andar con evasivas y arriesgarse a chismes de campamento.

—Quiere ayudar a los enfermos de la caravana. Eso es todo.

Los ojos de Benson destellaron con una satisfacción indecorosa.

—Eso pensaba. Esa mujer tiene un corazón de oro.

—Sí, es una santa —suspiró Grant, exhausto—. Si no hay nada más, te deseo buenas noches.

—Bueno, veamos… —Benson se rascó la barba incipiente—. Estaba pensando en ayudar a la señora Kane. Probablemente le vendría bien una mano, ya que tú vas a dormir y todo eso.

La ira de Grant se encendió, rápida y violenta.

—Si quieres ayudar a alguien, ¿por qué no te largas a tu campamento y ayudas a tu hija?

Benson dejó de bromear y frunció sus pobladas cejas.

—¿Qué estás diciendo? ¿Mi hija está en el campamento? ¿Qué hace allí?

—Ella y la señorita Sadie tomaron la carreta y fueron a tu campamento, donde al menos algunos hombres tienen cólera. Supongo que ya lo sabes, porque tu hijo trajo la enfermedad al nuestro.

En un instante, Benson lo agarró por la pechera.

—¿Estás culpando a mi hijo?

Grant supo que había hablado de más y se habría dado una patada por imprudente. Negó con la cabeza.

—Solo soy un médico cansado que hoy ha visto demasiadas muertes. Pero creo que un padre decente querría sacar a su hija del peligro.

—¿Peligro? Mis hombres saben muy bien que no deben ponerle un dedo encima.

—¿Está seguro?

La duda cruzó los ojos de Benson. A Grant se le anudó el estómago.

—¿No cree que debería ir y asegurarse de que está bien?

Benson se acercó, escrutándolo.

—¿Qué interés tienes en esa chica? ¿Te gusta?

La pregunta lo pilló desprevenido.

—¿Mi interés?

—Sí. ¿Te gusta o algo así?

La ira ardía en la mirada del hombre.

—Creo que un hombre debe cuidar de su hija. Te lo repito: en lugar de seguir a Amanda Kane —a quien, por cierto, corteja el señor Harrison—, ¿por qué no vas a tu campamento y ayudas a tu propia hija, como haría cualquier padre decente?

Benson dejó de fingir. Frunció los labios.

—Si supieras a qué vino realmente, no querrías que la salvara.

La mente de Grant apenas funcionaba tras treinta y seis horas sin dormir, pero no podía dejar pasar el comentario.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Será mejor que no lo sepas. Al menos, todavía no.

Escupió un chorro de jugo de tabaco al suelo que por poco alcanza la bota de Grant.

—Si me disculpas, Doc, voy a ver si una viuda guapa necesita ayuda.

Iba levemente encorvado y, mientras se alejaba, Grant advirtió que se presionaba el costado con la mano. Aquello confirmaba una sospecha: Benson no estaba bien. Era evidente desde el principio, pero no se trataba de cólera.

Sin embargo, tenía problemas más urgentes con respecto a ese hombre. Acababa de revelar que sabía que Benson viajaba con falsas pretensiones. Suficiente por sí solo, pero además el forajido

parecía insinuar que Jodie estaba implicada en el complot que tramaba su banda.

Jared tendría que actuar pronto, antes de que Benson trajera más desgracias a la caravana. Grant sopesó ir de inmediato a buscarlo, pero desistió. El jefe de la caravana llevaba ocupado desde el amanecer, consolando a las familias en duelo y a Donna, muy preocupada por Johnny. Tendría que esperar a la mañana.

Momentos después, entró en su tienda y se dejó caer sobre el saco de dormir sin quitarse siquiera las botas. Lo último que oyó antes de rendirse al sueño fueron las acusaciones de Benson contra Jodie.

¿Qué demonios tramaba esa muchacha? Solo sabía que la echaba de menos más de lo que jamás habría imaginado y que, quizá, Benson tenía razón: tal vez estaba enamorado de Jodie Russell. Incluso tras un día oscuro y angustioso, aquella idea descabellada le arrancó una sonrisa justo antes de que el sueño se adueñara de su mente cansada.



Jodie despertó con Yuley entonando «Rock of Ages». Se incorporó y miró a la señorita Sadie, de pie junto a la cafetera. La anciana negó con la cabeza y señaló hacia donde dormía Dale.

—El pobre no lo ha conseguido.

Intentando comprender el significado de las palabras de la señorita Sadie, Jodie siguió con la mirada el dedo de la anciana. Dale yacía inmóvil sobre su saco de dormir, con los ojos cerrados y el rostro sereno.

A medida que se le despejaba el sueño, Jodie advirtió que Yuley cantaba «Rock of Ages», uno de los himnos preferidos en las reuniones dominicales de la caravana. No sabía por qué había elegido ese en lugar de «Amazing Grace», que habían entonado en

todos los entierros desde que ella se unió a los pioneros. Tal vez fuera el único que conocía.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Al verla, Yuley dejó de cantar.

—Creo que ha muerto, señorita Jodie.

—Supongo que sí —respondió en voz baja—. Lo siento, Yuley. Sé que Dale era bueno contigo.

Se volvió hacia la señorita Sadie.

—¿Qué hay del resto de los hombres? ¿Y de Erick?

—Erick resiste. Nadie más ha muerto.

—Dale no parecía tan enfermo, señorita Sadie. Menos que los demás. Incluso que Yuley.

La anciana se encogió de hombros a la vez que le tendía una taza de infusión humeante.

—El cólera puede actuar así de rápido.

Algo en la intensidad de su mirada hizo que Jodie se preguntara qué estaría pasando por aquella cabeza curtida por los años.

Jodie envolvió la taza con los dedos helados y acercó el vapor a la cara para calentarse la nariz.

—Debe de haber bajado otros veinte grados.

La nieve cubría el suelo.

—Voy a tensar la lona sobre la carreta. Ahí dormiremos esta noche, señorita Sadie.

—La dejé en el campamento.

—Ah, es verdad.

—Además, hoy tendremos que enterrarlo y encender la hoguera. No hay tiempo para volver al campamento.

Jodie miró alrededor.

—¿Dónde está Mark?

La señorita Sadie frunció los labios con desdén.

—Se marchó en algún momento de la noche. Se llevó la mayor parte de las cebollas.

La indignación le recorrió el pecho.

—¿Qué está diciendo? ¿Nos ha abandonado y, encima, con la medicina?

—Así es.

—Entonces tendré que volver al campamento. Necesitamos más cebollas o no tiene sentido seguir aquí.

—Cálmate —repuso la anciana mientras removía la olla al fuego; después se enderezó, presionándose la parte baja de la espalda—. He dicho que se llevó la mayor parte, no todas. Guardé algunas en la carreta y él no las cogió. Si el caldo va a funcionar, tenemos suficientes. Si no, una más no cambiará nada.

Jodie bebió su café en silencio, esforzándose por no mirar a Dale. Al fin, incapaz de permanecer allí sentada con un muerto a unos pasos, dejó la taza sobre la mesa.

—Yuley, ¿dónde está la pala?

Él había retomado el himno en voz baja y se interrumpió a media estrofa para mirarla con expresión ausente.

—Una pala, Yuley —insistió Jodie, acompañando las palabras con un gesto de cavar—. Sabes lo que es una pala, ¿verdad?

El rostro de Yuley se iluminó.

—Sí. Se usa para cavar.

—Eso es.

Nunca se sabía qué quedaba realmente en aquella cabeza suya.

—¿Dónde está?

Él frunció el ceño, la vista clavada en el suelo, concentrado.

—Ah, claro.

—¿Claro qué?

—Dale la rompió un día sobre la espalda de Clay Jones.

La señorita Sadie soltó un suspiro de exasperación.

—Por Dios.

—Sí, señora.

Incrédula, Jodie negó con la cabeza.

—¿Me estás diciendo que no tenemos con qué enterrar a este hombre?

Yuley respiró hondo, se rascó la cabeza grasienta y la miró con impotencia.

—Supongo que no hay nada.

Se acercó poco a poco al cuerpo de Dale.

—Puedo intentar cavar con las manos.

La señorita Sadie se agachó y lo asió por los hombros.

—No harás tal cosa. Ven junto al fuego y entra en calor. Es hora de tu medicina.

Yuley frunció la nariz.

—Sí, señora.

La vacilación en su voz arrancó a Jodie una sonrisa tenue.

—No está muy buena, ¿verdad?

Él miró de reojo a la señorita Sadie.

—Bueno… no está tan mal.

La anciana dejó escapar una risita y, con un cariño casi maternal, le puso entre las manos un plato de aquella sopa desagradable.

—No pasa nada, Yuley. No tiene por qué estar buena. Ponte fuerte y te prepararé una comida de verdad.

—Se lo agradecería, señora.

Luego se volvió hacia Jodie y le hizo un gesto para alejarse del fuego. Caminaron hasta la carreta antes de hablar.

—Parece que, después de todo, tendrás que volver al campamento.

—Así parece.

—Necesitaremos un par de tiendas de campaña. No quiero que estos hombres duerman sobre la nieve.

—¿No hay ninguna?

La noche anterior estaba demasiado oscuro para buscar nada.

—¿De veras crees que, si tuvieran tiendas, habrían dormido en el suelo con el frío de anoche?

—Sí —concedió Jodie—. Bueno, no discutamos por eso.

—Hazte con dos tiendas: una para ti y para mí; otra para esos hombres. Y una pala. Trae también más mantas si alguien puede prestar alguna. Las de aquí habrá que quemarlas. No se pueden lavar y, aunque se pudiera, están tan raídas que no aguantarían un buen fregado.

Tras un plato de caldo espeso y una galleta, Jodie subió al asiento de la carreta y emprendió el camino de dos horas hasta la caravana.

Llegó antes del mediodía y se dirigió directa al campamento de Jared. Donna estaba sentada en un barril, con las manos pequeñas abrazando una taza de café. Apenas saludó a Jodie pues miraba fija al frente, pálida.

Rita, junto al fuego, cuidaba una olla de sopa cuyo olor Jodie reconoció al instante.

—¿Cómo están las cosas en el campamento?

Jodie le dio un resumen rápido, sin mencionar a Mark Larson.

—Voy a necesitar algunas cosas: una pala para enterrar al hombre que murió en la noche, mantas y dos tiendas. Podemos usar la de la señorita Sadie para una. ¿Yellow Bird está acampando contigo?

—Sí. Su tienda está vacía, pero sigue en pie. Tendrás que desmontarla y enrollarla.

Jodie miró a Donna.

—¿Crees que Johnny y Buddy podrían desmontarla y cargarla en la carreta por mí?

A Donna se le llenaron los ojos de lágrimas y se cubrió el rostro con las manos. Rita se acercó y la rodeó con sus brazos pequeños.

—¿Qué sucede? —preguntó Jodie, con las manos en las caderas—. En serio. Dímelo.

Rita la miró con el ceño fruncido, la voz suave, el tono sereno.

—Jodie… Johnny tiene cólera. Ayer empezó con síntomas y, en lugar de mejorar, va a peor.

La noticia le golpeó el pecho y la dejó sin aliento. Quizá fue lo mejor: Donna lloró su frustración y su miedo en el hombro de Rita hasta quedarse sin lágrimas. Cuando Jodie pudo volver a hablar, buscó aire.

—En cuanto empiece con la sopa de la señorita Sadie, se repondrá. Ya lo verás.

Donna alzó la cabeza de golpe y la fulminó con una mirada enfadada.

—Oh, Jodie, deja de intentar parecer alegre. Quizá muera como murió mi madre o mi padre. Quizá también muera Jenny, y luego lo hará Jared y mi bebé. ¿Cómo sabes que no sucederá? ¿Qué sabes de nada?

El filo de aquella ira dejó a Jodie inmóvil. No encontró palabras. Rita le dedicó una sonrisa comprensiva, pero no la defendió. Jodie

creyó entenderla.

—Será mejor que me vaya.

Hizo una pausa, se acercó a Donna y le tocó el hombro.

—No te preocupes. No te guardaré rencor por gritarme. Yo también sentía esa rabia cuando Buddy estaba tendido, enfermo, y no podía hacer nada para que se pusiera bien.

Donna alargó la mano y apretó la de Jodie con fuerza inesperada.

—Gracias, Jodie.

—Tengo una pala entre mis cosas —dijo Rita—. Puedes tomarla prestada. Y hay un par de mantas de sobra.

—Te lo agradezco. ¿Sabes si hay alguna tienda extra en el campamento?

Rita apartó la mirada.

—No sé si es apropiado o no.

—¿El qué?

—Toda la familia Shewmate ha desaparecido.

—¿Jenny? —Jodie contuvo el aliento—. Pero iba a tener un bebé.

La mirada de Rita era seria y triste.

—Lo sé. Barnabas enfermó antes incluso de que la enterráramos. Grant dijo que debió de ocultarlo cuanto pudo. Cuando cayó de verdad, ya era tarde.

Entonces, ¿de qué servían la quinina o la sopa de cebolla si la gente iba a morir de todos modos? Antes de que Jodie pudiera soltar la amargura que le subía a la lengua, Donna respiró con cansancio.

—Hablaré con Jared para que te dé la tienda. Él y otros hombres están enterrando a Barnabas ahora mismo.

Con una tragedia tan absurda flotando en el aire, a Jodie se le fue cualquier deseo de conversar.

—Volveré cuando cargue todo lo que necesita la señorita Sadie.

Cruzó el campamento sin detenerse. Nadie la llamó a ninguna hoguera. Casi todas las familias parecían cocer cebollas. ¿Estaban todos afectados?

Llegó al claro vacío que Yellow Bird y la señorita Sadie habían compartido. El silencio era inquietante, y el hedor inconfundible del cólera impregnaba el aire. De pronto, el estómago de Jodie se rebeló y cayó de rodillas mientras las arcadas la sacudían.

Apenas notó la mano que le sujetó la cabeza, pero supo que alguien se había arrodillado a su lado. Cuando se repuso, se dejó caer de costado. Tiritaba en la nieve, miserable, dolorida. Unos brazos fuertes la alzaron y la llevaron contra un pecho cálido que vibraba al compás de una plegaria.

—Señor, esto no. Por favor, no me quites otra mujer.

Capítulo 10

—No es más que un estómago delicado y agotamiento—. Grant sonrió para sí mientras le comunicaba el diagnóstico a Jodie a la mañana siguiente, después de que ella hubiera dormido toda la noche. En realidad había dormido como un tronco sobre un grueso colchón en la tienda de la señorita Sadie. La habría llevado a la suya, pero las protestas por decencia la habrían traído de vuelta de todos modos. Colocó a Buddy a su lado y la vigiló él mismo cada hora.

Ella le devolvió una sonrisa avergonzada.

—Me siento muy estúpida, Grant.

—No lo estés. Siéntete bendecida. Mucha gente en esta caravana cambiaría gustosa el cólera por un poco de vergüenza.

A Jodie se le tiñeron las mejillas.

—No quería decir eso.

Se echó hacia atrás la larga trenza, de modo que descansara en la suave curva de su espalda.

—¿Cómo está Johnny?

—Mejorando. No debes preocuparte por él, y debes descansar si quieres recuperarte.

Asintió con seriedad, sin su habitual resoplido.

—Me gustaría descansar, pero no creo que deba dejar sola a la señorita Sadie. Anoche volvió a nevar.

—No te preocupes. Rita nos dijo lo que hacía falta. El señor Harrison se ofreció a llevar todos los suministros. Tu padre fue con él

para enseñarle el camino. Lo único que tienes que cargar es tu tienda, aquí.

Jodie jadeó y se volvió hacia él con ferocidad, soltando un gemido.

—Oh, Grant. ¿Es que no tienes seso?

Grant frunció el ceño, dolido.

—Quizá te interese saber que considero una buena señal que Benson se ofreciera a acompañarlo. Parece que le ha tomado cariño al señor Harrison. Tal vez un verdadero amigo lo ayude a querer ser mejor persona.

Ella soltó una risa amarga mientras se deslizaba a su lado, agachándose para pasar por la entrada con todas las mantas, lo único que quedaba dentro de la tienda.

Grant la siguió.

—¿De qué te ríes?

—No conoces a muchos forajidos, ¿verdad?

—Últimamente, a muchos más de los que jamás pensé conocer.

Ella tuvo la decencia de sonrojarse, pero se dispuso a desmontar la tienda. Grant la ayudó, arrancando las estacas y, al final, enrollaron la lona y la cargaron en la carreta. Luego él acercó el yugo al cuello de los bueyes.

—Espero que no haya pasado nada grabe. Últimamente andamos escasos de buenas noticias.

—No te preocupes, Jodie. Todo esto terminará pronto. Esta mañana no he tenido ningún caso nuevo.

—Menos mal.

—Rita dice que deberías ir a desayunar con ella y Yellow Bird.

Grant seguía dándole vueltas a qué había molestado tanto a Jodie al saber que el señor Harrison y Benson llevarían provisiones a

la señorita Sadie. Le vino a la memoria la advertencia de Benson: que Jodie tenía un motivo oculto para unirse a la caravana. Lo más probable era que Benson intentara desviar las sospechas que pesaban sobre su propia alma hacia su hija. Por mucho que detestara cerrar los ojos a la evidencia, no podía creer que Jodie fuera tan engañosa. Era demasiado franca; solía decir lo que pensaba, la mayoría de las veces. Y a veces, de más. Con eso en mente, a Grant le costaba aceptar que escondiera algo.

—¿Vienes?

La pregunta de Jodie lo tomó por sorpresa y lo sacó de sus cavilaciones. Negó con la cabeza.

—Tengo que hacer algunas rondas antes del servicio. Nos vemos luego.

Dudó mientras ella se alejaba. Entonces, una ráfaga de energía le levantó el ánimo y le soltó la voz.

—¡Jodie! —la llamó.

Ella alzó las cejas.

—¿Olvidaste algo?

—bueno, yo… ¿Podría acompañarte?

Tragó saliva. ¿Estaba listo para decirlo? Quizá tenía demasiadas preguntas en la cabeza como para escuchar con claridad al corazón.

—No creo que sea una buena idea, tú ya tienes demasiado trabajo aquí. ¿Algo más, Grant? Tengo bastante hambre. Además, no quiero hacer esperar a Rita.

—Eso es todo.

Desanimado, se dio la vuelta y se dirigió a la carreta de la señorita Sadie, donde había dejado su bolsa mientras ayudaba a Jodie con la tienda. Definitivamente, no había salido como esperaba. Y quizá fuera mejor. Una epidemia de cólera no parecía el momento adecuado para empezar a cortejar a una muchacha.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó Jodie con la boca llena de pan de maíz de la cena de la víspera. Rita se reía a carcajadas y Yellow Bird sonreía en silencio, sentada con las piernas cruzadas en la tienda mientras amamantaba a Little Sam.

Rita le tendió una taza de café.

—¿Grant te pidió acompañarte?

—No veo qué tiene eso de gracioso.

—¿De veras eres tan ingenua, amiga mía?

Indignada, Jodie dejó la taza en el suelo.

—No me voy a quedar aquí para que me insultes.

Se puso en pie.

—Oh, vuelve a sentarte, tonta —pidió Rita, sirviéndose otra taza antes de acomodarse cerca del fuego—. ¿No sabes por qué te lo pidió Grant?

—Al principio no lo entendía —admitió Jodie. Se sentó de nuevo y tomó su taza—. Pero cuanto más lo pensé, más claro lo vi: seguramente quiere salir un rato del campamento para despejarse. Como yo suelo hacer.

Rita negó.

—Jodie, cuando un hombre le pide a una mujer acompañarla, y más en estas condiciones, es porque desea cortejarla.

Un buen bocado de pan de maíz se le fue por mal sitio y se le atascó, haciéndola toser mientras la mente se rebelaba ante la idea.

—¡Grant! —exclamó—. Estás loca. No es eso lo que quería decir.

—¿Quieres que se lo pregunte? —La mirada presumida de Rita no dejaba lugar a dudas.

—¡No!

—Entonces admítelo. Sabes que eso quería decir Grant. Quiere cortejarte.

Yellow Bird cambió al bebé de pecho.

—El doctor es un buen hombre.

Jodie dio otro sorbo.

—Esa es tu opinión —murmuró.

No era justo dejarlo así, no cuando él había ayudado a salvar la vida de Buddy y se había dejado el alma atendiendo a la caravana.

—Bueno, es un buen hombre, pero esa no es la cuestión.

Rita volvió a poner la cafetera al fuego y la miró de frente.

—No sé por qué sigues fingiendo que no hay nada entre Grant y tú. Cualquiera con ojos ve cómo te mira.

A Jodie se le revolvió el estómago. Bebió otro trago. No podía ser. ¿Cómo había sido tan tonta de dejar que Grant pensara que tenía derecho a cortejarla? Una cosa era renunciar a su deseo de venganza. Otra muy distinta era… Bueno, no es que jamás lo hubiera imaginado. Y no le resultaba tan repulsivo como Mark, por ejemplo, pero aun así…

Dejó la taza vacía y se puso de pie de un salto. Tal vez, de alguna forma, le había dado a Grant una idea equivocada sobre la naturaleza de su relación, pero sin duda podía hacer algo para disuadirlo de ir más allá. Sin decir palabra a Rita ni a Yellow Bird, salió de la tienda al gélido aire de octubre y echó a andar. No sabía a dónde iba, pero una cosa tenía clara: ¡no volvería hasta encontrar a Grant y decirle un par de cosas!

Una punzada brutal atravesó a Benson cuando se inclinó para verter café en la taza de la señorita Sadie. Soltó un gemido cuando el líquido estuvo a punto de derramársele en el regazo.

—Por Dios, Benson Russell. Dame eso antes de que te quemes la mano.

La señorita Sadie le quitó la cafetera y se irguió.

—Siéntate.

Maldita sea, pensó, aquella mujer era de las que daban órdenes. Nunca había permitido que nadie —y menos una mujer— le mandara. Pero, en ese momento, sentarse era lo más sensato. Ella regresó al fuego, dejó la cafetera junto a la olla de sopa y volvió a plantarse delante de él, con las manos en las anchas caderas, con esa mirada severa que él solía detestar en una mujer.

—Sé que no tienes cólera. No se presenta así. ¿Qué te pasa, Benson?

Él hizo un gesto de dolor y le sujetó la muñeca.

—No hables tan alto. ¿Quieres avisar a todo el campamento de que estoy enfermo?

La señorita Sadie se dejó caer en el banco que Yuley le había fabricado con piezas viejas de una carreta abandonada.

—Está bien —concedió, bajando la voz, como si entendiera lo delicado de su situación—. Ahora dime qué te pasa.

Había disimulado el dolor durante tanto tiempo que, ahora que resultaba imposible ocultarlo, se sentía desnudo.

—No sé muy bien qué es. Llevo un tiempo con un dolor que va a más. Y no puedo…

Si fuese el tipo de mujer con el que él solía tratar, no le importaría ofenderla. Pero había algo en ella que lo movía a comportarse con corrección.

—¿Qué no puedes hacer?

Exhaló cuando la punzada comenzó a aflojar.

—No puedo ir… al retrete. Si sabes a qué me refiero.

Esperaba que lo supiera.

Los ojos de la mujer se agrandaron, pero fue la única señal de sorpresa ante su confesión. La gente decente no hablaba de esas cosas. Incluso él lo sabía. Pero no debía haber preguntado si no quería oírlo.

—¿Hablaste con el doctor Kelley?

El simple nombre le dejó mal sabor de boca.

—No, señora, y no pienso hacerlo.

No después de que insinuara que no era buen padre por dejar que Jodie se fuera sola a cuidar a los hombres. ¿Cuándo le había hecho caso esa chica? De hecho, cuando ella lo ayudara con este último trabajo, pensaba dejarla libre para que siguiera hacia el oeste o hiciera lo que quisiera.

La señorita Sadie lo observó un momento, dio un sorbo a su café y se encogió de hombros.

—Supongo que eso es cosa tuya.

—Espera. ¿Qué crees que tengo?

—No soy médico —repuso—, pero he visto síntomas parecidos. El buen párroco de mi pueblo sufría una enfermedad degenerativa. Se agarraba el costado igual que tú. A veces le dolía tanto que se desmayaba.

Por suerte para Benson, eso solo le había pasado una vez y nadie le prestó atención. Creyeron que se había echado una siesta.

—¿Una enfermedad degenerativa, dices?

A Benson se le encogió el corazón. Si padecía lo que sugería la señorita Sadie, no tenía mucho sentido robarle el dinero a Harrison. De todos modos, no estaría allí para gastarlo.

Capítulo 11

Johnny Kinston por fin estaba fuera de peligro. La combinación de sopa de cebolla y dosis de quinina había frenado el cólera que amenazaba con devorarle las entrañas. En las últimas horas había logrado retener unos bocados de caldo y varios sorbos de agua. No era mucho, pero infinitamente mejor que antes, cuando se ponía violentamente enfermo con el más mínimo trago.

Buddy miró a su amigo pálido, dormido, y negó con la cabeza.

—Espero que se recupere como yo.

La voz se le quebró, y Grant sospechó que tenía poco que ver con los cambios de la adolescencia y mucho con el peso de la responsabilidad que cargaba aquel muchacho. Sintió una punzada de compasión.

—No es culpa tuya, Buddy.

A Buddy se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Estaba enfermo cuando llegué al campamento. Si no fuera por mí, nadie más se habría enfermado y muerto.

Con rabia, se secó las mejillas.

—No lo hiciste a propósito —repuso Grant, guardando la botella de quinina en su bolsa—. Nadie te culpa.

Sabía que no era del todo cierto. Muchos, sobre todo quienes habían perdido a los suyos, sí lo señalaban. Grant incluso había oído murmurar el nombre de Jodie, por el parentesco entre ambos. Jared había sofocado media docena de conatos de alboroto de quienes

querían echar a los Russell. Solo el hecho de que Jodie hubiera ayudado a tanta gente y llevado tanta carne al campamento había evitado que los susurros prendieran fuego.

Buddy se metió las manos en los bolsillos del pantalón y negó con determinación.

—Voy a compensarles. A toda la gente que ha perdido a su familia.

—Ya lo estás haciendo muy bien. No sé qué habría hecho sin ti estos días. Y apenas habías salido de tu lecho de enfermo, estabas más débil que un potro recién nacido. Da por saldada tu deuda con esta caravana y siéntete orgulloso.

Aunque mantenía los ojos húmedos y la voz temblorosa, el ánimo de Buddy pareció alzarse con aquellas palabras mientras se acercaban a la entrada de la tienda.

—¿Crees que podría ser médico?

Grant sostuvo la lona para que el chico saliera primero.

—No veo por qué no. Tendrás que estudiar, pero eres despierto; te iría bien.

La expresión de Buddy se nubló.

—No veo cómo podría ir a la universidad. Dudo que papá me deje.

Grant le palmoteó el hombro.

—No te preocupes por eso ahora. Tienes tiempo. ¿Qué tal si te presto un par de mis libros de medicina?

De pronto, el rostro de Buddy se iluminó y los ojos le chispearon de alegría.

—¡Sí, señor! Me encantaría.

—Muy bien. Ve a asearte y prepárate para el servicio; yo escogeré un libro y te lo llevo a la reunión.

—¡Sí, señor!

Buddy salió corriendo. Grant sonrió para sus adentros. La piel del muchacho prácticamente colgaba de los huesos por la enfermedad, y, si tenía que apostar, tampoco había estado bien alimentado antes del cólera. Tomó nota mental de asegurarse de que Buddy recibiera raciones extra.

Con Benson y la señorita Sadie fuera, y Jodie marchándose de nuevo justo después del servicio, pensó que tendría que recurrir a algunas mujeres del tren —como la señora Kane y Rita— para garantizarle comidas regulares y nutritivas.

—¡Grant Kelley!

La voz airada de Jodie lo dejó clavado en el sitio; todos los pensamientos sobre el bienestar de Buddy se esfumaron.

Se volvió, consciente de cómo se le aceleraba el pulso al ver la figura esbelta de ella, enfundada en camisa y pantalones de ante. En el campamento decían que Jodie no era femenina, que incluso quería parecer un hombre, pero Grant nunca había sido más consciente de su feminidad que en ese momento, cuando avanzó hacia él con los ojos encendidos y la trenza rebotando a cada paso.

—¿Pasa algo?

Se tensó. Cuando Jodie estaba enfadada —y parecía estarlo con él— no convenía bajar la guardia.

—Sí —enderezó los hombros y entornó los ojos—. Rita dice…

Su vacilación lo intrigó. Jodie rara vez se quedaba sin palabras. No es que siempre tuviera razón en lo que soltaba, pero pensar antes de hablar no era precisamente su hábito.

—¿Rita dice qué?

Por Dios, le resultaba adorable incluso ahora, con la nariz en alto y los labios apretados como una maestra de escuela de Boston. Y había visto muchas de esas en su infancia en el Este.

Su sonrisa pareció darle el empujón que le faltaba.

—Rita dice que cuando me preguntaste si podías acompañarme…

Se detuvo otra vez, esta vez con las mejillas encendidas y apartando la mirada.

A él se le calentó el cuello. No era muy apropiado que lo planteara así, y aún le escocía la respuesta indiferente que ella le había dado.

—¿Qué intentas decir, Jodie?

Ella tomó aire, y por el movimiento del pecho él supo que estaba a punto de soltarlo todo. Se preparó.

—Rita dijo que me preguntaste si podías cortejarme. ¿Es cierto?

Sin esperar respuesta, acortó la distancia entre ambos, lo que a él le dificultaba concentrarse en sus palabras. Ajena a ese detalle, continuó:

—Porque si es así, y más vale que no llames mentirosa a Rita o responderás ante mí, si es así puedes olvidarte, porque no me interesa que tú ni nadie me corteje. Pero especialmente tú.

La expresión se le suavizó un punto y vaciló.

—Bueno, no especialmente tú. Simplemente nadie.

A pesar de su negativa, una oleada de afecto atravesó a Grant. Aquella impetuosidad… y, al instante, su rectificación para no herirlo.

¿Cómo podía una mujer no entender los rituales del cortejo? Sabía que se había criado en un campamento de forajidos, pero siempre había dado por hecho que las mujeres nacían sabiendo manejar las sutilezas del romance. Algo en la situación lo divertía. Ese encanto, unido al afecto, fue lo único a lo que pudo atribuir lo que hizo a continuación.

Se inclinó, le tomó las manos y le posó un beso en la mejilla antes de que alcanzara a apartarse.

Ella retiró las manos de golpe y se llevó la palma a la cara, retrocediendo, con los ojos abiertos de par en par.

—Yo… ¿cómo…?

Incluso su titubeo le pareció encantador.

—¡Cómo te atreves a besarme!

Indignada, parecía quedarse sin aire. Él le rozó el brazo con los dedos, en un gesto de calma.

—Jodie, tranquilízate.

Como era de esperar, se zafó.

—No me digas que me relaje, tú… tú…

—¿Un canalla?

—¡Peor que eso! Pero no lo diré delante de esta buena gente cristiana.

Grant miró alrededor: empezaban a arremolinarse curiosos. Algunos divertidos, otros indignados, otros indiferentes. No estaba dispuesto a quedar como un necio.

Alzó la mano.

—No pasa nada, amigos. Solo vamos a ver cómo está Johnny Kinston.

Le tomó el brazo y la condujo hacia la tienda, lejos de las miradas. Para su sorpresa, ella no protestó cuando él corrió la cortina y se hizo a un lado para dejarla pasar primero.

—Mira —se adelantó él, antes de que volviera a encenderse—. Siento haberte besado en la mejilla, ¿de acuerdo? Me salió porque me resultó entrañable que no supieras que estaba intentando cortejarte.

Ella se ruborizó más.

—¿Así que te estabas burlando de mí?

—Por supuesto que no. ¿Por qué te ofendes siempre por lo que no es?

—No lo hago —cruzó los brazos—. Solo me ofendo cuando me besan sin mi permiso. ¿No tengo derecho a decidir quién se me acerca tanto?

La barbilla empezó a temblarle. Grant luchó contra el impulso de atraerla.

—Otra vez: perdón. No fue muy honorable no pedirte permiso antes.

—¿De verdad?

Imaginó que aceptar una disculpa no encajaba con su manera de plantarse en el mundo.

—De verdad. Ahora hablemos del motivo por el que viniste a buscarme.

—¿Qué motivo?

La mirada se le aclaró de repente.

—Ah, sí. Quieres cortejarme. ¿Es eso cierto?

—¿Y si lo fuera?

El corazón le martilleaba. Ya había puesto algo en marcha; no podía retroceder, aunque ella acababa de decir que no quería pretendientes. Se sintió torpe.

Jodie parecía igual de nerviosa. Tomó aire y abrió mucho los ojos.

—¿Es cierto?

El tono había bajado, pues ya no sonaba tan a la defensiva. Grant se animó. Para no asustarla, mantuvo la distancia y resistió la tentación de tomarle de nuevo las manos.

—Supongo que sí.

La expresión de Jodie se ensombreció. Sus ojos marrones, suaves, buscaron comprensión.

—Ni siquiera deberías pensar en mí de esa manera, Grant. No es posible.

—Podría serlo, ¿no?

El hecho de que no hubiera empezado a gritar le dio coraje.

—A menos que Benson tuviera razón y estés prometida a otro.

La sorpresa la dejó helada por un instante.

—¿Qué tiene que ver Benson con esto? ¿Has estado hablando con él sobre mí?

—En realidad, no. Solo pensé que debería haber ido contigo para asegurarse de que estabas a salvo, y me dijo que no me metiera en sus asuntos. Parecía creer que mi interés por ti era algo más que casual, y se tomó la libertad de decirme que estabas prometida a un hombre de su banda.

—Pues no lo estoy. Mark Larson me repugna, y no sé por qué Benson prometió que algún día me casaría con él, porque antes moriría.

La vehemencia no dejaba lugar a dudas. Aquello lo animó… y lo inquietó. ¿Y si Benson insistía? Aunque ella tomaba distancia de su padre, parecía seguir bajo cierta sombra suya.

—Tal vez no deberías devolver tú la tienda a la señorita Sadie. ¿Y si te quedas y dejas que otra mujer, Amanda Kane, quizá, te sustituya?

—No te preocupes. Mark se largó del campamento anteayer por la noche. Dudo que vuelva.

Él había pensado más en Benson, pero le inquietó que Jodie mencionara primero a Mark. Y aunque habló con convicción, un destello de duda cruzó sus ojos. Grant no quedó convencido.

—Aun así, quizá no deberías ir.

—Voy a ir.

La determinación le recordó la manera en que Donna se plantó ante Jared dos noches atrás para acompañar a Jenny Shewmate en el parto. El mismo espíritu indomable de la esposa del rastreador y mano derecha de Jared. El tipo de temple que una mujer necesitaba para sobrevivir en el Oeste. El tipo de mujer que él necesitaba por esposa.

—¿Por qué me miras así?

La voz de Jodie lo devolvió al presente. Antes de responder, la luz entró cuando se abrió la solapa y Donna se deslizó dentro, como invocada por sus pensamientos. Miró de uno a otro.

—¿Interrumpo?

Jodie negó.

Donna se volvió hacia Grant.

—¿Cómo está Johnny?

Él se obligó a concentrarse en el paciente.

—Mejorando. Pero deberá guardar cama y tomar caldo. Estará débil un tiempo, aunque creo que saldrá adelante.

El cuerpo cansado de Donna se aflojó con alivio.

—Alabado sea Dios.

Jodie sonrió y le pasó un brazo por los hombros.

—¿Ves? Te dije que Grant lo ayudaría a superar esto.

Las palabras le dieron a Grant justo en el estómago.

Donna también sonrió.

—Claro que sí. Incluso cuando yo no estaba siendo muy amable contigo.

Jodie se sonrojó.

—Te dije que no te lo iba a echar en cara, ¿no?

Grant observó el intercambio. El hecho de que Jodie no hubiera contado a Donna lo que pensaba reforzaba lo que él llevaba tiempo creyendo: Jodie Russell tenía más potencial del que nadie le reconocía. Una vez que uno llegaba al fondo, brillaba como la estrella polar. Y él tenía toda la intención de ser el hombre que empuñara el cincel.

Capítulo 12

Ni siquiera el aire gélido menguaba la alegría que Jodie sentía al sentarse en la reunión bíblica con el resto del campamento. Habían trabajado tanto últimamente que las reuniones dominicales habían sido escasas para los pocos que encontraban tiempo de asistir. Nadie culpaba a los ausentes. Apenas alcanzaba para un versículo y una oración antes de que Jared los hiciera viajar todo el día. Ni siquiera los más devotos se quejaban del ritmo ni de avanzar en el día del Señor: todos comprendían lo que estaba en juego si no llegaban a las Montañas Azules antes de que la nieve fuese demasiado profunda. Pero hoy, además de que la caravana seguía detenida por enfermedad, la gente necesitaba la esperanza que daba reunirse para adorar.

Eran menos y más humildes que la última vez. Casi todas las familias habían perdido a un miembro o a un amigo. En los últimos días habían muerto treinta personas, y la caravana entera parecía no saber cómo seguir. Por eso, según le confió Rita, Sam había decidido oficiar un servicio formal aquella mañana.

Jodie intentó ignorar las miradas airadas que algunos dirigían a Buddy. Si tan solo conocieran a su hermano… Era el chico más dulce que cualquiera podría desear conocer. Aunque una persona, al menos, no parecía culparlo: Jenny Kinston se sentó a su lado y compartió de buen grado su Biblia mientras Sam, erguido en la portezuela de la carreta de Rita, predicaba sobre la fidelidad de Dios.

Jodie repartió su atención entre las miradas contra Buddy, el embeleso de Jenny y el sermón de Sam. No escuchó gran cosa, pero cuando él dijo: «Con Dios todo es posible», se animó y decidió

prestar atención. «Él nos ha ayudado a superar un tornado, a los indios, a los forajidos y ahora al cólera». La voz del explorador medio indio, predicador del campamento, no vaciló. «Podemos confiar en que Dios nos ayudará a vencer a los otros gigantes que enfrentamos y nos llevará a la tierra prometida».

—¿Cómo puedes decir que Él nos ha traído hasta aquí? —La tensión se hizo palpable cuando Ralph Crane dio un salto y se puso en pie—. Respóndeme, mestizo.

Jodie se encendió al oír el término, pero sabía que él estaba de duelo y decidió no enfrentarlo. Además, Sam parecía capaz de manejar la situación.

—Tú sigues aquí, ¿no? —respondió él con voz compasiva.

El rostro del hombre, bañado en lágrimas, negó una y otra vez, como luchando por ordenar las ideas.

—¿De qué me sirve estar aquí si mi hijo se ha ido?

Se volvió y señaló a Buddy. Jodie se tensó, llevó la mano al revólver y acarició la culata, inclinándose hacia delante, dispuesta a lo que hiciera falta para proteger a su hermano.

—¿Cómo puede seguir vivo cuando mi hijo se ha ido?

Buddy palideció; el miedo le sacudió la voz y las manos, pero miró a Sam.

—Yo también quisiera saberlo, predicador.

Su respuesta desconcertó al acusador. El resto guardó silencio. Buddy no había terminado. Se puso en pie, aún mirando a Sam.

—Nunca supe mucho de Jesús ni de estas cosas hasta que me uní a este campamento. Y todavía me pregunto por qué un hombre tan bueno moriría por alguien que no ha sido tan bueno.

—¡No intentes meter a Dios en esto, chico! —Ralph había recuperado la voz y, para consternación de Jodie, el sincero discurso de Buddy no parecía apaciguar al padre afligido—. Tú y tu padre nos trajisteis el cólera.

Eso fue cuanto Jodie pudo soportar. Se alzó de un salto.

—Ralph, será mejor que cierres esa bocaza. Sé que lloras a tu hijo y es natural querer culpar a alguien, pero aquí no hay a quién culpar. Mi hermano se cayó del caballo porque estaba tan enfermo que no podía sostenerse en la silla, y los exploradores lo trajeron al campamento. ¡Y no me arrepiento de que lo hicieran! Por mucho que culpes a Dios por llevarse a tu hijo, yo le doy gracias por salvar a Buddy.

—¿De verdad, Jodie? —Buddy abrió mucho los ojos, sorprendido.

Irritada, ella le lanzó una mirada.

—No te metas, Buddy. Por supuesto que me alegro de que estés vivo.

Pero él no se dejó frenar:

—¿De verdad crees en Dios y en Jesús, como esta gente?

La pregunta dejó a Jodie sin palabras. Se encogió de hombros.

—Sí, creo. En mi corazón sé que crecimos en un lugar oscuro y que este lugar es luminoso. Incluso con problemas y penurias, aquí hay bondad y esperanza. Lo vi enseguida. Creo que solo alguien que conoce a Dios puede tener eso.

—¿Y tú lo conoces? —insistió Buddy—. ¿Como ellos?

Jodie notó las palmas húmedas y como todos los miraban a ellos dos.

—¿Por qué haces tantas preguntas?

—Porque quiero conocerlo como lo conoce el doctor y como lo conocen ellos. Rezán y de veras creen que Dios los oye.

No hacía mucho, Jodie se había sentido tonta por hablar con Dios.

—Bueno, no tiene sentido rezar al aire, ¿no?

Rita se acercó y le rodeó los hombros.

—¿Quieres responder a la pregunta de Buddy?

Jodie tragó para contener las lágrimas y apartó de su mente a Ralph y sus acusaciones.

—¿Si conozco a Dios?

Rita asintió. Decir que sí sería mentir, pero tampoco era que no lo conociera: llevaba tiempo asistiendo a las reuniones; incluso había orado. Al final, se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Hoy puedes estar segura, si quieres —dijo Sam.

Jodie había visto a otros dar un paso al frente y unirse a la «familia de Dios», como decían. A veces se había burlado en silencio; otras, se ponía a la defensiva y se marchaba. Ahora no deseaba nada de eso.

Buscó a Buddy con la mirada para preguntar si quería ir con ella, pero el chico ya se había adelantado. Entre murmullos de alabanza, se arrodilló ante un altar improvisado de madera y barriles de pepinillos y entregó su vida a Dios. Antes de que Jodie entendiera qué ocurría, también avanzó, con las piernas temblorosas, y se unió a él. Quince minutos después se levantó con el interior encendido y los pulmones llenos de aire limpio.

Pronto estuvo rodeada de mujeres dispuestas a abrazarla.

—Hermana Jodie —la llamaban, arrancándole sonrisas tímidas.

De repente, la rueda de mujeres se abrió y Grant quedó ante ella, con el rostro iluminado por una sonrisa tierna y los ojos húmedos. No dio un paso más, pero abrió los brazos.

—¿Puedo?

Una risa brotó de lo hondo y salió por su garganta mientras asentía y se hundía en su abrazo.

Por el rabillo del ojo vio a un hombre acercarse a Buddy. Se tensó en los brazos de Grant y se apartó al reconocer a Ralph frente

a su hermano. Se le heló la sangre. Solo veía a Buddy, desangrándose en el suelo. Igual que Clem.

Grant siguió su mirada y le tocó el brazo.

—Espera —susurró—. Mira la cara de Ralph. Eso no es ira.

El rostro curtido estaba anegado en lágrimas. Le tendió un libro a Buddy.

—La Biblia de mi hijo.

Buddy aspiró en seco.

—No sé qué decir, señor. No me parece bien quitársela.

Aun así, miró el libro como un hambriento mira un buen filete de venado.

Ralph respiró con dificultad.

—Le pregunté por qué Dios te había perdonado la vida. Ahora lo sé.

—¿Señor? —dijo Buddy con los ojos inundados, sin molestarse en secarlos.

—Samuel conocía a Jesús desde niño. Estaba preparado para irse. Tú no. Aún no sé por qué Dios se llevó a un hijo tan bueno, pero sí por qué te trajo aquí y no te dejó morir. Me parece justo que te quedes con la Biblia de Samuel. Ese libro era su orgullo y su alegría —sonrió con dolor—. La gastó de tanto leerla.

Finalmente, Buddy alargó la mano y la tomó. La abrazó con fuerza.

—La atesoraré, señor. No la perderé de vista.

—Atesora las palabras que guarda. Te enseñarán a vivir.

El asombro se dibujó en el rostro del chico.

—¿De veras?

—Cada palabra está inspirada por Dios. Yo lo creo. Aunque lo olvidé por un tiempo.

—¡Gracias, señor! Gracias.

Ralph contuvo otro torrente de lágrimas, se aclaró la garganta, palmoteó el hombro de Buddy y se dio la vuelta. Los viajeros le abrieron paso.

Jodie alzó la vista hacia Grant. Él la miraba, sonriendo. Se inclinó para secarle con el pulgar unas lágrimas que ella no sabía que tenía. De pronto, tímida, apartó la mirada. Aún pululaban preguntas en su cabeza. Aún quedaban cosas que confesar. Sabía que quería a Grant, pero, al leer en sus ojos cuánto la quería él, no pudo corresponder al optimismo que se reflejaba en su rostro. La asaltaban las dudas. Pese a su nueva condición en la familia de Dios, todavía había demasiados secretos entre ellos.

¿Cómo podrían superar esos obstáculos y estar juntos? Sam había dicho que con Dios todo era posible. Pero ¿cómo, ante algo tan imposible como esto? Jodie no soportaba que él la mirara de ese modo. No ahora. Tomó aire.

—Tengo que irme.

Él soltó una risita incrédula.

—¿Qué quieres decir?

—La señorita Sadie espera la tienda. Volveré en unos días.

Lo dejó mirándola, sin duda confuso. Si él supiera lo que ella sabía, lo entendería. Tendría que contárselo pronto. Solo esperaba que no la odiara para siempre cuando descubriera que fue por su culpa que su amada esposa murió.

Grant la siguió con la mirada, negando con incredulidad ante su abrupta salida. ¿Cómo podía vivir un momento tan trascendental y marcharse como si nada? No solo eso: acababa de darle la primera señal real de que quizá compartía sus sentimientos. ¿Y se iba sin más?

La determinación lo empujó, y agradeció que quienes la felicitaban ralentizaran su huida. Eso le dio margen para alcanzarla antes de que se alejara más de unos pocos metros.

—Jodie, espera.

Ella siguió andando, sacudida por una respiración entrecortada.

—Ahora no, Grant.

—No puedo dejar que te vayas como si nada hubiese pasado.

Negó con la cabeza; en sus ojos había… ¿tristeza?

—Tengo que irme. Volveré tan pronto como la señorita Sadie diga que esos hombres se van a recuperar. Entonces tendremos que hablar, pero ahora no puedo. Por favor, entiéndelo.

—Quiero. De veras. Pero esos hombres no merecen tu atención, Jodie. Son forajidos, ladrones. Asesinos.

Ella se estremeció.

—Cuidaste de Buddy cuando debías de saber que formaba parte de la banda que nos atacó aquel día. Fingías darnos el beneficio de la duda, pero solo un tonto no lo habría sospechado. Imagino que Jared nos echará en cuanto termine la epidemia.

—Eso no lo sé. Pero Buddy era distinto. Es un niño. Los otros son hombres hechos y derechos y saben lo que hacen, y no les importa a quién hieren.

—A algunos sí les importa, Grant —dijo con sinceridad—. Hay un muchacho llamado Yuley. No es mucho mayor que yo, pero, en su mente, es como Alfie Harrison. Él y su hermano Cal se unieron a Benson después de que unos indios asesinaran a sus padres. A Cal lo mataron a tiros hace años, y Yuley se quedó porque nadie tiene valor para echarlo. La mayoría son buenos con él. No conoce otra vida. Cuida de los caballos cuando ellos trabajan dentro. No creo que un jurado condenara a alguien como Yuley. Así que, aunque solo sea por él, tengo que volver. Cuando me fui, estaba enfermo y lloraba la muerte de su mejor amigo, un veterano llamado Dale.

Como de costumbre, la ternura de Jodie lo dejó sin palabras. Caminaron en silencio, Jodie por delante, hasta la carreta. Grant sabía que no había forma de hacerla cambiar de idea, pero eso no

domaba la frustración de verla marchar justo cuando entre ambos empezaba algo que valía la pena intentar.

Ella subió al asiento antes de que él pudiera ayudarla. Él se quedó mirándola, con el corazón rebosante.

—Antes de que te vayas, quiero decirte algo. Hay una razón por la que no soporto a los forajidos.

—¿Solo una? En general, no tienen mucho encanto, ¿verdad?

Él extendió la mano y la posó sobre la de ella, aunque seguía aferrada a las riendas.

—No hablo en general. Mis razones son personales.

Jodie tragó; la garganta le subió y bajó.

—Lo sé, Grant.

—No. No puedes saberlo. Hace años me ocurrió algo terrible.

—Siete —dijo ella—. El mes que viene hará siete años.

Lo miró de frente.

—Escúchame.

Habló despacio, con una intensidad que parecía buscarle el alma.

—Tu esposa murió durante un ataque de forajidos. Fue en Misuri, cuando viajabais en diligencia. Le dispararon a través de la ventana. Fue un accidente. Aun así, estaba muerta antes de que la sacaras y la recostaras en el suelo.

Un escalofrío recorrió a Grant mientras sus palabras devolvían la escena con brutal nitidez. Abrió la boca, pero no halló voz. Buscó la lógica, al fin y al cabo, era un hombre instruido, y no la encontró. Entonces recordó a la joven que lloraba por su hermano a pocos pasos de él aquel día. La trenza larga. Se oyó exhalar como si le hubieran golpeado el vientre. El horror se le clavó en el pecho como una lanza.

Jodie apartó las manos de las suyas, dejando su palma expuesta al aire frío.

—Lo siento, Grant —susurró—. Lo siento mucho. Déjame ir, por favor.

Chasqueó las riendas y espoleó a los bueyes. Él podría haberla alcanzado con facilidad, pero los pies se le quedaron pegados al suelo. ¿Cómo había sido tan ciego? ¿Tan necio? No había duda de que la banda de Benson había matado a Sarah; aun ante esa verdad atroz, no sintió ira. Ni nada. Solo entumecimiento.

Prestó poca atención al revuelo que se levantó en cabeza de la caravana mientras se tambaleaba, como un borracho, de vuelta a su tienda. Fuera lo que fuese, tendrían que lidiar con ello sin él. Ya no le quedaba nada que dar.

Capítulo 13

Antes de que Jodie tirara de las riendas y detuviera a los bueyes, casi no reconoció el campamento de forajidos. El hedor y el desorden de días atrás habían desaparecido; en su lugar reinaba cierto orden. Sonrió para sus adentros, imaginando a la señorita Sadie al mando de la limpieza y arrancando ayuda a cualquiera que pudiera mantenerse en pie.

La señorita Sadie se enderezó junto al fuego y se acercó a la carreta. El alivio le ablandó el rostro al ver a Jodie de vuelta.

—Pensé que te habías contagiado de cólera, muchacha. Según tu padre, estabas tan enferma que el médico tuvo que llevarte a tu tienda. Te has recuperado muy rápido. No es que me queje —murmuró con una sonrisa cansada.

Jodie advirtió las ojeras que le sombreaban los ojos. Ahora que había regresado, quizá la señorita Sadie podría descansar un poco.

—Grant dice que fue solo malestar de estómago y agotamiento —respondió con una sonrisa avergonzada—. Demasiados olores mezclados a la vez. No pude evitarlo.

La señorita Sadie soltó una risita y la acompañó hasta la parte trasera del carro.

—No eres la primera persona que pierde una comida de esa manera.

—Supongo —concedió Jodie, deseosa de dejar el incidente atrás.

Miró por encima del hombro de la señorita Sadie. El campamento parecía desierto.

—¿Dónde está Yuley?

—Allí, ocupándose de la leña.

Jodie bajó la portezuela trasera y, volviéndose hacia la señorita Sadie, se apoyó en el carro para prestarle toda su atención.

—Menos mal que se ha recuperado.

—Sí. Dios cuida de quienes no pueden cuidarse a sí mismos.

—¿Y el señor Harrison y Benson? —soltó una breve risa—. No creía que Benson fuera de mucha ayuda, pero estaba segura de que el señor Harrison estaría trabajando sin descanso, como suele hacer en nuestro campamento.

—¿Quién crees que limpió la mayor parte del desorden y prendió fuego a la pila de leña?

Jodie se encogió de hombros.

—No lo sé. ¿Yuley?

—Cariño, por muy dulce que sea Yuley, yo no le daría un pedernal. Sería capaz de quemar todo el campamento y los árboles en un radio de un kilómetro y medio.

—Bueno, entonces, ¿dónde están Benson y el señor Harrison?

Señaló con el pulgar hacia la tienda y sus ojos se ensombrecieron y negó con la cabeza.

—Charles se ha puesto enfermo esta mañana. Ayer me pareció que estaba un poco pálido, pero nunca se sabe con certeza con un hombre que no es tuyo.

A Jodie se le hizo un nudo en el estómago y las rodillas le temblaron.

—Oh, no… Pobre señor Harrison.

—Pobre Amanda Kane —añadió la señorita Sadie, moviendo de nuevo su cabeza canosa—. Charles me dijo que pensaban casarse en Fort Boise. Le preocupa que ella vuelva al láudano si él no mejora. Ha perdido tanto en los últimos meses… su parte de dolor, casi más de lo que le corresponde. —Hizo una pausa y la miró con fijeza—. No has preguntado por Benson.

—¿Qué pasa con él? —frunció el ceño—. No tendrá cólera también, ¿verdad?

—Benson está enfermo, pero no de cólera.

Aliviada de que no padeciera la enfermedad mortal, Jodie no pudo contener una risa seca.

—Entonces, ¿de qué está enfermo? ¿De beber demasiado y dormir poco?

El gesto de la señorita Sadie se endureció.

—Podrías mostrar un poco más de respeto cuando hablas de tu padre, ¿sabes?

Jodie volvió a perder la compostura.

—Si sintiera algo por él, lo mostraría —replicó—. Lástima que se me haya acabado. —Bajó del todo la portezuela y empezó a tirar de la tienda de la señorita Sadie—. No te preocupes por Benson. Déjalo dormir y se despertará listo para beber más. Escóndele la botella o no harás que mueva un dedo.

—Te interesará saber que no estaba bebiendo. De hecho, no he visto ni rastro de ninguna botella. Es más grave que eso.

Algo en su tono hizo que Jodie se detuviera.

—Bueno, ¿y qué es entonces?

—No soy médico, pero si tuviera que adivinar, diría que padece una enfermedad degenerativa. Está siempre encorvado y favorece el lado derecho.

Jodie frunció el ceño. En su mente lo vio inclinado, con la mano apretada al costado y el sudor perlándole la frente mientras lidiaba

con el dolor. Asintió.

—Se pone enfermo de vez en cuando, ¿verdad? Yo me había… —Entrecerró los ojos al notar lo seria que estaba la anciana—. ¿Se está muriendo?

—He visto este tipo de mal antes, y los pobres casi nunca sobreviven. A veces aguantan bastante… meses, tal vez, pero después acaban por fallecer.

Jodie se quedó sin palabras. ¿Un mundo sin Benson? Es cierto que aportaba poco, no lo suficiente para compensar lo que se llevaba, pero aun así…

La señorita Sadie recogió las estacas de la tienda. Se quedó de pie con los brazos cargados y buscó su mirada.

—¿Sabes lo que más me preocupa?

Jodie negó, todavía intentando ordenar sus propios sentimientos respecto a la enfermedad de Benson.

—Si ese hombre exhala su último aliento con el alma tan negra como el alquitrán, arderá tan seguro como ese fuego de allí.

—¿Arderá? —alarmada, Jodie miró la pila de leña encendida en un extremo del campamento. Luego comprendió que se trataba de un asunto del espíritu—. Oh… te refieres al infierno. —La situación le pareció desesperada—. Benson ha estado robando y mintiendo prácticamente toda su vida. ¿Cómo va a renunciar a todo eso a tiempo para alcanzar el cielo cuando muera? Le llevaría cien años compensar todo el mal que ha hecho.

—Nunca podría compensarlo.

—Entonces no tiene sentido decirle lo que le espera al morir —murmuró Jodie, con una lástima sincera—. Ojalá hubiera cambiado sus costumbres cuando era joven, como hice yo.

La sorpresa encendió los ojos de la señorita Sadie.

—¿Qué estás diciendo?

A Jodie le dio reparo compartir su nueva vida con ella. No por vergüenza, ni mucho menos, pero era algo reciente y quería guardarlo entre Dios y ella por un tiempo. Sin embargo, ya había hablado y despertado la curiosidad de la anciana; no le quedaba opción. Bajó la cabeza y apartó la mirada.

—Esta mañana fui al lugar donde Sam celebraba el servicio.

La señorita Sadie exhaló un suspiro; las lágrimas le brillaron, contenidas.

—Por Dios… ¿me dices que hoy fuiste al altar y pediste perdón?

—Sí. Buddy también.

—Vaya —negó con la cabeza, entre emocionada y divertida—. Me he desgastado las rodillas rezando por tu alma, y Dios te atrae justo el día en que no puedo presenciar el bendito acontecimiento. —Resopló con ternura—. ¿Cómo te sientes? ¿Diferente?

—Sí. Y, en muchos aspectos, igual.

—No eres igual. Ni un poco. Cuando Jesús viene, te transforma. Eres como un bebé recién nacido, sin un solo pecado. Bueno, quizá excepto por lo que has dicho antes de tu padre y el whisky. Tienes que mostrar más respeto. Lo dice la Biblia. Incluso un padre como el tuyo merece el honor que le corresponde por serlo.

—Te lo estás inventando —protestó Jodie.

—No lo menciona por su nombre, claro, pero manda honrar a los padres para que no mueras antes de tiempo. Y si lo haces, todo te irá bien en la vida.

Jodie suspiró y cambió de tema.

—¿Dónde quieres poner la tienda?

La señorita Sadie señaló un terreno llano, no muy lejos de la tienda de los hombres.

—Allí.

—¿Estás segura? Me parece un poco cerca para ser lo correcto.

Una sonrisa bondadosa le curvó los labios, complacida con el tono burlón de Jodie.

—Con una anciana como yo en tu tienda, será de lo más apropiado.

—Con mi rifle a mano, lo será en cualquier caso.

Montaron la tienda en poco tiempo. A Jodie le pareció que la señorita Sadie estaba agotada.

—¿Entiendo que ahora todos los hombres están enfermos?

—Pero van mejorando. Erick pide que te unas a él en cuanto regreses.

—¿A mí? —frunció el ceño—. Me pregunto por qué.

—No lo ha dicho —se encogió de hombros la señorita Sadie.

—¿Está en la tienda?

—Sí, pero no vas a entrar. Mañana debería de estar lo bastante bien como para sentarse aquí fuera un rato.

—Donna y Jared te han enviado una piel de oso, así que voy a prepararte un lecho dentro de la tienda. Y creo que deberías dormir un rato.

La anciana se apoyó los puños en la zona lumbar y asintió con cansancio. Aquello sorprendió a Jodie, ya que había calculado que tendría que discutir al menos cinco minutos para que aquella mujer testaruda aceptara un descanso.

Pocos minutos después, y con la orden tajante de que no se acercara a la tienda de los hombres, la señorita Sadie se derrumbó sobre el mullido lecho que Jodie le había preparado con esmero.

A Jodie le resultaba extraño, incluso inquietante, estar en aquel campamento mientras los hombres yacían enfermos en una tienda y la señorita Sadie, agotada tras días de entregarse a los enfermos, descansaba en otra. Desenganchó los bueyes y, después de atarlos, se acercó a la hoguera. Alzó la cafetera, contenta de que al menos quedara una taza llena, aunque fuese del fondo. Sola, se sentía

perdida. La olla estaba llena de sopa y otra de estofado. Decidió hacer café para cuando la señorita Sadie despertara más tarde, o al menos podía ponerlo a hervir.

Llenó el cucharón con agua del cubo junto al fuego y fue vertiéndola en la cafetera, casi sin prestar atención a la tarea. Unos minutos después Yuley irrumpió entre los árboles del perímetro con los brazos cargados de leña. Tropezó bajo el peso y casi dejó caer la carga. Jodie dio un salto y se apresuró a ayudarlo. Sus ojos seguían oscuros y hundidos, muy parecidos a los de Buddy, pero su fuerza estaba regresando.

Sonrió ampliamente, mostrando los pocos dientes que le quedaban en la boca.

—¡Me alegro de verla, señorita Jodie!

—Me alegro de verte en pie, Yuley. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor. Pensé que iba a morir como Dale. ¿Quiere ver dónde lo enterramos? No llegó a despedirse.

Eso era lo último que Jodie quería hacer. Ya había visto suficiente muerte. Dale tendría que arreglárselas sin ella.

—Me despediré en otro momento. Ahora mismo tengo que avivar el fuego para volver a calentar la sopa.

Su expresión se ensombreció.

—No me gusta mucho esa sopa, señorita Jodie. Voy al río a pescar algo.

—Hay un poco de estofado.

Arrugó la nariz.

—Tampoco me gusta. Lo comí en el desayuno.

—Hace demasiado frío para pescar. ¿Crees que picarán?

—¡Claro que sí!

—Está bien, Yuley —dijo, dejando la leña junto al fuego—. Te diré una cosa: si pescas algo y lo limpias en el río, te lo cocinaré

para la cena. —Asintió hacia la olla de estofado—. Pero si no pescas nada, tendrás que comerte un plato de estofado. Necesitas mantener las fuerzas.

Él frunció el ceño, sopesó sus posibilidades y luego asintió.

—Gracias, señorita Jodie. Lo haré.

Empezó a correr, pero se detuvo y volvió hacia ella en unas cuantas zancadas largas.

—¿Has olvidado algo, Yuley?

—Tengo que decirle algo.

—¿Qué pasa?

—No puedo seguir siendo un forajido.

—¿No puedes? —Jodie contuvo la sonrisa que pugnaba por asomar a las comisuras. La idea de Yuley como forajido era, sencillamente, ridícula.

—La señorita Sadie dice que no está bien.

Jodie inspiró hondo y soltó el aire en una nubecilla helada. Por Dios, la señorita Sadie no debería decir cosas así en medio de forajidos. Podría salir herida. O peor, si enfadaba a alguien como Mark, le pegaría un tiro sin pensarlo dos veces.

—Supongo que no está bien —admitió—, pero nadie te lo va a reprochar.

—Solo quiero hacer lo correcto. Como la señorita Sadie.

¿Cómo iba a animarlo a quedarse con aquella banda de matones si ella misma no pensaba hacerlo?

—No pasa nada, Yuley. No tienes por qué seguir siendo un forajido si no quieres.

Entonces se le ocurrió una idea tan simple que rozaba lo absurdo y, además, no sabía si funcionaría.

—¿Te gustaría ir a Oregón conmigo?

—Creo que me gustaría.

Una sonrisa lenta le cruzó el rostro y, antes de que ella se diera cuenta, la levantó en un abrazo fuerte que la hizo perder el equilibrio.

—No cambiará de opinión, ¿verdad?

—Por supuesto que no. Quiero que vengas conmigo y con Buddy. Será como tener dos hermanos otra vez.

—Eso estaría bien. Nunca he tenido una hermana.

—Pues ahora la tendrás. ¿Y esos peces? Si no te das prisa, pensarán que no quieres cenar pescado y se irán nadando.

—Ay, señorita Jodie, me está tomando el pelo.

Riendo, se dirigió a la alforja que contenía todas sus pertenencias, incluido su equipo de pesca. De camino al río, se volvió y la saludó con la mano en señal de despedida.

Jodie sonrió y sacudió la cabeza, siguiéndolo con la mirada. Oyó pasos detrás y se volvió para encontrar a Benson acercándose. Se detuvo junto a un banco toscamente tallado. El sudor le perlaba la frente pese al aire gélido. La señorita Sadie tenía razón: la enfermedad había afectado de alguna manera a Benson y, si no hacía algo al respecto pronto, la muerte se lo llevaría.

Benson asintió con la cabeza hacia Yuley.

—Tienes un don especial con él, ¿sabes? Siempre lo has tenido.

Ella se encogió de hombros.

—Yuley es un buen chico.

—Oí lo que le dijiste sobre ir a Oregón contigo y Buddy.

Jodie alzó la barbilla.

—Así es. Quiere dejar de cabalgar contigo porque ya no se siente bien al respecto. Te he visto dejar que otros hombres abandonaran la banda sin rencor. Seguro que no detendrás a Yuley.

Él frunció los labios y asintió lentamente, pensativo.

—Él puede irse si quiere. De todos modos, solo lo mantuve aquí por su hermano.

Algo en el énfasis de ese «su» le apretó a Jodie el estómago con un puño de temor.

—¿Pero ni yo ni Buddy?

—Como dije, tenemos un trabajo más que hacer, luego os dejaré ir.

Reuniendo un valor que ni siquiera sabía que poseía, lo miró a los ojos.

—No voy a hacer ningún trabajo. Acordamos, después de la muerte de Clem, que yo no tenía que ayudar más. No puedo robar, como tampoco podría matar a Grant. No soy la misma que antes. He estado rodeada de gente que trabaja duro para ganarse la vida, gente que se preocupa por los demás. Y me gustan. No les voy a robar.

—Mira, sé que no te di la oportunidad de estar rodeada de gente decente. Y tal vez me equivoqué por eso.

Cada vez que Benson admitía haber obrado mal, probablemente mentía. No tenía una pizca de sinceridad en el cuerpo y todos lo sabían.

Abrió la boca para echárselo en cara, pero las palabras de la señorita Sadie acudieron de inmediato a su memoria. Se tragó el escepticismo e intentó borrar la incredulidad del rostro.

—Bueno, a partir de ahora estaré entre gente decente. Y Buddy también. Así que no te preocupes por eso.

—Mira, chica. —Las cejas canosas de Benson se fruncieron en un ceño profundo—. Vas a tener que hacer lo que te digo, o podrías meterte en más problemas de los que esperas.

—¿Como verme obligada a casarme con alguien como Mark Conner?

—¿Sabes algo de eso?

—Mark me lo contó. —Le sostuvo la mirada—. Y me besó contra mi voluntad, y amenazó con hacer algo peor.

La ira volvió a encenderse en los ojos de Benson, esta vez dirigida a Mark.

—Mark sabe que estoy enfermo. Estoy intentando asegurarme de que alguien te cuide cuando yo ya no esté.

—La señorita Sadie me lo contó, Benson. Lamento mucho que no estés bien, pero no puedo casarme con Mark. Apenas lo tolero diez minutos seguidos. Además, si me casara con él, probablemente tendría que pegarle un tiro antes de un año.

—Déjame contarte algo sobre el trabajo.

—No es que tenga otra opción.

—Erick ha estado escribiendo cartas a un hombre de California. Un hombre que se ha hecho rico en las minas de oro.

—No sé adónde quieres llegar, Benson.

—Bueno, cállate y escucha, y lo sabrás.

El mismo Benson de siempre.

—Escribió unas cartas muy elegantes y bonitas, si sabes a lo que me refiero.

—¿Para qué?

La mente de Jodie trató de comprender por qué Erick escribiría cartas elegantes a un hombre de California. A menos que…

Se puso en pie de un salto.

—¿Quieres decir que Erick respondió al anuncio de un hombre rico que buscaba esposa?

El rostro de Benson se iluminó.

—Siempre he dicho que eras una chica inteligente.

—Parece que soy la única inteligente por aquí —murmuró—. Es la idea más estúpida que he oído nunca. ¿Cómo pensabas…?

Y entonces lo comprendió.

—Erick fingió ser yo, ¿verdad?

—Así es. Ahora lo estás entendiendo. —Parecía tan satisfecho de sí mismo que Jodie se dio cuenta de que aquella brillante idea había sido suya desde el principio—. Te cuento el plan.

Benson metió la mano en el bolsillo y sacó un puñado de cartas. Jodie tomó los sobres sucios.

—Supongo que Erick está muerto. Las cogí de su bolso.

Jodie les echó un vistazo rápido y resopló.

—Cartas del hombre de California, supongo.

—Sí. —Benson sonrió con orgullo—. Lee las cartas y verás a qué me refiero. Necesito que te reúnas con él y ya veremos qué hacemos a partir de ahí.

—No veo cómo el hecho de que yo lo conozca te daría la oportunidad de robarle. Para un golpe tan grande, debes de tener algo más en mente. Esto es demasiado fácil.

Él suspiró con resignación.

—Está bien. Quizá tengas que casarte con él. Pero solo por un tiempo.

El horror se le heló en la espalda.

—¿Qué? ¡Casarme con él! Benson, ¿estás loco? Primero quieres que me case con Mark y ahora con este de California. ¿Pretendes que viva con los dos a la vez?

En lugar de tirarle de las orejas por la impertinencia, Benson sonrió, mostrando una boca casi desprovista de dientes.

—Eres muy luchadora, ¿verdad? Cuando consigamos su dinero, nos iremos de California y no tendrás de qué preocuparte.

—Seguiría estando casada.

—Solo si lo ves así. Depende de ti.

—Así sería, Benson. No importa cómo lo vea. Dios me vería casada con ese hombre. ¿De verdad quieres obligarme a ello solo para llenarte los bolsillos?

—Sabes que no me gusta hablar de Dios. —Un destello peligroso brilló en sus ojos, señal inequívoca de que su paciencia había llegado al límite—. Limítate a leer esas cartas. Puede que te gusten las bonitas palabras de ese hombre.

—¿Cómo sabes lo que dicen?

—Erick nos las leyó.

—Pero ¿cómo llegaron tan rápido de un lado a otro?

Claramente al límite, Benson se incorporó con esfuerzo y se alzó sobre ella.

—No te lo estoy preguntando, Jodie. Si quieres dejarnos, esta es tu oportunidad. Haz un trabajo para nosotros y tú, Buddy y Yuley seréis libres. Si no lo hacéis… bueno, digamos que no iréis a ninguna parte.

—¿Estás amenazando a tu propia hija?

—No quiero hacerlo. Pero me has obligado. Ahora cálmate y haz lo que te digo, y en poco tiempo serás libre.

Se alejó, y Jodie se enfrentó a su primera prueba como la nueva persona en que se había convertido: la oportunidad de ganar su libertad o mantenerse fiel a los nuevos sentimientos de verdad y bondad que llevaba dentro. ¿Habría algo en la Biblia sobre cómo salir de este lío? Ojalá pudiera preguntárselo a la señorita Sadie. Un suspiro se le escapó mientras se sentaba en el banco y abría la primera carta.

Erick:
Te agradezco que hayas llegado a Misuri y te hayas unido a Benson.

Ten cuidado: mi padre puede que no tenga estudios, pero es inteligente en lo que respecta a los hombres. No será fácil engañarlo. Lo más importante es no despertar sus sospechas. Si se entera de quién eres realmente, te matará y eso será el fin de nuestros planess para Jodie…
No tardaré mucho en poder unirme a ellos. Gracias de nuevo, amigo mío.
Que Dios te bendiga y te proteja,

Clem.

Jodie frunció el ceño y volvió a leer el comienzo. Estaba claro que Erick había estado haciendo su propio juego, uno que no tenía nada que ver con un hombre de California. La indignación la invadió. ¿Cómo se atrevía? Benson no sabía nada.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Sus ojos siguieron el resto de la carta y, al llegar a las últimas palabras, un grito ahogado se le escapó de la garganta.

Capítulo 14

Grant tenía la inquietante sensación de que alguien lo observaba incluso antes de abrir los ojos y confirmarlo. Se incorporó en el jergón y se encontró cara a cara con Buddy Russell.

—¿Buddy? —frunció el ceño por el fuerte dolor de cabeza—. ¿Qué haces aquí?

El chico bajó la cabeza.

—El señor Larson me pidió que viniera a buscarlo. No quería despertarlo, pero lleva durmiendo desde la reunión de la iglesia de esta mañana y ya casi es hora de cenar.

—¿Qué sucede?

—Hace un par de horas llegaron soldados de Fort Boise.

—¿Y por qué han llamado al médico? ¿Están enfermos?

Buddy se encogió de hombros.

—No lo sé, señor.

—Está bien —dijo Grant, poniéndose en pie.

Intentó despejarse. Cuatro horas no bastaban cuando era todo lo que había dormido cada noche durante más de una semana. Qué no daría por volver a acostarse y dormir doce horas seguidas; sabía que se sentiría como nuevo. Exhaló. Pero uno no ignoraba al jefe de la caravana cuando llamaba. Así que dejó a un lado el dolor de músculos, las náuseas y la jaqueca, y avanzó a trompicones hacia la entrada de la tienda, luchando contra el mareo.

—¿Doctor Kelley? ¿Se encuentra bien?

Un espasmo le retorció las tripas.

—Estoy bien —jadeó.

No lo estaba. Hasta allí llegaba el súbito final de la entereza. Lo peor para un médico era contagiarse de la enfermedad de sus pacientes y no poder ayudar a quienes aún lo necesitaban.

—Buddy, por favor, pídele a la señora Kane que venga a verme. Y dile a Jared que no podré reunirme con él.

Lo agarró del brazo justo antes de que saliera corriendo a cumplir el recado.

—No menciones nada sobre la enfermedad delante de los soldados. No queremos que se pongan nerviosos con la caravana y nos nieguen pasar el invierno en el fuerte, incluso cuando el cólera haya remitido.

Otra oleada de vértigo lo abatió. Retrocedió hasta el jergón y se dejó caer sobre las mantas, resistiendo como pudo para no vomitar.

—Buddy, pásame la bolsa negra y ese cubo.

El chico le llevó ambos objetos, con los ojos muy abiertos. Abrió la bolsa sin que se lo pidieran y sacó un frasco.

—¿Es esto lo que quería? Quinina.

—Sí, gracias. Ahora ve a buscar a Amanda Kane y avisa a Jared de que no iré.

Grant tomó una dosis de quinina y rezó para que hiciera efecto pronto. Una cosa era segura: para mañana por la noche, o estaría muerto o se encontraría mejor. Así era el cólera: aparecía de repente y mataba con rapidez y violencia. Grant había visto a ese asesino atacar más veces de las que podía contar. Solo que ahora era personal. Él era quien yacía enfermo, con arcadas que lo sacudían, y pronto no podría levantarse de la estera. De hecho, incluso entonces sentía la necesidad de quedarse inmóvil. Le temblaban las extremidades, se sentía débil y castañeteaba bajo la manta, con

manos y pies helados como si caminara descalzo por aquellas montañas nevadas del oeste.

Lo único que deseaba era dormir. Así no se sentiría tan mal. Si podía perder el conocimiento un par de horas y dejar que la quinina actuara, quizá despertaría en camino de la recuperación.



Jodie irrumpió en la tienda de los hombres con una carta en la mano.

—¡Erick! —gritó—. Despierta, bribón, y dime qué significa esto.

Greely, uno de los afortunados que habían sobrevivido a la enfermedad, se incorporó.

—Cierra el pico, Jodie. Necesitamos descansar.

—No pasa nada —Erick se sentó, envolviéndose los hombros, delgados como palos, con la manta.

Jodie casi se quedó sin aliento al verlo. ¿Cómo podía un hombre pasar de estar lleno de vida a convertirse en un esqueleto tan deprisa?

—Tengo que hablar contigo sobre estas cartas —se las acercó, sin soltarlas.

Greely y Ames soltaron una risotada. La enfermedad no les había quitado la maldad.

—Así que Benson, por fin, te contó el nuevo plan —dijo Ames.

Erick se puso en pie despacio y le tomó el brazo.

—Salgamos.

Con una mirada fulminante, Jodie se apartó con tanta fuerza que Erick tambaleó y casi cae. Ella lo sujetó.

—¿Estás bien?

—Solo un poco mareado —susurró.

Sus ojos suplicaban; los movía de los otros hombres a Jodie, como queriendo transmitirle algo en secreto.

—¿Podemos salir y hablar de esas cartas?

Intrigada, Jodie asintió. Salieron al aire frío: Erick temblaba y avanzaba despacio. Jodie también temblaba, pero de expectación. ¿Qué demonios estaba pasando?

Erick la tomó del codo y la condujo hasta el banco que Yuley había construido. Exhaló al dejarse caer en el asiento.

—Supongo que leíste las cartas.

Las lágrimas le nublaron la vista a Jodie mientras asentía.

—¿Qué significa esto?

Él le tomó la mano con ternura y la acunó entre las suyas, húmedas.

—Clem y yo estuvimos juntos en prisión.

Jodie sintió que se le iban las fuerzas; ni energía tuvo para apartar la mano, como le dictaba el instinto.

—Pero yo lo vi morir hace siete años.

—No. Estaba gravemente herido, pero en la diligencia viajaba un médico que le extrajo la bala y detuvo la hemorragia. Tu hermano contó que el alguacil quería dejarlo allí, pero el médico se negó a irse sin él; lo subieron a la diligencia y lo llevaron al pueblo más cercano.

—No puedo creerlo. Entonces, ¿por qué no se puso en contacto?

—Sabía que, tu padre no paraba quieto y una carta nunca te llegaría. Además, creyó mejor que Benson lo diera por muerto. Quería dejar la banda y planeaba seguir muerto, en lo que respecta a tu padre.

A Jodie le daba vueltas la cabeza mientras su mente trataba de asimilarlo.

—¿Dónde está?

—Sigue en la cárcel de St. Louis. Saldrá en unos meses y planea reunirse contigo y con Buddy en Oregón. Yo debía ir a buscarte.

—Pero cuando diste con Benson, yo no estaba con la banda.

—Sí. Y la única forma de averiguar dónde estabas, sin despertar las sospechas de Benson, fue insinuar que conocía a un hombre rico que buscaba esposa.

Divertida, Jodie no pudo contener una risa breve.

—¿Y qué pensabas hacer cuando me encontraras? ¿Inventarte un rico de California?

—Al llegar a Fort Boise, pensaba falsificar un telegrama de tu supuesto prometido para que rompiera el compromiso.

—¡Qué canalla! ¿Iba a romperme el corazón?

Los ojos azules de Erick chispearon; soltó una carcajada.

—Bueno, ha encontrado a otra persona. El amor de su vida. ¿Qué esperabas?

—Ah, bueno, supongo que sobreviviré a la humillación —le sonrió con complicidad—. Sobre todo si a cambio recupero a mi hermano perdido.

—Creo que eso puede arreglarse.

Jodie se sintió como una niña y una alegría vertiginosa le brotó por dentro.

—¿Cuándo podré verlo?

—Está previsto que salga en febrero.

—Eso es demasiado tiempo. Voy a ir a verlo. ¿En qué parte de St. Louis? ¿Cómo se llama la prisión?

Erick negó con la cabeza y le apretó la mano.

—Él no quiere que te acerques a ese lugar.

—Pero…

Erick alzó la otra mano.

—Confía en mí. Tiene razón. Él irá a por ti. Por lo que parece, pasarás el invierno en Fort Boise. Con un telegrama, podrá venir a buscarte antes de que la caravana parta en primavera.

Jodie quiso protestar. El corazón se le desbocó. No veía a su hermano desde hacía siete años y no pensaba esperar otros seis meses. Pero algo en los ojos de Erick le rogaba que respetara los deseos de Clem y aguardara a que él la encontrara.

El sonido de cascos interrumpió la conversación. Jodie se tensó cuando Mark entró en el campamento con los hombres que lo habían abandonado durante el brote de cólera. Mark desmontó y los miró a ella y a Erick con descaro. Los labios se le curvaron en una mueca de desprecio.

—Vaya, ¿no es esto acogedor? ¿Tienen algo que decirme? Después de todo, ella es mi chica —le guiñó un ojo con sordidez, y a Jodie se le erizó la piel—. ¿Verdad, cariño?

—Quizá si fuera ciega y sorda.

Las risas retumbaron en el grupo.

—Ya la has oído, Larson —gritó Greely.

Jodie dirigió la mirada hacia la tienda de los hombres. Todos, excepto Charles Harrison, estaban fuera, presumiblemente para saludar a sus compinches. Eran pálidos y débiles, pero Jodie no pudo evitar alegrarse de que hubieran sobrevivido. Solo habían muerto tres. Muchos menos que en la caravana.

Los ojos de Mark se entrecerraron con peligro.

—Cállate —gruñó.

Se volvió hacia Erick.

—Será mejor que te apartes de ella, antes de que termine lo que empezó el cólera.

Erick se levantó despacio y alzó la mano, la palma por delante.

—Tranquilo. Solo hablamos.

—Además —saltó Jodie, poniéndose en pie junto a él—, ¿cuántas veces tengo que decirte que no voy a casarme contigo, Mark? No quiero herir tus sentimientos, pero me da igual lo que Benson te haya prometido. No me casaré contigo, ni ahora ni nunca.

En un latido, Mark estiró el brazo y la sujetó. Erick dio un paso al frente.

—Suéltala.

—Será mejor que hagas lo que te digo, Mark —la voz autoritaria de Benson cortó el aire—. ¿Qué te he dicho sobre agarrar a mi hija?

Jodie no pudo evitar notar la ironía.

—Y, sin embargo, tú fuiste quien me prometió a este idiota. Y prácticamente quieres venderme a un hombre en California a cambio de tu parte de una mina de oro.

—Estoy intentando ayudarte, chica —rezongó Benson.

Jodie se mordió la lengua para contener la ira.

—Y te lo agradezco.

—Pues compórtate como tal —jadeó Benson—. Vengo a buscar a la señorita Sadie. Harrison está mal.

—La señorita Sadie está durmiendo. Yo me ocuparé de él —replicó Jodie.

—No vas a cuidar a ningún otro hombre —espetó Mark.

Jodie sonrió con desdén y se escurrió a su lado.

—Es una anciana. Y necesita mi ayuda —miró a Benson—. ¿Puedes volver y decirle al señor Harrison que estaré ahí en un

minuto? Erick, deberías regresar a la cama.

Erick negó.

—Creo que voy a darme un baño.

—¿Estás loco? —lo taladró con la mirada, a aquellos ojos nublados—. Tienes que volver a la tienda y dormir. No puedes meterte en esa agua helada: ¡acabarás con neumonía!

Él sonrió con dulzura.

—Estaré bien. Te lo prometo.

—Oye, ¿vienes o no? —gritó Benson desde la tienda.

—¡Espera un momento, Benson!

Se volvió hacia Erick.

—Bien. Báñate si quieres, no me importa.

Se acercó al fuego, sirvió un cuenco de sopa de cebolla y volvió a la tienda de los hombres.

Los demás se habían dispersado y solo quedaban Benson y Charles. Jodie abrió mucho los ojos al ver al pobre Harrison: el rostro pálido, las mejillas hundidas, las ojeras profundas. Parecía más cerca de la muerte que de la vida.

—Señor Harrison —dijo en voz baja—, le traigo sopa. Benson le ayudará a incorporarse.

Asintió a Benson, que se acercó para levantarle los hombros. Jodie alzó una cucharada hasta los labios del enfermo. Él gimió y apartó la cara.

—No puedo.

—Si no toma esto, no vencerá el cólera.

—Voy a morir de todos modos —murmuró. Giró la cabeza hacia Benson—. Déjame acostarme.

—No lo hagas, Benson —Jodie llevó otra cucharada a los labios del enfermo y lo fulminó con la mirada—. ¿No me has oído?

Harrison tragó el líquido, pero rechazó la siguiente. Se dejó caer hacia atrás y, al fin, Jodie asintió a Benson.

—Déjalo tumbarse un momento.

—Necesito hablar con ustedes dos —dijo Harrison, con la voz temblorosa—. Quiero pedirte algo, Benson, y que Jodie sea testigo.

Dios santo… sonaba al discurso de quien presiente que le queda poco. Pero aún podían salvarlo.

—Escuche —apremió Jodie—. Llegó un par de días más tarde que los demás al coger el cólera, pero casi todos se han repuesto. Tome la sopa. En nada estará mejor.

Harrison negó y le tomó la mano.

—Tengo que decir esto, por si acaso.

Jodie miró a Benson. Sus ojos brillaban demasiado para alguien sentado junto a un moribundo. Mala idea.

—No creo que deba hacerlo.

Benson le lanzó una mirada dura.

—Si Charles quiere hablar, déjalo. Un hombre sabe lo que tiene que hacer en un momento así.

Jodie quiso cortarlo. Urgir a Harrison a callar y no soltar ni una palabra sobre su dinero. Pero la advertencia en los ojos de Benson la hizo morderse la lengua.

—Esto quizá te sorprenda —empezó Harrison, débil—. Soy un hombre muy rico.

—¿Ah, sí? —la voz de Benson sonó tan falsa que Jodie tuvo que contenerse para no golpearlo. Harrison estaba demasiado débil para notar nada.

—Sí. Traje la mayor parte conmigo.

—¿Sin que nadie lo supiera? Te lo podían haber robado.

Jodie apretó los puños para no revelar el abominable secreto de Benson.

Harrison lo miró.

—Nunca pensé que me enamoraría otra vez tras la muerte de mi esposa. Pero ocurrió. No me gusta cargarte con esto, pero necesito que te asegures de que mis hijos reciban dos tercios de mi dinero y Amanda, el resto.

—Claro, claro —repuso Benson—. Dime dónde está y me encargaré encantado.

—Benson…

—Deja hablar a Charles —gruñó él. Luego, demasiado ansioso —: Estabas a punto de decirnos dónde escondiste el dinero.

—Júramelo —pidió Harrison—. Júrame que Amanda recibirá un tercio.

Benson asintió.

—Lo juro. Tendrá su parte.

—Hice un doble fondo en mi carro. Dentro hay dos compartimentos ocultos: uno delante y otro detrás.

Los ojos de Benson se iluminaron y asintió con admiración.

—Nunca se me habría ocurrido.

Harrison se encogió de hombros, sin captar la verdadera razón de aquel repentino respeto.

Por dentro, Jodie se estremeció. Benson habría descubierto el doble fondo, pero tal vez no los compartimentos. ¿Por qué Harrison tenía que confiar así? Bueno, ¿qué esperaba de un hombre que puso su esperanza en Amanda Kane incluso antes de que dejara el láudano? Confiaba. Creía. Y el carro estaba allí mismo: Harrison y Benson lo habían traído cargado de suministros. Pobre hombre.

—Señor Harrison —intervino Jodie—, haré todo lo que pueda para que Amanda y los niños reciban lo que les corresponde. Pero

para eso usted tiene que salir adelante. Y no lo hará si no toma la sopa.

—No puedo.

—¿Qué cree que pasará con Alfie si muere? Ese pobre crío apenas entiende que no volverá a ver a su madre. ¿Quién cuidará de él?

Las lágrimas le subieron a Harrison, y Jodie supo que lo estaba alcanzando.

—Y Belinda —insistió—. ¿Qué hará una niña de trece años sin madre ni padre?

—No te preocupes por eso —se metió Benson—. Yo me encargaré de los dos. Los cuidaré como si fueran mis propios hijos.

Jodie vio la alarma en los ojos de Harrison y apretó el argumento.

—Nadie podrá cuidarlos como usted. Lo necesitan. Tiene que intentarlo.

Las lágrimas, que antes brillaban, empezaron a deslizarse por las sienes hasta la manta. Asintió.

—Benson —dijo Jodie, suave—, ayúdalo a incorporarse, por favor.

Benson frunció el ceño, pero obedeció. Jodie acercó la cuchara a los labios de Harrison, una y otra vez, rezando para que se repusiera antes de que Benson tuviera ocasión de registrar ese doble fondo.

Capítulo 15

Grant nunca se había sentido tan débil. Sabía que no tenía sentido intentar ponerse en pie: solo caería al suelo. Incluso abrir los ojos le parecía un esfuerzo descomunal. Recordaba vagamente las náuseas y otras sensaciones igual de repugnantes. El estómago ya no se le revolvía; el corazón se le aligeró. Viviría.

—¿Doc?

Reconoció la voz de Buddy y giró la cabeza hacia el sonido, dudando entre abrir los ojos y encajar el dolor del primer destello de luz.

—¿Cuánto tiempo he estado enfermo?

—Dos días —la voz de Buddy sonó aliviada—. Amanda dijo que si superabas las primeras veinticuatro horas, vivirías.

—Qué suerte la mía… —estaba agradecido, pero la cabeza le martillaba.

—Dicen que los médicos siempre son los peores pacientes.

Grant abrió los ojos de golpe al oír a Jared y gimió cuando la claridad lo golpeó como dos puños.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Jared.

—Mal.

—Comprensible.

—¿Por qué me estabas vigilando mientras dormía?

—Buddy me dijo que llevabas una hora moviéndote. Necesito hablar contigo cuanto antes. Sé que no es el mejor momento, pero es necesario.

—¿Qué ocurre?

—El domingo llegaron soldados de Fort Boise. Sus exploradores indios les dijeron que teníamos cólera y nos advirtieron que nos mantuviéramos lejos del fuerte.

—Es una enfermedad temible. No puedo culparlos.

—Tal vez, pero debemos encontrar refugio para el invierno. Necesitamos la protección del fuerte si nos quedamos por estos lares.

—¿Entonces ya has tomado una decisión?

Jared asintió, los labios apretados en una línea severa.

—Tendremos problemas con algunos hombres, pero es lo más sensato. Según los soldados, este año nieva mucho. Con cuatrocientas millas por delante, sería una locura intentar cruzar las Montañas Azules.

—La mayoría confía en que harás lo correcto. Ninguno de los reveses ha sido culpa tuya.

Jared apretó los dientes, gesto habitual cuando contenía las emociones. Grant decidió cambiar de tema.

—¿Qué quieres que les diga a los soldados?

—Tendrás que hablar con el capitán y asegurarle que ya no hay peligro de cólera. Explícaselo en lenguaje médico para que sepa que eres médico de verdad.

Grant se incorporó y apoyó un codo. La cabeza le dio vueltas y cerró los ojos hasta que pasó el mareo.

—¿Cuántos casos nuevos ha habido desde que caí enfermo?

—Ninguno —respondió Buddy—. Todos están mejorando. Ayer Johnny fue a pescar conmigo.

Grant sonrió al muchacho.

—¿Pescaste algo?

—No. Hacía demasiado frío. Pero cazamos un par de conejos al volver del río.

—Bueno, es algo, ¿no?

—Sí, señor. La señora Kane los asó al fuego. Estaban muy ricos.

—Me alegra oírlo.

Ahora que lo miraba con atención, veía que el rostro de Buddy, aunque aún delgado, ya no tenía el aire demacrado de antes. Se volvió hacia Jared.

—Si llevo tres días enfermo y fui el último en contagiarme, esto ya ha pasado.

—¿Seguro? Eso pensabas antes de caer.

—Seguro.

El alivio cruzó el rostro de Jared.

—En cuanto tengas fuerzas para montar, iremos al fuerte para que tranquilices al capitán. Quieren oírlo del médico.

—¿La palabra de un guía de carromatos no basta?

Jared dejó escapar una breve risa.

—Quizá ha tratado con demasiados guías de carromatos poco veraces.

Grant notó cómo se le iban las fuerzas. Respiró hondo, tembloroso.

—En un par de días estaré lo bastante fuerte.

—Perfecto. Enviaré a Dos Plumas para avisarles de que podremos vernos en un par de días y que la caravana reanudará la marcha en tres.

—Suena bien —cerró los ojos y se recostó—. ¿Han vuelto Jodie y la señorita Sadie?

El silencio vacilante lo dijo todo. Grant abrió los ojos y miró fijo a Jared.

—¿Y bien?

—Todavía no.

—¿Ha ido alguien a ver cómo están?

Una mueca de disgusto le torció el gesto a Jared.

—Estamos convaleciendo. Hay demasiados hombres recuperando fuerzas. No quería arriesgar recaídas.

—¿Y Benson y el señor Harrison?

Jared negó.

—¡Jared, sabes cómo es Benson! —el pánico le trepó—. Tenemos que ir a buscarlos. No podemos dejar a la señorita Sadie, a Jodie y al señor Harrison a su merced.

—Ya prometí a Donna y a Rita que, si mañana no han regresado, enviaremos a varios hombres a buscarlos.

—Bien.

Con las energías agotadas, Grant no pudo añadir más. Odiaba la impotencia, la debilidad. ¿Y si Jodie lo necesitaba y él no estaba allí? Jodie… Recordó a la muchacha que estuvo presente el día que murió su Sarah. La memoria lo arrastró a aquella jornada atroz, pero su corazón solo veía las lágrimas de una niña por su hermano y sabía que no podía culparla. Incluso ahora, solo podía quererla.



Jodie despertó con una mano sucia cubriéndole la boca.

—Levántate, chica.

—¿Benson? ¿Qué haces?

—Es hora de irse.

La decepción la atenazó. Tras dos días, esperaba que Benson hubiese cambiado de idea.

—Escucha, Benson, no tienes que hacerlo. No aceptes el dinero del señor Harrison. Él confió en ti. ¿Sabes el honor que es para un hombre como él dejarte el futuro de sus hijos?

—Harrison es un idiota. Y ya sabes lo que dicen.

—Sí —musitó—, que los tontos y su dinero pronto se separan.

—Así es.

—El señor Harrison no es un tonto. Es un buen hombre que jamás imaginaría que el amigo en quien confía lo robaría. Y menos cuando nadie en la caravana te hacía caso desde que supieron que Buddy tenía cólera y que tú eras su padre.

—Ese fue su error.

No había forma de convencerlo.

—¿Adónde vamos?

—A California. ¿Adónde crees?

A Jodie se le aceleró el corazón.

—Benson, ¿para qué necesitas el dinero del señor Harrison si tienes el oro de ese hombre esperándote?

—¿Y qué hay de malo en quedarme con ambos?

La pregunta casi la hizo reír por lo absurda. ¿Qué podía estar mal en quedarse con el dinero de Harrison y, después, pasar al supuesto rico de California… que ni siquiera existía?

Erick se había marchado del campamento al día siguiente de contarle lo de Clem, y otra vez estaba sola. Pero no pensaba cruzarse de brazos mientras Benson se hacía con el dinero de

Harrison. Tampoco iría a California a arriesgarse a perder a Clem cuando saliera de prisión.

—No te ayudaré a quedarte con el dinero del señor Harrison.

—Ya lo tenemos —la alzó con brusquedad y la puso en pie y soltó un gruñido, como si el esfuerzo le doliera—. Vamos.

—Benson… ¿no quieres tomarte un respiro? ¿Por qué vivir el resto de tus días como siempre?

—¿Qué me estás diciendo?

—Que puedes ser mejor que esto. Tienes bondad dentro, Benson. Lo sé. He visto cómo cuidaste de Yuley todos estos años. Podrías empezar de cero. La gente de la caravana no sabe nada de tu pasado. Tienes una segunda oportunidad. Olvida el dinero del señor Harrison y únete a la caravana. Podrías vivir en Oregón con Buddy, Yuley y conmigo.

Se detuvo antes de nombrar a Clem.

—¿De qué hablas? —frunció el ceño, mirándola como si se hubiera vuelto loca—. Llevamos meses planeando el golpe a Harrison. ¿Por qué renunciar ahora? Hay miles de dólares en esa caja cerrada. Caray, chica, con eso podemos comprarnos una vida nueva.

El corazón se le encogió. ¿Miles? Jamás había visto más de cincuenta juntos. No se extrañaba que Harrison temiera por el futuro de sus hijos.

Yuley lo adoraba, y el afecto parecía mutuo. Habían pasado los últimos días leyendo la Biblia y hablando de todo lo que confundía a Yuley, que era casi todo. Jodie sospechaba que el apego de Harrison por el muchacho de mente lenta tenía mucho que ver con la desaparición de Alfie.

Miró a la señorita Sadie, que dormía plácida al otro lado de la tienda. ¿Por qué no se había despertado? Un frío temor le cruzó la espalda. ¿Y si Benson la había matado mientras dormía?

Iba a llamarla cuando vio elevarse y bajar el pecho de la mujer. Soltó el aire. También comprendió lo cerca que estuvo de provocar su muerte: si se despertaba, Benson no habría tenido más remedio que silenciarla. Aun así, le extrañó que no oyera nada. Siempre había sido de sueño ligero y el menor ruido en la tienda contigua la ponía en pie para socorrer a cualquiera. Jodie contuvo una sonrisa. Solo había una explicación: la señorita Sadie fingía.

Benson le tendió sus mocasines.

—Te los pones al salir. Vamos.

Los caballos aguardaban ensillados cuando salieron, y Jodie se calzó los mocasines hasta la pantorrilla.

—Ya era hora —siseó Mark.

—Cállate, Mark —replicó Jodie—. No despiertes a la señorita Sadie ni al señor Harrison.

Tomó una de las antorchas que iluminaban el campamento, cabalgó hasta la carreta de Harrison y la lanzó a la parte trasera.

—¿Qué crees que haces, idiota? —bufó Benson.

Por instinto, Jodie corrió, saltó a la caja y arrojó la antorcha al suelo. Apagó las pequeñas llamas con el pie. Por suerte, el daño fue mínimo. Alzó la vista, encendida de ira.

—¿Vas a dejarlos tirados? La señorita Sadie os ha salvado la vida. ¿Así se lo pagaréis?

Al menos Ames y Greely tuvieron la decencia de apartar la mirada, avergonzados.

—Déjalo —dijo Ames—. Jodie tiene razón. No podemos dejarlos sin un medio para volver a su campamento.

—¿Y Buddy? —preguntó ella.

—Tú misma dijiste que quiere ir a Oregón. No lo necesitamos para este trabajo. Terminamos aquí y, para esta fecha el año que viene, vosotros dos deberían estar juntos en Oregón.

Y Clem. El corazón de Jodie dio un vuelco al imaginar el reencuentro.

¿Y Yuley? ¿Dónde estaba?

Benson pareció leerle el pensamiento mientras ella peinaba con la mirada a los jinetes.

—Duerme en la tienda con Charles —dijo—. No vi necesidad de despertarlo, ya que no quiere cabalgar con nosotros. Monta y vámonos.

Jodie montó un caballo desconocido, deseando tener su yegua. Abandonaron el campamento y el aire helado le devolvió la realidad de golpe.

¿Dónde se había metido Erick? Creyó que, al menos, tendría a alguien de su parte. Ahora solo contaba con dos vías para salir de aquello: su propio ingenio y Dios. Su ingenio nunca le había servido de mucho, así que agradeció que, esta vez, Dios estuviera de su lado.

Capítulo 16

Grant se limpió el jabón de la cara e intentó ignorar el escozor de la piel donde acababa de afeitarse una semana de barba. No había tenido tiempo desde que se desató el cólera. Él y Jared debían reunirse con el capitán de Fort Boise en un par de horas, en un lugar lo bastante alejado del fuerte como para evitar contagios.

Tiró el agua jabonosa justo cuando una carreta entraba en el campamento. El corazón de Grant dio un salto: debían de ser la señorita Sadie y Jodie. Caminó hacia su campamento. Jared había insistido en que nadie ocupara ese sitio; la señorita Sadie habría montado en cólera si alguien se hubiera atrevido.

Más alegre y aliviado que en días, se acercó. Al ver el carro, notó que Jodie no estaba. La señorita Sadie detuvo a los bueyes y asintió con severidad cuando él le ofreció ayuda para bajar.

—¿Dónde está?

—Se ha ido —respondió ella, seca.

—¿Qué quiere decir con "se ha ido"?

Negó con la cabeza, cansada.

—No fue culpa suya. Benson no le dio otra opción. Se marcharon durante la noche.

—¿Benson ha abandonado a Buddy?

—Eso parece. —Señaló con el pulgar al hombre que iba en la carreta—. Este es Yuley. Se negó a seguir siendo un forajido. —Se

inclinó y bajó la voz—. En muchos aspectos se parece a Alfie, si sabes a qué me refiero.

Grant asintió.

Un grito de alegría cortó el aire. Amanda Kane corría hacia ellos.

—¡Charles! —clamó—. Gracias a Dios. Oh, gracias a Dios que estás bien.

Él bajó lentamente del asiento, delgado como un palo y visiblemente débil. Amanda se echó en sus brazos.

—Lo he perdido todo. Lo siento. Lo hemos perdido todo.

—¿Qué quieres decir?

—El dinero. Todo. He sido un necio, Amanda. Pensé que hacía lo correcto, asegurando vuestro futuro. Le conté a Benson lo del doble fondo del carro. Se lo llevó. Hasta el último centavo.

—Lo siento, Charles —dijo ella, abrazándolo de nuevo—. No pasa nada. Empezaste sin nada y ahorraste. Lo volverás a hacer. Con la ayuda de Dios saldrás adelante y, aunque no fuera así, empezaremos como nuestros amigos: tierra, semillas, trabajo duro. Lo conseguiremos.

Harrison le acarició la mejilla y la besó en la frente.

—Tienes razón, querida. Mucha razón. Tenemos mucho que agradecer. Seguimos vivos.

—Vamos a ver a los niños —dijo Amanda con una sonrisa suave—. Están preocupados.

Harrison se quedó un instante atrás.

—Amanda, quiero presentarte a Yuley. Se quedará conmigo un tiempo.

El joven se sonrojó como nunca lo había visto Grant. Sonrió, se encogió un poco, pero no apartó la vista del rostro de Amanda.

—Encantado de conocerla, señora.

Amanda rodeó el carro y le tendió la mano. Yuley se limpió la palma en los pantalones y se la estrechó.

—¿Le gustaría conocer a los hijos del señor Harrison?

—Me encantaría.

Grant los vio alejarse y se volvió hacia la señorita Sadie.

—¿Charles estaba enfermo?

—Casi no lo cuenta. —Lo escrutó—. Parece que usted también lo cogió.

—Un par de días. Ya estoy mucho mejor.

—Charles es el más enfermo que he visto sobrevivir. Juré que iba a encontrarse con su Creador. Y él también lo creyó. —Negó, entrecerrando los ojos—. Por eso perdió el dinero. Confió en Benson. Al pensar que moriría en menos de un día, le confió dónde estaba y que quería que Amanda y sus hijos lo recibieran. Jodie me dijo que Benson estaba ansioso. Demasiado ansioso.

—¿Dices que Jodie no quería ir con ellos?

—Por supuesto que no. —La señorita Sadie lo sostuvo con la mirada—. Es una persona nueva, Grant. Oí a Benson decirle que iban a California a robar la mina de un rico.

—Entonces iré tras ellos.

—No puedes ir solo. Son al menos nueve hombres, y cuentan con Jodie para ese golpe en California. No la dejarán ir sin pelear.

—¿Qué se supone que debe hacer Jodie? ¿Cuidar los caballos mientras ellos roban un banco?

—Se supone que debe casarse.

Con cada milla, Jodie sentía desvanecerse la esperanza. Escaparía, no había duda, pero con Benson y Mark sobre ella como buitres en torno a un cachorro herido no sería fácil. Lo mejor era esperar a que se durmieran y huir entonces.

Benson seguía encorvado y, por su rostro pálido y sus manos temblorosas, Jodie sabía que el dolor le calaba los huesos. Notó que Mark lo miraba de vez en cuando. ¿Lo habría advertido también? Quizá lo había juzgado mal. Parecía vigilar a Benson.

Espoleó y se puso a su altura.

—Benson está sufriendo. Quizá deberíamos parar un rato.

Mark la miró de reojo, el ceño cerrado.

—No pararemos hasta que oscurezca. —Alzó la vista—. Falta un par de horas.

—¿Y Benson?

Se encogió de hombros.

—Si nos retrasa, nos desharemos de él. —Se inclinó para verla mejor—. No me digas que te ha entrado de pronto amor filial.

Jodie ignoró la pulla y probó otra vía.

—¿Por qué aprietas tanto? ¿Crees que alguien nos sigue?

—No pienso correr riesgos.

Jodie quería creer que vendrían tras ellos. Pero conocía a Jared: no perdería más días de camino por el dinero de un hombre. ¿Y Grant? No se permitía pensarlo. ¿Iría a buscarla? ¿Creía que merecía que arriesgara el cuello por ella? No es que necesitara que nadie la salvara. Se bastaría sola en cuanto los ronquidos empezaran bajo las tiendas.

Con el ceño fruncido, aflojó el paso y esperó a que Benson la alcanzara.

—Te encuentras mal, ¿eh?

Él asintió, como si hablar costara demasiado.

—Intenté que Mark parara, pero dijo que siguiéramos. Quizá quieras ordenar una parada. Sigues siendo el jefe aquí, ¿no?

Una mueca feroz le cruzó las cejas.

—¿Insinúas que no lo soy?

—No insinúo nada, pero está claro que Mark cree mandar. Y los hombres lo siguen, Benson.

Una sombra de sospecha le nubló la mirada mientras recorría al variopinto grupo.

—De acuerdo. Que todo el mundo se detenga ahora mismo.

La voz le salió firme, más autoritaria de lo que Jodie le había oído en mucho tiempo, y no dejó dudas. Desenfundó la pistola, y la autoridad se hizo de hierro.

Mark detuvo su montura. Los demás también. El gesto sutil de seguir al líder no pasó desapercibido a Jodie. Mark tanteó su pistola.

—Yo no lo haría —advirtió Jodie, la voz baja y tensa.

Puede que ya no sintiera el ansia de dispararle que creyó sentir, pero no iba a permitir que abatiera a Benson.

Él devolvió despacio la mano a las riendas.

—¿Qué es esto?

—¿Alguno duda de quién manda? —sonrió Mark, persuasivo —. Vamos, Benson. ¿Qué pregunta es esa? Sabes que tú eres el líder. ¿Dónde estaríamos sin Benson? —preguntó al grupo.

La tensión espesó el aire como melaza en invierno.

—Benson, no tienes buen aspecto. ¿Quieres parar un rato?

El reto en la voz de Mark era claro, pero Benson, dolorido, no lo notó.

Los demás aguardaban cualquier signo de debilidad. Jodie habló antes de que Benson aceptara.

—Benson está bien. Es tan fuerte como cualquiera y, aun en un mal día, cabalga y dispara mejor que todos vosotros.

Benson se irguió y echó los hombros atrás.

—Así es. ¿Alguien lo duda? —Por fin comprendía el juego de Mark—. Llevamos mucho juntos. ¿Os he fallado alguna vez?

Nadie respondió. En cuestión de jefes forajidos, Benson era el mejor. Nadie podía negarlo. Aquello de California sería la primera vez que les daba motivo para dudar, y, de no estar medio muerto, no habría cometido el error. Habría pagado por verificar las cartas.

—Eso pensaba —zanjó—. Ahora, en marcha.

De pronto el gesto de Benson se crispó y el cuerpo se le arqueó. Lanzó un rugido de dolor y se desplomó del caballo, estrellándose contra el suelo.

—¡Papá! —La palabra sonó extraña en la boca de Jodie, pero fue lo primero que le salió. Desmontó, corrió y se arrodilló a su lado —. ¿Qué te pasa, Benson?

—Parece que al final no llegaré a California.

—No importa. Te llevaré de vuelta a la caravana. Grant cuidará de ti.

Para sorpresa de Jodie, él asintió. Benson no había sido el mejor padre, pero era el único. Si había una posibilidad de que, en sus últimos días, se ablandara, ella no la iba a desperdiciar.

—Espera —las botas de Mark cortaron la distancia hasta el cuerpo caído—. Benson es libre de ir donde quiera, pero tú vienes con nosotros. Necesitamos que conozcas a ese tipo de California. Además… —le dedicó una sonrisa lasciva y le recorrió las curvas con la mirada. Jodie se estremeció—. ¿Olvidas la promesa de Benson?

—Olvídalo, Mark. No voy a California y no me casaré contigo.

Antes de que pudiera reaccionar, le arrancó la trenza de un tirón y la alzó obligándola a ponerse en pie. La atrajo y le habló al oído:

—Vas a dejar de decir eso, ¿entiendes?

—¡Déjala! —la voz débil de Benson se alzó desde el suelo.

Mark le soltó una patada que hizo llorar a Jodie.

—Cállate, viejo.

—No tienes que hacerle daño —suplicó ella—. Ha sido bueno contigo.

—Esto no es lo que acordamos —dijo Ames, acercándose a caballo—. Suelta a Jodie. No hace falta lastimarla. Cooperará sin eso.

Sus ojos parecían rogarle a Jodie que no apretara la cuerda.

Para sorpresa de todos, Mark obedeció y soltó el cabello. Ella se tambaleó hacia delante y le lanzó a Ames una media sonrisa de agradecimiento. Leal desde que ayudó a la señorita Sadie a cuidar a los hombres. Miró al grupo y vio vacilación en algunos ojos: los que habían estado enfermos y un par más.

Mark miró a Benson con desdén.

—¿Puedes volver a montar, viejo?

Jodie sabía que, si no lo hacía, Mark lo dejaría allí a morir. Se arrodilló junto a él.

—Te ayudaré. Si no puedes sentarte solo, compartirás mi caballo y te sujetarás a mí.

Los ojos de Benson se abrieron de sorpresa y se llenaron de agua.

—Te lo agradecería.

Ames desmontó y se acercó.

—Déjame ayudarte.

Jodie asintió y subió a su caballo. Mantuvo firme la montura mientras Ames levantaba a Benson. Él se aferró a ella como a un

salvavidas, y Jodie comprendió cuán enfermo estaba en realidad. ¿Sobreviviría su padre a la noche?

Capítulo 17

Grant cabalgaba con Sam Dos Plumas y Buddy, que había insistido en unirse a los dos hombres.

—Es mi hermana —les recordó—. Iré aunque tenga que cabalgar solo.

Fue esa última amenaza la que los hizo ceder.

—Mirar —murmuró Sam—. Alguien se ha caído del caballo.

—No hay sangre —dijo Grant—. No le han disparado.

—Hay dos cabalgando juntos.

Grant no lo distinguió en las huellas, pero sabía que no debía cuestionar a Sam en esas lides y aceptó sus palabras sin réplica.

Los forajidos llevaban horas de ventaja, pero al ser más iban más despacio. Además, Sam había aceptado viajar toda la noche, y eso los había acercado. Seguir rastros a la luz de una lámpara ponía a prueba las habilidades de Sam, pero no decepcionó.

—¿A qué distancia crees que están?

Sam se llevó los dedos a los labios y señaló hacia el bosque. A Grant se le hizo un nudo en el estómago. ¿Tan cerca?

El rastreador posó la mano sobre la pistola.

—¡No disparen! —gritó una voz desde donde Sam señalaba—. Saldré con las manos en alto.

El desconocido apareció montado, erguido en la silla, musculoso, el ala del sombrero echada sobre la frente.

—Hola, Erick —llamó Buddy—. ¿Qué haces aquí?

—Me alegra verte, Buddy.

Grant se tensó al saber que aquel hombre cabalgaba con los forajidos. ¿Sería su arma la que mató a Sarah?

—Como dijo Buddy… ¿qué hace lejos de la banda?

—Los he estado siguiendo. —Lanzó una mirada rápida a Buddy y volvió a Grant—. Jodie está en apuros.

—Ya lo imaginábamos. La señorita Sadie regresó al campamento con el señor Harrison.

Erick asintió.

—Bien. Temí que Mark los matara.

Un escalofrío recorrió a Grant.

—¿Mark quién? Creía que Benson mandaba.

—En teoría.

El porte y el habla del hombre lo delataban como instruido.

—¿Qué hace alguien como tú cabalgando con una cuadrilla de matones?

—Tengo mis razones.

—¿Robar y matar?

La amargura se le escapó a Grant antes de poder contenerla.

—¿Tienes algún problema conmigo, forastero?

Lo urgente era hallar a Jodie y traerla sana y salva. Ajustar cuentas podía esperar.

—No.

—Supongo que vosotros tres vais tras Jodie.

Dos Plumas asintió.

—Así es.

—Yo también. ¿Puedo unirme?

—¿Se puede confiar en ti? —se oyó decir Grant.

—Sepa que no formo parte de esa cuadrilla. —Volvió a mirar a Buddy—. Mejor te lo digo ya: vengo para apartarte a ti y a Jodie de Benson para siempre. Me envía tu hermano Clem.

—¿Clem? —Buddy frunció el ceño—. Eso no puede ser, Erick. Clem murió cuando yo era un crío.

Grant decidió despejar dudas.

—No, Buddy. No murió. Yo estaba allí. Le saqué la bala y le limpié la herida.

Erick asintió.

—Exactamente lo que contó Clem. Lo que no dijo es que fue Mark quien disparó. Aquella mañana discutieron por Jodie. Clem pilló a Mark mirándola en el lago. Se enzarzaron y Clem se volvió justo cuando Mark apretó el gatillo.

Buddy tembló de ira.

—Lo mataré.

—No, hijo —intervino Erick, suave—. Clem no quiere eso. Lo ha perdonado.

—¿Dónde está?

—Lo enviaron a prisión por su parte en el asalto a la diligencia. Como murió una mujer, le cayó larga condena. Solo que su arma no disparara le salvó del patíbulo.

—Hay más, Buddy —dijo Grant, acercando el caballo—. La mujer que murió era mi esposa, Sarah.

Buddy lo miró sin voz, con el dolor en los ojos. Se aclaró la garganta.

—Todo este tiempo te culpamos por la muerte de Clem… y tú le salvaste la vida. Pero nosotros matamos a tu esposa.

Las palabras de Buddy golpearon a Grant como un yunque.

—¿Me culparon?

—Jodie dijo que no lo ayudarías y que murió antes de que ella se marchara.

Grant respiró hondo. Por eso Jodie lo miraba con rencor. Por eso sus cambios de humor.

—Escucha, Buddy. Después de que Jodie se fuera, regresé con tu hermano. No estaba muerto: había perdido el conocimiento por la sangría.

—Básicamente —añadió Erick—, el médico aquí presente le salvó la vida aunque su mujer acababa de morir.

—Tenemos que decírselo a Jodie antes de que le dispare a Grant.

Erick esbozó una sonrisa breve.

—Ya se lo conté, pero no creo que quiera dispararle de todos modos.

El estómago de Grant dio un vuelco por lo que aquello implicaba.

—Pronto amanecerá —cortó Sam—. Sigamos.

Avanzaron en fila india. Al salir el sol, unos disparos a lo lejos helaron la sangre de Grant. Sin esperar a nadie, espoleó su montura hacia el origen de los tiros, rezando por hallar viva a Jodie.



Jodie permanecía en pie, el pecho agitado, la decepción ardiéndole por dentro, mientras Mark blandía su arma y gruñía paseándose frente a ella. Solo alcanzó a disparar una vez antes de que él la sorprendiera y le arrebatara la pistola.

—¿Qué pensabas hacer? ¿Luchar contra todos?

—Si hacía falta.

Y volvería a intentarlo en cuanto se abriera una rendija. Tenía dos certezas: no permitiría que dañaran a Benson, y prefería una bala antes que casarse con alguien como Mark Larson.

—No vas a tocar a mi padre, ¿me oyes? Y no lo vas a abandonar a los lobos. Necesita ayuda y no pienso dejarlo solo.

No vio venir el golpe. El suelo se alzó para recibirla y la mejilla le estalló con el puñetazo.

—Harás lo que yo diga. Ahora mando yo.

—Eres un idiota.

La patada en el vientre la dejó tendida, jadeando por aire.

Ames dio un paso.

—Ya basta, Mark.

—¿Quieres lo mismo que ella?

Aún convaleciente, retrocedió. Mark asintió, los labios torcidos en desprecio, y disparó a quemarropa. Ames abrió los ojos, se llevó la mano al estómago y cayó de rodillas antes de desplomarse, tiñendo de sangre la nieve reciente.

Mark miró a los hombres, helados de espanto.

—¿Alguien más quiere desafiarme?

Nadie se movió.

—Cobardes. Mark es el mayor idiota del campamento, ¿y lo seguís? —Jodie aguardó otro golpe y, cuando él echó la pierna atrás, lo esquivó, le agarró el tobillo y lo derribó. La pistola de Mark cayó. Él rugió, pero Jodie se incorporó de un salto y la recogió. Esta vez se colocó de espaldas al bosque para vigilar a todo el grupo. Una ojeada bastó para contar cabezas—. Escuchar. Esas cartas eran una farsa. Si alguno de vosotros supiera leer su nombre, habría visto que Clem se las escribió a Erick. Querían apartarme de la banda para cuando Clem saliera en febrero.

—¡Mentira! —gruñó Mark.

—Ni se te ocurra levantarte, Mark. —Se volvió al grupo—. La razón por la que no quiere creer que Clem vive es que fue él quien le disparó.

—No le creáis. Solo intenta poneros en mi contra.

—Es verdad.

Greely dio un paso al frente.

—Lo es. Mark lo hizo. Lo vi.

Jodie lo encaró.

—Entonces, ¿por qué no lo dijiste?

Él se encogió de hombros, avergonzado.

—Estabas empeñada en culpar al doctor… me pareció mejor callar.

—Pero el doctor le salvó la vida a Clem, y todo este tiempo…

Jodie tragó lágrimas.

—¿Todo este tiempo, qué? —se burló Mark—. Culpaste al doctor y luego te enamoraste de él.

—Eso es asunto mío.

—¿Veis? Ella miente. Y Greely también.

—No, no mienten.

Erick emergió del bosque con la pistola en la mano y la mirada de acero. Al otro lado del claro, Grant hizo lo propio. Buddy corrió hacia Jodie y sus ojos se abrieron al ver a Benson inconsciente en el suelo.

—¿Qué pasó? ¿Le dispararon?

—No, Buddy. Está enfermo.

Grant habló bajo:

—Lo llevaremos al campamento e intentaremos aliviarle el dolor.

Jodie miró hacia el bosque.

—Erick fue quien me habló de Clem. Leí las cartas de mi hermano. Nadie podía falsificarlas: contaban cosas que solo Clem y yo sabíamos.

—¿Clem vive, eh? —Mark palideció.

—Sí, pese a que hiciste todo lo posible por matarlo.

Dos Plumas tomó el mando.

—Todos, ceñidores de armas fuera. Entregárselos a Buddy.

Cuando el muchacho se acercó a Mark, este giró y le apuntó. Se oyó un disparo. Jodie dio un grito y retrocedió. La mano de Benson temblaba, pero el tiro fue certero.

—Intentó matar a mi hijo —susurró.

Luego volvió a desvanecerse.

En pocos minutos, todos los hombres estaban a caballo, con las manos atadas y sujetas a las sillas. Sam se colocó frente a Grant y Jodie.

—Grant os acompañará a vosotros dos y a Benson de vuelta a la caravana. Cuando os reunáis con ellos, probablemente ya estén cerca de Fort Boise. Nosotros daremos la vuelta para encontrarnos con el sheriff en Fort Hall y os alcanzaremos en unos días —dijo, fijándose en Jodie—. ¿Se lo dirás a Rita?

—Lo haré. Gracias por venir, Dos Plumas.

—Te las apañabas bastante bien sola.

—Sí, pero cualquiera sabe qué habría pasado cuando saliéramos.

Sin carreta, Grant montó un travois para llevar a Benson de regreso al campamento. Jodie apenas podía mirarlo ni encontrar palabras durante el viaje. ¿Qué decirle a un hombre que acababa de

saber que su esposa había muerto por culpa de la banda de Benson y que, aun así, había sido amable con ella?

Al cabo de un día alcanzaron las empalizadas de Fort Boise. A las afueras, la caravana había levantado un campamento temporal. La señorita Sadie corrió a su encuentro.

—Gracias a Dios.

Casi sin conciencia, Benson insistió en hablar con el señor Harrison antes de seguir. El hombre apareció enseguida y se agachó junto a él. Benson, desde debajo de las mantas, sacó dos alforjas.

—Aquí hay parte del dinero. El resto va en las otras dos alforjas del caballo de Jodie.

A Charles se le humedecieron los ojos.

—Esto significará una nueva vida para todos los de aquí.

Jodie no estaba segura de todo lo que implicaba, pero se alegró de que el dinero volviera a las manos adecuadas.

Esa noche, Jared convocó una reunión.

—Escuchar, amigos. La nieve es demasiado profunda para que lleguemos a Oregón este año —alzó las manos para acallar los gemidos—. Varios me han dicho que quieren continuar por su cuenta. Me gustaría que lo reconsiderarais, pero no voy a impedirlo. Para quienes se queden en el fuerte durante el invierno, el señor Harrison tiene un anuncio y una propuesta.

Jodie observó, expectante, cuando Harrison subió a la trasera de una carreta.

—A todos nos faltan provisiones. Muchos se preguntan cómo pasaremos el invierno aquí y llegaremos a Oregón en primavera. Dios me ha bendecido, amigos, y quiero ofrecer a cada familia un préstamo suficiente para comprar lo necesario. Pienso abrir una tienda cuando nos asentemos y podréis devolverme cuando lleguen las cosechas. Puedo prestar hasta cierta cantidad, así que será por

orden de llegada. Cuando vea que mi familia podría verse en apuros, no prestaré más.

Jodie sonrió.

Sitió una mano en el hombro y supo, sin mirar, que Grant quería hablar. Se volvió y, al cruzarse sus miradas, el pecho se le encogió. Él le tendió la mano y Jodie entrelazó los dedos sin dudar y lo dejó guiarla, lejos de las carretas, hasta la orilla del río. Se detuvieron junto a un pino.

—¿Cómo seguimos? —preguntó Grant, la palma cálida contra la suya.

—Como tú quieras, supongo —tragó saliva—. ¿Te uniste a la caravana para matarme?

—Sí —admitió, bajando la mirada.

Grant le alzó el mentón con un dedo.

—Tuviste muchas oportunidades.

—Las tuve.

—¿Por qué no lo hiciste?

Era hora de dejar atrás las mentiras. No quería que nada más se interpusiera entre ellos.

—Porque vi el buen hombre que eres. Y…

—¿Y?

—Me enamoré de ti casi desde el principio.

A Grant se le crisparon los labios en una media sonrisa.

—Recuerdo tu lengua afilada cuando te saqué la flecha de la pierna.

—Y cumpliste tu palabra: nunca contaste que me desmayé.

—Quería que confiaras en mí —susurró, sin apartar la vista de la suya.

Deslazó sus manos y la rodeó con los brazos. El corazón de Jodie se desbocó.

—Me diste una muleta —recordó ella.

—Sabía que no querrías quedarte inmóvil.

Jodie alzó el rostro, con lágrimas en los ojos.

—Salvaste la vida de mis hermanos. A los dos.

—Soy médico. Es lo que hago.

Grant respiró hondo.

—¿Quieres casarte conmigo?

La súbita pregunta la dejó con las cejas en alto. Volvió a mirarlo a los ojos.

—¿Casarme contigo?

—Te quiero.

—Pero… yo tuve parte en la muerte de Sarah —las lágrimas brotaron y le corrieron por las mejillas—. ¿Cómo superas eso?

—No fue culpa tuya. Sarah murió por la bala de un forajido. Tú fuiste tan inocente como ella.

Jodie vio en sus ojos que hablaba en serio, y el alivio la inundó.

—¿Estás seguro? —susurró. Con todo su ser, deseaba ser su esposa.

—¿Eso es un sí?

La sonrisa le nació sola. Grant no esperó más y bajó la cabeza. Jodie jamás había sentido algo igual: el calor de sus labios, la promesa en su abrazo, la certeza de su amor. Le rodeó el cuello y se entregó al beso, al tacto, a lo que empezaban juntos.

Oregón sería el destino de muchos pioneros. Para Jodie, mientras estuviera en los brazos de Grant, había alcanzado su tierra prometida.

Epílogo

Tres años después, Oregón

Las notas suaves de «Amazing Grace» flotaban en el aire tibio de un día de verano en el valle de Willamette mientras Jodie, Rita y Donna salían juntas del granero. A Jodie le encantaban los domingos, cuando los amigos acudían y Sam oficiaba el servicio en aquel improvisado templo. Tendrían que conformarse con eso hasta que la pequeña comunidad reuniera fondos para una iglesia de verdad. Por ahora, Jodie disfrutaba viendo a los niños correr por el patio, alborotar a las gallinas y poner a los perros en un frenesí juguetón.

Donna y Rita tenían dos hijos cada una, y Jodie y Grant iban camino de igualarlas. La pequeña Clementine había llegado nueve meses después de la boda, y el nuevo bebé podía nacer en cualquier momento.

Aquel día Sam había sido especialmente prolijo y, cuando pronunció el último amén, el sol caía a plomo sobre el techo del granero y todos estaban empapados.

—Por Dios —se abanicó Rita con las manos—, como no se modere hasta que pase la ola de calor, nos vamos a cocer antes de que llegue la cosecha.

Las tres se rieron. Donna se volvió hacia Jodie.

—¿Cómo te encuentras?

—Acalorada —sonrió Jodie, sabiendo bien a qué se refería su amiga.

Donna le dio un codazo.

—¿Crees que será esta semana?

—Me sorprendería que el bebé no naciera antes del próximo domingo.

A decir verdad, la asombraría aguantar toda la noche.

—¿Dónde quieres que deje estas cosas? —preguntó Jared desde el carro.

Alzó una cesta que, por experiencia, Jodie sabía repleta de manjares, suficiente para alimentar a un ejército.

Donna sonrió, apartándose unos rizos rojos de la frente.

—Ponla en aquella mesa.

—¿Has oído que vamos a tener un maestro? —preguntó Jodie —. Cuando nuestros hijos tengan la edad, tendrán una escuela de verdad. ¿No es maravilloso?

—Claro que sí —respondió Donna, con entusiasmo en sus ojos marrones. Se volvió hacia Rita—. ¿Por qué te has quedado tan callada? ¿No te alegra lo del maestro? El municipio crece a pasos agigantados.

—Me alegra por los niños. Solo que… —Rita respiró hondo—. Sam y yo no estaremos aquí mucho tiempo.

—¿Cómo? —Jodie le tomó el brazo, deteniéndola—. ¿Adónde vais?

—Ay, Jodie. No podemos criar a nuestros hijos aquí —hizo un gesto con la mano—. Los blancos no los aceptarán. Dudo que la junta escolar permita que los niños medio indios compartan aula con los blancos.

—Tonterías. Sammy y Lilith solo tienen un cuarto de sangre india —replicó Jodie, aunque sabía que, para muchos, eso no cambiaría nada.

Donna dejó escapar un suspiro suave.

—Jared y yo lo intuíamos. ¿Cuándo partís y a dónde?

Rita sonrió, animándose.

—Viviremos cerca de Fort Laramie. Los sioux tienen un campamento próximo y vienen a menudo a comerciar. Yo enseñaré a sus niños a leer y escribir. —La voz se le quebró.

Jodie la rodeó con un brazo.

—Pero te voy a echar de menos. ¿Y nuestros servicios?

—No te preocupes. No nos iremos hasta después de la cosecha. Para entonces, confiamos en que alguien ocupe el lugar de Sam.

—Nadie ocupará su lugar. Ni el tuyo —aseguró Donna, sorbiendo al llenársele los ojos de lágrimas—. Pero me alegra que cada una de nosotras haya conseguido la vida que había soñado.

—Amén a eso —asintió Jodie—. Ahora, más vale que preparemos la comida antes de que nuestros hijos y maridos empiecen a quejarse.

Como si se hubieran puesto de acuerdo, dejaron a un lado los pensamientos sobre la despedida de Rita y Sam y decidieron disfrutar del día. ¿Quién sabía cuántos domingos como aquel les quedaban para compartir risas y sueños?

Esa noche, mientras Yuley hacía cantar la armónica, Jodie se acomodó perezosa en el porche, recostada contra Grant. La luna lucía espléndida y una brisa suave acompañaba el caer del crepúsculo.

Buddy incluso se tomó la noche libre de sus estudios para el examen de ingreso a la facultad de medicina, en el Este. Si lo aprobaba, partiría en unos meses. La idea llenaba de tristeza a Jodie, pero sabía que era lo correcto. No podía negarle a Buddy el sueño de su vida, como tampoco podía mandar en la lluvia.

Benson no vivió para conocer a su primera nieta, pero alcanzó a cambiar de forma de ser. Le habría encantado una noche como

aquella. Aun así, Jodie se consolaba pensando que estaría allí para recibirlos cuando llegaran al cielo.

La otra ausencia era Yellow Bird. Decidió quedarse en Fort Boise: se había enamorado de un imponente tratante de pieles que la adoraba y quería a Little Sam como propio.

Clemmie, de dos años, subió tambaleándose los escalones y se dejó caer sobre las piernas de Jodie.

Ella le alisó el pelo y le besó la frente.

—Por Dios, niña, ¿dónde te has metido? Pareces un animal del bosque.

—El tío Clem ha dado de comer a las gallinas. Yo le he ayudado.

—Por el olor, también has ayudado con los cerdos —refunfuñó la señorita Sadie desde su mecedora—. Te huelo desde aquí. Vamos a lavarte.

—Ay, abuelita…

La señorita Sadie miró a Jodie y negó con la cabeza.

—La niña ha salido a ti.

—Me temo que sí —rió Jodie.

—Es perfecta —añadió Grant—. Dale un beso a tu padre antes de irte.

Clemmie le estampó un beso en la boca. Ver a su hija acunada en los brazos de su marido llenó a Jodie de una alegría honda. Sus hijos crecerían arropados por padres, tíos y amigos. Y el espíritu dulce, aunque travieso, de su pequeña era prueba de esas bendiciones.

La puerta se cerró tras ellas y Jodie suspiró, volviendo a apoyar la cabeza en el pecho de Grant, en el porche de madera.

—Me pregunto si el corazón puede llenarse tanto que termine por estallar.

Grant rió quedo.

—¿Me pides opinión profesional?

—Solo pensaba en lo afortunados que somos. Amigos, familia… La señorita Sadie es como la madre que nunca tuve. —Intentó disimular las lágrimas, en vano.

Grant la estrechó.

—Te quiero. ¿Lo sabes?

—Más te vale, teniendo en cuenta… —miró su vientre abultado y soltó un pequeño quejido. No podría guardar el secreto por mucho más tiempo.

—¿Estás bien? —preguntó él, besándole el cabello.

—Solo un pinchazo.

—¿Cuántos llevas?

—Unos cuantos, la verdad. Tranquilo, papá —bromeó—. No es mi primer bebé.

—Jodie, ¿has pasado el día con contracciones sin decirme nada?

—No quería perderme el domingo. Me habrías obligado a quedarme en la cama. Así es mejor. Solo que…

Él se apartó y la ayudó a levantarse.

Dos horas después, Jodie se sentó feliz, con más fuerzas que tras el parto de Clemmie. Otra niña se había unido a la familia.

—¿Cómo llamamos a tu nueva hermana, Clemmie? —preguntó a su pequeña, todavía somnolienta.

—¿Nos quedamos con el bebé?

La habitación estalló en carcajadas.

—Por supuesto —rió Grant, alzando a Clemmie con sus brazos fuertes—. Dios no deja de darme mujeres hermosas y peleonas. Debo de ser el hombre más afortunado del mundo.

La señorita Sadie resopló.

—O el más tonto por considerarlo una bendición.

—¿La bebé se llama Becky? —preguntó Clemmie.

—¿Te gusta ese nombre, cariño? —sonrió Jodie—. ¿Dónde lo oíste?

Clem carraspeó con estrépito.

—Bueno, será mejor que salgamos y dejemos a tu madre descansar.

Jodie le sonrió a su hermano.

—Clem Russell… ¿tienes una mujer en mente?

—Acaban de llegar con la nueva caravana.

—Debe de gustarte si ya hablas de ella.

—Mi sobrina tiene la boca muy grande, igual que su madre.

De nuevo estallaron las risas. Jodie miró a su preciosa recién nacida.

—Sarah.

Alzó la vista hacia Grant. Sus ojos brillaban de ternura.

—¿Estás segura?

Ella asintió.

Grant se arrodilló junto a la cama. Besó a la niña y luego rozó los labios de Jodie.

—Es perfecto.

Segura del cariño de una familia grande y maravillosa, Jodie cerró los ojos cuando el cansancio la venció. Se durmió con una

sonrisa en los labios.